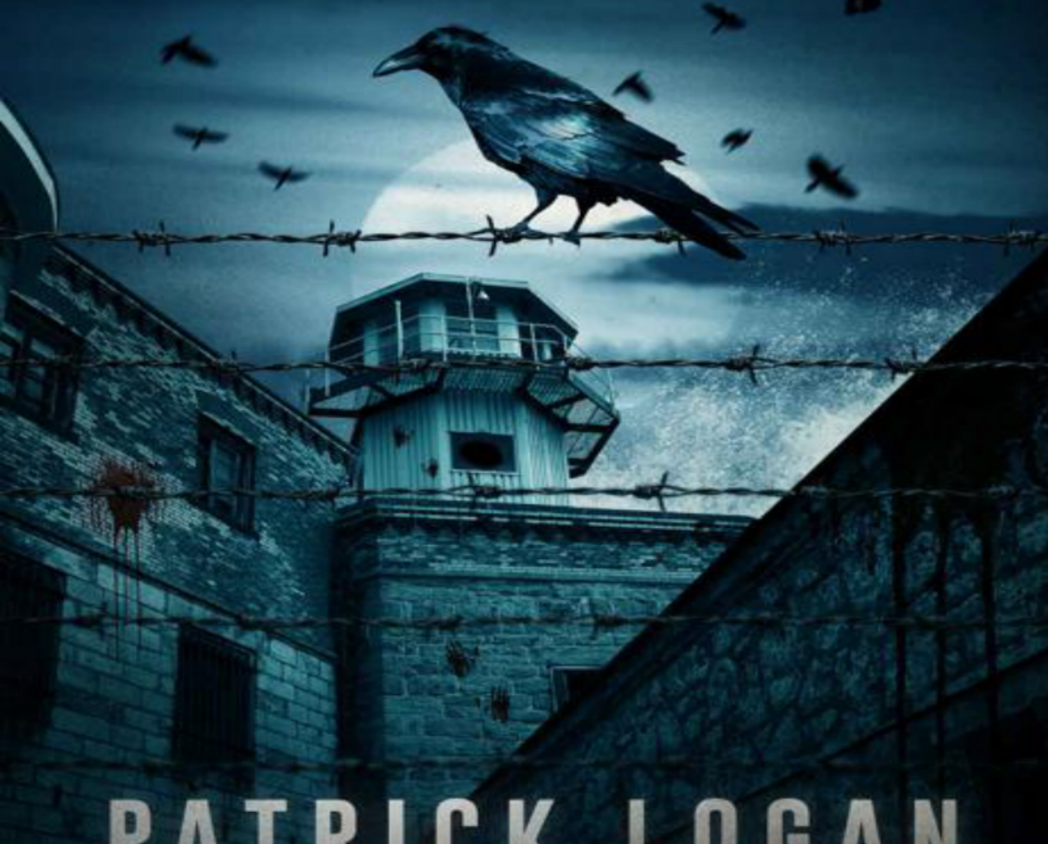
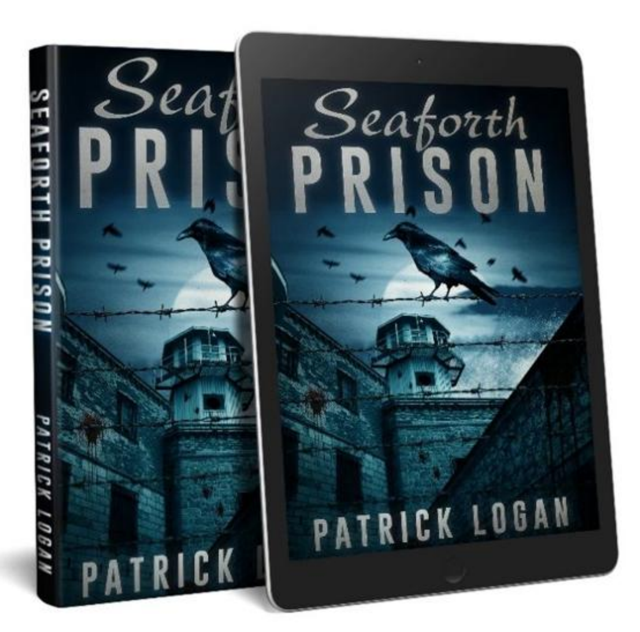
Prisión SEAFORTH



PATRICK LOGAN


Seaforth
PRISON
SEAFORTH PRISON
PATRICK LOGAN

Prisión Seaforth

La serie embrujada

Libro 3

Patrick Logan

Prólogo

El alcaide Ben Tristen se frotó los ojos y se reclinó en su silla. El viejo metal crujía, un sonido molesto y chirriante, pero con el que estaba familiarizado, ya que se había sentado en él casi todos los días durante los últimos dieciocho años. Hubo un tiempo en que el sonido le había molestado, e incluso se había planteado sustituirla a su costa, pero había decidido no hacerlo.

Y ahora se alegraba de haberlo hecho.

La silla era como un cómplice, un viejo compañero que le ofrecía una comodidad previsible en este entorno siempre cambiante.

Era media tarde, más o menos la hora en que los veintidós reclusos deberían estar terminando de comer. Aquello era otra cosa que al principio había detestado, pero que ahora le ofrecía consuelo: el rígido horario y la estructura de la prisión de Seaforth. Los reclusos comían todos *los días* a la misma hora, no importaba si era Navidad, Año Nuevo o su cumpleaños. Siempre a la misma hora.

Los ojos de Ben se desviaron hacia las fotos de su escritorio, y su mirada acabó posándose en una foto de su mejor amigo en el mundo entero. Amaba a su perro, un bóxer llamado Easton, por muchas de las mismas razones por las que amaba las comidas y su silla: Easton era predecible, fiable. Sus ojos se desviaron hacia la otra fotografía de su escritorio. ¿Su ex mujer y su hija? No tanto.

Con un fuerte suspiro, Ben se frotó las enormes manos, tratando de deshacer los nudos que se habían formado en las articulaciones durante los últimos años. El médico decía que la rigidez era normal, parte natural del envejecimiento, pero Ben nunca se había considerado un hombre normal. Con su metro ochenta y dos de estatura y sus ciento treinta y cinco kilos de músculos, Ben Tristen no era un hombre normal de setenta y dos años. Por eso detestaba que el médico se refiriera a cualquier cosa que le ocurriera como "normal", del mismo modo que ahora detestaba cualquier contratiempo en la agenda de Seaforth.

Ben se enorgullecía de mantenerse en forma, y no de la forma en que otras personas de su edad se ejercitaban, que normalmente consistía en ir al gimnasio tres veces a la semana para caminar en una cinta y hacer unos torpes rizos seguidos de press de banca con una pila de papeles. No, Ben era diferente. Él prefería los movimientos de potencia, clean, squat, bench.

Lo básico para desarrollar músculo y fuerza, ambas cosas muy útiles como alcaide.

Cuando Ben empezaba a soñar despierto con su próxima sesión de

ejercicios, el teléfono de su mesa sonó de repente, sacándole de sus pensamientos. Se le frunce el ceño.

El teléfono rara vez sonaba en Seaforth.

Esto no formaba parte de la rutina.

Lo cogió antes de que sonara por segunda vez.

"Alcaide aquí."

"¿Ben? Ben, ¿estás ahí?" El frenesí de la voz del hombre al otro lado de la línea hizo que Ben se incorporara en su silla, que chirrió en señal de protesta.

"¿Lenny? ¿Qué está pasando?"

Se oyeron gritos al otro lado de la línea y Ben empezó a levantarse.

"¡Lenny! ¡Contéstame!"

Los dedos doloridos del alcaide se dirigieron instintivamente a la cruz de madera que colgaba de su cuello y empezaron a masajearla.

"Ben, soy Carson", respondió finalmente Lenny. "Tienes que venir... tienes que venir rápido".

Carson.

La simple mención del nombre del hombre bastó para que Ben colgara el teléfono y saliera corriendo de la habitación.

***

En Seaforth, correr sólo estaba permitido en el patio. Incluso los guardias y el propio Ben tenían prohibido hacerlo.

Pero ésta era una excepción.

Fue una excepción por Carson.

La sola mención de los prisioneros más violentos, sádicos e infames de Seaforth bastó para que Ben rompiera su propia regla.

Sólo después de comprobar que tanto la pistola como su Taser, que rara vez llevaba hoy en día, estaban sujetas a su cadera.

Carson estaba recluido en el bloque de celdas E, era el único recluso que se encontraba en ese bloque. Hacía más de un año que Carson estaba recluido con la población general. Un mes antes de su traslado, Carson había estrangulado a dos pandilleros que se creían duros y que querían hacerse un nombre rápidamente matando al hombre más infame de Seaforth.

Habían descubierto por las malas que era mejor dejar solo a Carson; con él nunca había segundas oportunidades.

Sus múltiples cadenas perpetuas resultaron ser más bien cortas.

Y si no había presos en el Bloque de Celdas E, eso significaba que...

Ben aceleró el paso, avanzando por el pasillo principal, ignorando los abucheos y gritos de los prisioneros encerrados en sus celdas que le flanqueaban.

Al final del pasillo había una sola puerta, a la que no tardó en

llegar. Pero antes de que pudiera llamar, la abrieron de un tirón, y uno de los guardias más jóvenes, un enjuto hombre negro llamado Perry, la abrió, con los ojos muy abiertos, desorbitados.

"Alcaide, usted..."

Ben casi le da una bofetada.

"¡No abras la puerta!", gritó. "¡No abras la puerta! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Usa la cámara! ¡Compruébalo con Peter arriba! ¡Joder, Perry!"

El hombre bajó la mirada.

"Lo siento, es que..."

"¡Mírame!" ordenó Ben al cruzar el umbral. Los ojos de Perry se alzaron de inmediato. Ben extendió un dedo, que parecía un poco más nudoso de lo habitual, hacia el uniforme azul marino del hombre. "Nunca abras la puerta *sin más*. Ni a mí ni a nadie. Llama por radio a Peter, que compruebe primero las cámaras. ¿Entendido?"

El hombre asintió rápidamente y Ben le empujó.

"Joder", refunfuñó Ben. "Casi tres millones de dólares en cámaras de lujo y seguridad, y nadie quiere ni usar la maldita cosa".

Ben acarició la tarjeta que llevaba en el cinturón.

"¿Dónde está Quinn? ¿Está ahí abajo con Carson?"

Perry tragó saliva y volvió a asentir mientras Ben se adentraba en la encalada zona de espera que conducía a otras dos puertas. La de la derecha daba al patio, mientras que la de la izquierda conducía al comedor de los reclusos.

Al otro lado del comedor estaba la puerta que conducía al bloque de celdas E. Ben escaneó su tarjeta y entró en el comedor.

Perry empezó a seguirlo, pero él levantó una mano y lo detuvo, volviendo un oído hacia los reclusos que seguían gritando detrás de él.

"Mantenlos tranquilos. Pase lo que pase, no los irrites aún más. Calma. ¿Entendido?"

Perry asintió y entonces la puerta se cerró, tapando tanto el sonido como la expresión asustada del hombre.

Ben cruzó a toda prisa el comedor de cemento, con los ojos fijos en la puerta del otro lado. Con el corazón acelerado, buscó de nuevo su tarjeta, pero antes de que pudiera cogerla, la puerta se abrió de golpe y el ayudante Quinn Laughlin entró a trompicones, con las manos cubriéndole la cara. Ben dejó escapar un suspiro de alivio.

Su peor temor no se había hecho realidad.

Todavía no.

¡"Quinn"! ¿Qué coño está pasando? ¿Qué está pasando con Carson?"

El hombre no dijo nada, sino que siguió avanzando a trompicones, llevándose las manos a los ojos.

"¡Quinn! ¿Quinn?"

Ben alcanzó al hombre, pero el ayudante del sheriff se apartó en el

último momento.

"¡Vamos!" Quinn gritó. "¡Ve con Carson! ¡Ahora!"

Confundido, Ben dio un pequeño paso atrás.

¿Qué coño está pasando?

"¡Quinn!"

"¡Sólo vete!"

Un grito procedente de detrás del hombre hizo que Ben atravesara la puerta aún abierta, dejando a Quinn atendiendo cualquier herida o incidente con escupitajos o heces que Carson le hubiera infligido.

"Volveré", dijo Ben por encima del hombro al entrar en el bloque de celdas E.

A diferencia de las celdas bien iluminadas y estériles de la población general, el bloque de celdas E era húmedo y el aire desprendía un olor salobre debido a que la pared sur era la más cercana al mar. Además, a diferencia de la población general, las cuatro celdas del bloque E no tenían barrotes. En su lugar, tenían gruesas puertas de madera con un simple orificio estilo ranura de correo en el centro para entregar la comida.

Carson estaba en la última celda; Ben lo sabía porque él mismo lo había metido allí. Pero aunque no lo hubiera sabido, los dos guardias que estaban delante de la puerta le habrían avisado.

Ben echó a correr de nuevo. Mientras corría hacia ellos, el guardia de la puerta cerró la persiana metálica de la ranura de entrega y luego se dobló por la cintura y empezó a vomitar.

Sólo entonces vio Ben el cadáver de un tercer guardia que yacía inmóvil en el suelo, en el centro del pasillo.

"*¡Eh*! ¿Qué coño está pasando?" Ben preguntó por quincuagésima vez.

El hombre que había estado vomitando le miró con los ojos inyectados en sangre y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Ben estaba ya a unos 30 metros de ellos, y pudo ver que había un pequeño charco de sangre en el suelo alrededor del guardia caído.

"Lo siento, alcaide", dijo el hombre. Luego se agachó y volvió a vomitar.

"¿Qué *coño* ha pasado?"

Era Lenny, un hombre alto y grueso de ojos hundidos -el que le había llamado para que viniera-, quien respondía ahora.

"No sé... oímos gritos, vinimos corriendo, pero para entonces ya era demasiado tarde".

¿Demasiado tarde?

Ben apartó de un empujón al primer guardia y se arrodilló junto al hombre que estaba en el suelo.

"Joder", dijo, apartando la mirada. Respiró rápidamente para calmarse y se volvió hacia el cuerpo.

El guardia estaba de espaldas, con las manos a los lados. La sangre no procedía de una herida en el cuello, como cabía esperar, dado que Carson había adquirido notoriedad por haber degollado sin piedad al menos a trece personas, sino de los ojos.

Los ojos del hombre eran pozos oscuros llenos de sangre semicoagulada que temblaban como huevos poco hechos.

El resto de su cara estaba cubierta de vetas rojas.

"Jesús", murmuró Ben. Entonces se dejó llevar por sus instintos. Acercó la oreja al pecho del hombre, escuchando el latido de su corazón o la respiración entrecortada.

No oyó ni lo uno ni lo otro.

Ben se incorporó y entrelazó los dedos doloridos, preparándose para las compresiones torácicas.

"¿Dónde coño está el médico? ¿Has mandado llamar al médico? ¿Y qué hacéis ahí parados? ¡Ayudadme!"

Sintió una mano en el hombro y giró la cabeza.

"Lo intentamos, alcaide. Hicimos todo lo que pudimos, pero cuando llegamos ya era demasiado tarde. Lo siento, lo sé..." La voz de Lenny vaciló. "Sé que tú y Quinn estabais unidos".

Ben retrocedió ante la mención del nombre de su amigo, volviendo a su mente la imagen de su amigo en el comedor cubriéndose la cara.

¿"Quinn"? ¿De qué estás hablando? Acabo de verlo... lo vi con sus manos..."

Sus ojos pasaron del rostro severo de Lenny al hombre que estaba en el suelo, escudriñando su uniforme.

La etiqueta en su pecho decía: Quinn Laughlin.

"No", dijo Ben suavemente. "Es un truco, yo sólo... yo sólo..."

Volvió a sentir la mano en el hombro, pero se encogió de hombros.

"Es Quinn; Carson llegó a él. No sé cómo, pero..."

"¡No!" bramó Ben de repente, intentando comprender sin éxito lo que estaba pasando.

¡Acabo de verlo! ¿Cómo...?

Con el corazón acelerado en el pecho, limpió parte de la sangre de las mejillas del hombre caído.

"No", gimió.

Era Quinn. No tenía ni idea de cómo, pero definitivamente era Quinn.

Ben se levantó tan rápido que se sintió mareado.

"¿Ben? Tú..."

El alcaide apartó a Lenny de un empujón y se apoyó en la gruesa puerta de madera de la celda de Carson.

Su respiración era ahora rápida y furiosa, y podía sentir cómo sus músculos se tensaban.

Con un movimiento de muñeca, empujó la corredera metálica y se

quedó mirando la celda de Carson.

El hombre estaba desnudo y sentado de espaldas a la puerta, mostrando una red de cicatrices, algunas antiguas y otras nuevas. Su cabeza rapada brillaba bajo la única bombilla que había en lo alto.

"Carson, ¿qué has hecho?", le preguntó. Como el hombre no reaccionó, levantó la voz. "¡Carson!"

Carson se levantó lentamente, pasando de la posición sentada a la de pie sin utilizar las manos. Luego empezó a girar con las manos extendidas hacia delante.

"Bienvenido, Ben."

Carson sonreía.

"Siento lo de tu amigo Quinn, Ben, de verdad. Pero necesitaba que lo viera".

La mirada de Ben se dirigió a las palmas aplastadas del hombre, en cada una de las cuales yacía un único objeto.

Su estómago se revolvió y casi sucumbió a las ganas de vomitar.

En cada una de las manos de Carson había un globo ocular de Quinn, ambos apuntando directamente a Ben.

"¡Necesitaba que lo *viera*!" Carson rugió de repente mientras corría hacia la puerta. "¡La Cabra *verá*! Ya viene, y cuando llegue, *¡lo verá*!". Luego se echó a reír. "¡Por fin papá vuelve a casa! ¿No lo sientes, Ben? ¿No puedes sentirlo?"

Ben dejó caer el tobogán metálico con un ruido metálico y se apartó de la puerta, sudando por todo el cuerpo.

Los gritos de Carson desde el interior quedaban amortiguados por la gruesa madera, pero sus palabras eran lo bastante claras.

"¿No lo sientes en el pecho, Ben? ¿Una opresión? Así es como lo sabes, Ben... así es como sabes que está cerca... la Cabra viene... viene a casa".

Ben cerró los ojos y se concentró en bloquear las divagaciones del loco.

¿Cómo es posible? ¿Cómo coño ha *ocurrido?*

Su mano se dirigió instintivamente a la cruz que colgaba de su cuello y la apretó con fuerza.

Con los ojos aún cerrados, dijo: "Llama al padre Callahan".

Luego se arrodilló y abrazó el cadáver de su amigo. "Por favor, que venga el padre Callahan lo antes posible".

Y entonces, por primera vez en casi dos décadas -la primera vez desde que su esposa había recogido a su única hija y se había marchado sin siquiera una nota-, el alcaide Ben Tristen empezó a llorar.

Parte I - Días y noches de tormenta

Capítulo 1

Allan Knox se paró en la puerta principal de los agrietados escalones de cemento y miró hacia arriba, maravillado, la enorme puerta de madera. Tenía el corazón acelerado y la frente sudorosa. Su mochila, la misma que llevaba arrastrando desde hacía años, le resultaba de repente demasiado pesada, las correas le mordían el abrigo, que era demasiado ligero para el aire gélido, y le apretaban los hombros.

Debería irme. Debería darme la vuelta e irme. No me necesitan.

Tragó saliva, tratando de averiguar cuál debía ser su siguiente paso.

Quizá ni siquiera estén en casa.

Allan se inclinó hacia atrás y miró hacia las numerosas ventanas de plomo que bordeaban la fachada de la finca. Había luces encendidas en varias de ellas.

Ahí va esa teoría.

Allan enganchó los pulgares entre las correas de su mochila y su chaqueta, aliviando la presión.

Quizá sea la casa equivocada.

Pero un rápido vistazo alrededor confirmó que, efectivamente, era la casa correcta. La descripción del querubín con los ojos tachados en la fuente era exacta. Aunque alguien había intentado borrar las equis, aún podía ver su tenue contorno en el latón oxidado, la piedra o lo que demonios fuera. Y no era sólo la estatua; había otras cosas sobre el lugar que Robert Watts había publicado en Internet que eran exactas.

Las puertas de hierro forjado que había atravesado, por ejemplo. El largo y sinuoso camino de entrada, los ladrillos exteriores agrietados de la finca.

La maldita puerta de madera gigante que parecía que debía usarse como puente levadizo para cruzar un foso.

Debería irme.

Y entonces, como si asintiendo fuera a confirmar que se trataba de su decisión final, Allan dio un paso atrás, y luego otro. Sin embargo, un instante antes de darse la vuelta y marcharse, oyó el sonido de un pestillo que se deslizaba desde el interior de la finca. El sonido sorprendió tanto a Allan que se tambaleó hacia atrás. Una fracción de segundo después, perdió completamente el equilibrio y cayó de culo. Gritó y luego hizo una mueca al oír el sonido de metal raspándose contra metal desde el interior de su mochila.

La puerta se abrió y se encontró mirando a una bonita mujer de pelo corto y rubio. Lo miraba con desconfianza, con los ojos verdes apenas visibles bajo el ceño fruncido.

"¿Quién coño eres?", preguntó.

Allan tragó saliva con fuerza, todavía dolorido por el dolor que le irradiaba desde la rabadilla.

"R-R-R-Robert", balbuceó.

La mujer apretó los labios, poniendo cara de pato. También le pareció que sacaba un poco el pecho, pero no estaba seguro, dado el grueso abrigo que llevaba.

"¿Te llamas Robert? ¿Es eso?"

Allan negó lentamente con la cabeza.

"N-n-no, pero..."

Se señaló el busto.

"¿Estás diciendo que soy Robert? *¿Parezco* un maldito Robert?"

"N-no, claro que no, pero..."

Le hizo un gesto con la mano para que se fuera y volvió a meterse en la casa.

"Oye, Robert, ven aquí, hay un niño que quiere verte".

Allan frunció el ceño y se puso en pie.

"Me llamo Allan", dijo, tendiendo la mano a la mujer que permanecía en la puerta, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Le miró la mano, pero no hizo ademán de estrechársela.

"Así que *puedes* hablar. Eso te hace mejor que la mayoría de los visitantes de Robert".

Hubo cierto alboroto en el interior de la casa, y entonces un hombre de pelo castaño y rasgos estrechos apareció detrás de la guapa mujer.

"¿Sí? ¿Qué quieres?", preguntó, y Allan no pudo evitar sonreír. Era Robert Watts, exactamente como se lo había imaginado después de encontrar por primera vez sus mensajes en Internet hacía menos de un año.

Desde que sus padres murieron, hacía más de diez años, Allan había querido ser cazador de fantasmas. Su pasión se intensificó cuando vio los espíritus de sus padres en el lugar del accidente. Desde entonces, Allan había pasado casi todas las horas del día leyendo todos los libros que caían en sus manos, visitando casas supuestamente encantadas y entrevistando a supuestos cazadores de fantasmas, pero todo eran patrañas.

Es decir, hasta que leyó sobre *Inter vivos et mortuos*, sobre el libro *Entre vivos y muertos; hasta que descubrió* a Robert Watts, claro. Y hasta que empezó a ver muertos por todas partes.

A Allan se le iluminó toda la cara con una sonrisa que ni siquiera podía llegar a contener.

"Robert, me llamo Allan y quiero unirme a tu equipo".

Robert no reaccionó como esperaba; en lugar de sonreír, el hombre hizo una mueca. La mujer, en cambio, permaneció estoica.

"¿Equipo? ¿De qué demonios estás hablando?"

Allan se quitó la bolsa del hombro y se dispuso a abrirla.

"Quiero unirme a tu equipo, quiero cazar fantasmas como tú, Robert".

Capítulo 2

"**Mira el vídeo, dime** lo que ves".

El padre Callahan se frotó los ojos con una mano artrítica, pero no hizo ademán de acercarse al monitor. De hecho, ni siquiera lo miró.

"Estoy cansada, Ben. Muy cansada. Si no hubieras sido tú quien me llamó, nunca habría salido de mi parroquia. Ha sido un viaje muy, muy largo, y estos viejos huesos ya no viajan bien. Y mis ojos ya no funcionan tan bien. ¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado?".

El alcaide observó al hombre de la túnica negra, la cruz de madera, una casi idéntica a la suya, colgando casi hasta el ombligo dada su postura encorvada. El padre Callahan era viejo, muy viejo, y el hombre tenía razón; no estaba en condiciones de viajar, ya no. Pero, ¿qué otra opción tenía? ¿A quién más podía llamar? ¿Quién si no iba a creer que a su mejor guardia, a su mejor amigo, un psicópata le había arrancado los ojos y, sin embargo, había visto a Quinn a más de cien metros de donde yacía su cadáver?

Ben se aclaró la garganta, se masajeó las manos doloridas y respiró hondo.

"Lo sé, padre, lo sé. Pero antes de contarte lo que ha pasado, necesito que veas el vídeo. Necesito que me digas lo que ves. Por favor. Yo soy viejo, tú eres viejo, ninguno de los dos tiene ya tiempo para juegos, y éste no es uno, padre. Se le quebró la voz y tuvo que aclararse la garganta para que no se le quebrara del todo. "Estoy desesperado".

El padre Callahan suspiró, pero se puso las gafas de lectura en el extremo de la nariz y luego inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a través de ellas y hacia el monitor de gran tamaño.

"Gracias, padre", dijo Ben, antes de que su voz cambiara a profesional. "Este es el video de vigilancia de ayer. Por favor, miren cuidadosamente".

Ben se inclinó y pulsó play, y el vídeo empezó a rodar.

Enfocada desde arriba y desde la izquierda, la cámara mostraba el último tercio del pasillo del bloque de celdas E y enfocaba la puerta de la celda de Carson, que estaba firmemente cerrada. La hora marcada en la parte inferior izquierda de la pantalla era: 5:55. Treinta segundos después, un hombre entró en escena, recorriendo el pasillo con una bandeja delante.

"Ese es Quinn. Va a dejar la comida, como todos los días, a las 5:55. Exactamente a las 5:55, todos los días".

El padre Callahan no dijo nada. Se acercó más.

En la pantalla, Quinn se acercó a la puerta, llamó una vez y, a

continuación, abrió el tobogán metálico y colocó la bandeja sobre él.

"Se supone que debe esperar..."

Callahan le hizo callar y Ben apretó la mandíbula. El hombre se acercó aún más al monitor, y su encrespado pelo gris bloqueó casi toda la visión de Ben de la pantalla. No importaba; el director ya había visto el vídeo docenas de veces.

Y seguía sin entender por qué Quinn hizo lo que hizo. Por eso había traído al padre Callahan, por eso y por lo que había ocurrido en el comedor minutos después.

Los dos se remontan a mucho tiempo atrás, y si había un hombre que Ben pensó que podría tener una visión de algo como esto, era el Padre Callahan.

Se rumoreaba que el hombre había visto algunas cosas... algunas cosas en un pantano que eran igualmente inusuales, inexplicables.

Ben volvió a tocar su cruz.

¡La cabra verá! Papá vuelve a casa.

Se estremeció.

En el vídeo, la bandeja desapareció en la ranura; entonces, como de costumbre, Quinn alargó la mano para volver a deslizar el metal hasta cerrarla. Pero cuando estaba a medio camino, vaciló, acercando la cabeza a la ranura como si Carson le estuviera diciendo algo.

"Sin sonido", se ofreció, pero Callahan hizo un gesto con la mano, indicándole que mantuviera la boca cerrada.

Ben accedió.

Fue en este punto del vídeo cuando las cosas cambiaron. Después de oír lo que Carson había dicho, el rostro de Quinn se ensombreció de repente e hizo lo inexplicable. Movió los labios, se llevó la mano al cinturón y hojeó las llaves del bucle casi robóticamente. Encontró la llave que buscaba y la introdujo en la cerradura. Quinn abrió la puerta de la celda y entró.

Fue entonces cuando la estática llenó la pantalla.

De repente, el padre Callahan se echó hacia atrás.

"¿Qué ha pasado?", preguntó con voz ronca.

Ben se encogió de hombros.

"No lo sé exactamente. Hubo una especie de subida de tensión, las luces parpadearon. Nuestro informático está trabajando en ello. La compañía eléctrica dijo que no había nada de su parte, pero ocurre de vez en cuando". Cogió el teclado y empezó a avanzar.

"No hay imagen durante exactamente tres minutos, luego" -pulsó play, luchando contra las lágrimas ahora- "esto".

La estática desapareció de repente, revelando exactamente la misma escena que antes de que llegara, con la puerta parcialmente abierta, el pasillo vacío. Y entonces Quinn salió dando tumbos, con las manos cubriéndose los ojos y derramando sangre entre los dedos. Su

hombro golpeó la puerta, abriéndola de par en par, y luego cayó sobre una rodilla. Un segundo después, se desplomó de bruces, inmóvil, donde permaneció hasta que llegaron los demás agentes. Pero justo antes de que Lenny y Paul llegaran y lo voltearan, se pudo ver una figura sombría justo dentro de la puerta. Y entonces Carson alargó la mano y cerró lentamente la puerta de su celda.

Unos minutos después, el propio Ben apareció en la toma. El director cerró la cinta.

"No entiendo..." Dijo Ben en voz baja, más para sí mismo que para el cura. "Quiero decir, ¿qué llevaría a Quinn a entrar ahí?"

El padre Callahan seguía congelado, con los ojos fijos en la pantalla ahora negra.

"¿Y por qué no se fue Carson? Tuvo la oportunidad perfecta para irse, pero no lo hizo. En vez de eso, *cerró* la puerta de la celda. ¿Por qué haría eso, Padre?"

Ben se crujió los nudillos, las nudosas articulaciones crujieron en lugar de estallar en señal de protesta. Luego apretó los dientes y flexionó los músculos de los brazos y el pecho.

"¿Qué coño le poseería para hacer eso?"

El padre Callahan finalmente se apartó de la pantalla.

"Como sabes, Ben, mis ojos no funcionan tan bien como antes. De hecho, apenas funcionan. Pero creo que vi los labios del guardia moverse antes de entrar en la celda. ¿Lo captaste?"

"Uh-huh. Como he dicho, no hay sonido... He intentado ralentizarlo, acercarlo y todo eso. Todavía no puedo entenderlo. Parece 'tostada', tal vez. ¿'Fantasma'? ¿'Avena'? Ni puta idea".

De repente, el padre Callahan retrocedió como si le hubieran golpeado en el pecho. El hombre se tambaleó hacia atrás, y Ben se puso en pie y agarró al anciano sacerdote antes de que se desplomara.

"Callahan, ¿estás bien?"

El hombre levantó la mano y agarró los hombros de Ben, respirando profundamente.

"N-n-no", balbuceó. "Cabra no, sino *Cabra*. Y la razón por la que el hombre no se fue es que está esperando que alguien venga a buscarlo".

Ben sintió un escalofrío en la espalda.

La Cabra verá... Papá vuelve a casa.

Capítulo 3

"A ver si **lo** entiendo, ¿has leído sobre mí... sobre nosotros... en Internet? ¿Crees que somos una especie de... qué... modernos cazafantasmas?".

Habían pasado seis meses desde la purga del Distrito Séptimo, pero a Robert Watts le parecía que había sido ayer. Y su cojera era un recuerdo perpetuo de su estancia allí.

El chico del sofá de enfrente bajó la mirada.

"Yo no... quiero decir, no quise ofenderte ni nada..."

"¿Cómo, exactamente, te enteraste de mí?" preguntó Robert bruscamente.

Allan levantó la vista.

"No fue tan difícil encontrarte, la verdad. Es decir, al principio no sabía exactamente lo que buscaba, pero siempre recorro los sitios -los ocultos, como donde te encontré- haciendo preguntas concretas, intentando encontrar algo sobre la Médula, sobre la quididad, sobre los espíritus atrapados en este lado. Así es como te encontré".

La cerveza de Cal rebosó y la espuma salpicó el suelo tras la mención de *Marrow* y *Quiddity*. Robert le lanzó una mirada y luego sus ojos se desviaron hacia Shelly. Estaba de pie detrás del hombre -niño*, no es más que un niño*-, con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados con fuerza.

Típica pose de Shelly.

"¿Qué sabes de la Médula?" preguntó Robert acusadoramente.

La mirada del chico volvió a caer.

"Mira, lo siento, me iré si quieres. No busco problemas. Sólo pensé... quiero decir, cuando mis padres murieron hace tantos años, los vi... quiero decir, los vi incluso *después de* que sus cuerpos desaparecieran. Y eso me envió por este camino. Quiero saber sobre ellos, sobre dónde están, cómo están, *quiénes* son. Encontré algunas cosas en la red, pero no mucho. Nada más de lo que ustedes probablemente han leído, sobre la arena, el agua, la quididad. Y luego está el libro; no paraba de oír hablar de este libro, *Inter vivos et mortuos*. Yo también estuve a punto de dejarlo, pero últimamente he visto más..."

"Espera, ¿viste *a* tus padres? ¿Viste a Quiddity?" interrumpió Cal.

Allan asintió.

"A veces sólo con los ojos, pero no siempre... Espera un segundo". El chico se agachó y empezó a abrir la cremallera de su mochila.

Shelly se sacó los brazos del pecho.

"No, espera un segundo", dijo ella, dando un gran paso hacia

delante. Allan levantó el cuello para mirarla, con las cejas enarcadas.
Extendió una mano.
"Déjame ver tu bolso primero".
El chico hizo una mueca y Robert se echó hacia atrás.
"Cálmate, Shelly. Es sólo un niño, es..."
Le miró con los ojos entrecerrados.
"Sí, vamos a estar seguros, ¿de acuerdo?" Enganchó una barbilla a las tres cicatrices paralelas que iban desde la mejilla de Cal hasta su labio superior. "¿Recuerdas lo que pasó la última vez cuando nos cogieron por sorpresa? ¿Recuerdas...?"
Robert agitó un brazo.
No estaba de humor para rememorar viejos tiempos.
"De acuerdo, bien. Revisa la bolsa".
Allan le hizo un gesto con la cabeza, como si hubiera estado esperando el permiso de Robert antes de entregárselo.
Shelly hizo una mueca mientras rebuscaba entre la miríada de cámaras y otros equipos de aspecto extraño. Allan se encogió de hombros al oír el chirrido del metal, pero al final se encogió de hombros y se lo devolvió.
"Sólo un montón de mierda voyeur-Cal, probablemente tienes lo mismo en tu habitación para espiarme en la ducha".
Cal no sonrió.
"Muy gracioso".
"Chicos, dejadle hablar", imploró Robert. Luego, a Allan, le dijo: "¿Decías lo de con los ojos o...?".
El miedo y la ansiedad que se habían reflejado en el rostro del chico desde que llegó -nervios, probablemente, aunque la idea de que fuera por conocer a Robert le incomodaba- desaparecieron de repente.
"Sí, a veces las veo con los ojos, pero lo que he descubierto es que con esto" -sacó de su bolso una cámara DSLR de aspecto normal y jugueteó con el objetivo- "puedo ver más". Enarcó una ceja. "*Mucho* más".
Cal hizo una mueca.
"¿Hay más?"
Allan sonrió, lo que le hizo parecer aún más joven de sus dieciocho años, más o menos.
"Oh, sí, muchos más, pero desde hace poco. Durante años, sólo recogía uno o, si tenía suerte, dos al mes, merodeando por un cementerio o alrededor de un accidente. Pero últimamente...". Respiró hondo. "Últimamente están *por todas partes*. ¿Sabes lo que pienso?"
Nadie respondió, pero Allan continuó de todos modos, subiendo sus gafas redondas por el puente de su pequeña nariz.
"Creo que algo está pasando. Algo está cambiando".
Robert tragó saliva, con los últimos comentarios de Sean Sommers

repitiéndose en su mente.

El hombre advirtió que nunca volvería, que la brecha entre este mundo y el de ellos -el ardiente mundo de Leland Black- era cada día más delgada.

Es tu padre.

Sacudió la cabeza. Leland no era su padre; Sean estaba mal de la cabeza con eso.

"¿Cómo sabemos que no eres un farsante? ¿Un periodista pirata o algo así, un príncipe nigeriano que quiere nuestras tarjetas de crédito?". preguntó Shelly, con voz severa.

Allan miró directamente a Robert cuando habló.

"Porque sí", dijo mientras jugueteaba con la lente del extremo de la cámara. Accionó un interruptor y se encendió una luz roja. "Puedo enseñártelo".

Capítulo 4

"**Eres un hombre** de fe, Ben, lo sé", dijo el padre Callahan, con la voz entrecortada. "Aunque dejaste mi parroquia hace años, puedo decir por la forma en que jugueteas con tu cruz -la que te regalé- que eres un buen estudiante de Dios".

Ben asintió mientras el hombre torcido hablaba. Habían apagado los monitores y estaban sentados en la sala de profesores, uno frente al otro.

"Sí, creo, padre. Desde... bueno, desde hace mucho tiempo intento ser fiel". Miró a su alrededor, las paredes blancas y lisas, las mesas de plástico; incluso en la sala del personal, las mesas eran de plástico fino, por si acaso los reclusos conseguían entrar aquí. "Especialmente en este lugar".

El padre Callahan asintió, y durante un minuto más o menos ninguno de los dos hombres dijo nada. El silencio incomodó a Ben, lo cual era extraño dado que solía estar a solas con sus pensamientos.

Y normalmente le gustaba.

Ahora, sin embargo, su mente estaba llena de horribles imágenes de su amigo, con las manos entrelazadas en la cara, y de Carson, sosteniendo los ojos con las palmas de las manos, con una sonrisa lasciva en la cara.

La Cabra...

Pero Ben no interrumpió los pensamientos del padre Callahan. Aquel hombre no era uno de esos curas incoherentes que solía ver en la televisión, soltando cualquier tópico religioso que se le ocurriera. Más bien, Callahan era un hombre que elegía sabiamente sus palabras. Y parecía que esta vez, dado lo que había sucedido, el hombre estaba siendo muy cuidadoso.

El padre Callahan carraspeó y Ben se sacó de la cabeza.

"Ben, creo que debo contarte una historia. Una que oí hace mucho tiempo, pero creo que de repente se ha vuelto importante". Hizo una pausa, y Ben esperó a que recuperara el aliento. "Pero no aquí. No en este lugar. ¿Tiene Seaforth una parroquia?"

Ben asintió.

"Sí, aunque hace años que no se usa. Después del último motín, lo cerramos. Los presos lo usaban como lugar seguro para intercambiar cartas, contrabando, de todo. Y el padre Regis, o bien hacía la vista gorda, o bien contribuía a ello; nunca supimos cuál de las dos cosas, pero lo despidieron y la parroquia quedó fuera de los límites. También había problemas de seguridad; la cerradura electrónica fallaba. Hubo que cambiarla por una antigua".

El padre Callahan frunció el ceño, pero asintió. Ben también sabía que era un hombre comprensivo.

Y el cura era uno de los pocos privilegiados que sabían qué clase de presos tenían en la prisión de Seaforth.

De la peor clase.

Del tipo *Carson*.

"Vayamos allí", dijo el anciano sacerdote. "Y luego hablaremos".

***

"Cuando era mucho más joven, participé en un exorcismo... uno que fracasó. Muy mal. Fue... muy desagradable", dijo el padre Callahan. Casi completamente ciego, el hombre tenía una forma de mirar a un lado mientras hablaba que a Ben le pareció ligeramente desconcertante. "Durante mucho tiempo después, busqué lo que le ocurría a la gente después de morir. Como sacerdote, creía saberlo, pero...". Sacudió la cabeza. "Entonces llegó un hombre a mi parroquia con dos regalos y un libro".

"¿Regalos?"

El padre Callahan agitó una mano artrítica.

"Otra historia para otro momento. Pero el libro-el hombre también trajo un libro llamado *Inter vivos et mortuos*".

El sacerdote esperó, y finalmente Ben sacudió la cabeza al darse cuenta de que el hombre esperaba una respuesta.

"Nunca he oído hablar de él."

El padre Callahan inclinó la cabeza hacia el otro lado.

"No, claro que no, muy pocos lo han hecho. No quedan muchos secretos en este mundo, eso ya debes saberlo, pero éste, el *Inter*, es uno de ellos. Y nunca se lo había contado a nadie".

El alcaide cogió su vaso de poliestireno y bebió un sorbo de su café, ahora tibio. Estaba demasiado amargo, e hizo una mueca al tragar.

Ben también tenía sus secretos, entre ellos haber visto a Quinn paseando después de que lo asesinaran. Sacudió la cabeza.

Eso no fue real. No pudo haber sido real.

"El libro está todo en latín y las páginas... eran muy viejas, casi se estaban desmoronando. Me llevó mucho tiempo traducirlo palabra por palabra. No era sólo lo que el hombre que me lo dio decía sobre el libro, era también el libro en sí. Cada vez que lo sostenía, cada vez que mis dedos rozaban la cubierta de cuero oscuro, podía sentir que tenía poder. No confiaba en nadie para leerlo, así que tuve que aprender latín para traducirlo yo sola. Me llevó tiempo... mucho tiempo. Y sin nadie que lo revisara, no dejaba de dudar de mí mismo".

Ben bebió otro sorbo de café y resistió el impulso de interrumpir. No tenía ni idea de cómo aquella historia de libro iba a ayudarle a

entender lo que le había ocurrido a Quinn.

"Sé que tienes cosas que hacer, Ben", dijo el Padre, como si leyera su mente, "pero ten paciencia. Incluso cuando eras mucho más joven, luchaste con el arte de esperar y observar. Verás que esperar y observar te servirá de mucho en el futuro. Por favor, permíteme que me tome mi tiempo".

Ben se mordió el labio y flexionó los bíceps involuntariamente. Respetaba y confiaba en el padre Callahan, pero como alcaide de la prisión de Seaforth, no estaba acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer.

Aun así, se tragó su orgullo y esperó a que el hombre continuara.

Paciencia... como los tres minutos que Carson usó para arrancarle los ojos a Quinn.

"*Inter vivos et mortuos"* sólo cuenta una historia, una simple historia de un tiempo en el que la tierra de los vivos y la de los muertos se acercan, se tocan. Como hombre de costumbres, creo en un alma eterna, al igual que tú, Ben. Y *solía* creer en un cielo y un infierno. Pero este libro, esta historia, si se quiere, no describe el cielo y el infierno como lugares diferentes, sino como el *mismo* lugar. Y en este lugar, se te da a elegir: permanecer entero y arder, o arrojarte al Mar, perderte a ti *mismo*, y reponer la quiddidad".

"¿El qué?" preguntó Ben.

"Quiddity".

El alcaide sacudió la cabeza. Empezaba a pensar que traer al padre Callahan a Seaforth había sido una mala idea. El hombre hablaba como si tuviera algún tipo de demencia, un afecto.

¿El cielo y el infierno como un solo lugar? ¿Quiddity?

¿Qué esperaba que el hombre hiciera aquí, de todos modos? Especialmente si no estaba dispuesto a hablarle de Quinn.

El padre Callahan continuó, esta vez más despacio.

"No importa. Lo que importa es que este lugar... solía ser una calle de un solo sentido. Vas allí, tomas tu decisión, y eso es todo. Pero últimamente, las cosas están cambiando. Las cosas se están volviendo más fluidas en este lugar. La gente está volviendo. Y si esta puerta se abre, las cosas que inundarán nuestro mundo...". Hizo una pausa y volvió a mirar a un lado. "Estas cosas harán que Carson parezca un osito de peluche".

"¿Es como el Apocalipsis? ¿Algo así?" Ben preguntó en voz baja.

El padre Callahan se lo pensó un momento.

"Tal vez... pero, para ser honesto, no lo sé con certeza. Este libro, esta historia, bueno, no está exactamente en sintonía con los principios del catolicismo, como puedes deducir. Pero, Ben, debe ser tomado muy, muy en serio. Algunas de las cosas que he visto y oído últimamente, sobre una mujer en el pantano..."

El hombre sacudió la cabeza, con el rostro demacrado. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz tan baja que Ben tuvo que acercarse para distinguir las palabras.

"Algo le está pasando a nuestro mundo, Ben. Algo muy, muy malo".

A pesar de estar bastante seguro de que el hombre había empezado a perder la cabeza, la forma en que las palabras salieron de la boca del anciano -con tanta *convicción- heló* la sangre de Ben.

"¿Qué tiene que ver esto conmigo, Padre? ¿Qué tiene que ver con lo que pasó aquí? ¿Con Carson?"

Le pareció ver que el cura tragaba saliva.

¿Era... era miedo?

Ben no podía estar seguro, pero pensó que tal vez lo era. Y esto fue más que suficiente para que Ben se detuviera. El padre Callahan podía ser franco, directo y honesto hasta la saciedad, pero una cosa que nunca tenía era miedo.

Excepto ahora.

El sacerdote asintió lentamente.

"El lugar se llama La Médula, Ben, y el hombre a cargo se hace llamar La Cabra".

Capítulo 5

"Tres... no, cuatro quiddity". Allan entrecerró los ojos con fuerza a través de la lente, con la que recorrió la habitación. "No, tres."

Bajó la cámara.

"No estoy seguro, algo extraño pasa con el cuarto. Pero sé que hace menos de casi un año, había tres quiddity aquí, en este lugar. Fuertes, también. Unos que definitivamente dejaron huella".

Robert miró rápidamente a Shelly y a Cal. Estaba claro que la primera no se tragaba nada. Cal, en cambio, parecía absorto de interés.

El cheque que Sean les había dado se había cobrado sin problemas y, fiel a su palabra, Cal había empezado a hacer ejercicio con más regularidad. Robert, en cambio, bebía más a menudo y la hora de su bebida preferida -el whisky, siempre el whisky- se acercaba cada día más temprano.

Y Shelly no tenía ningún problema en unirse a él. Últimamente se había unido a él en muchas cosas.

No habían hablado mucho de lo que había pasado en el Séptimo Distrito; todos querían dejar atrás aquella horrible noche. Pero Robert había pillado varias veces a Cal mirándose las tres marcas de quemaduras de la pierna, a pesar de llevar pantalones tan a menudo como le era posible, y sabía que su amigo no había terminado del todo con la quididad ni con la Médula.

Y le asustó, esa mirada le asustó.

Al principio, Robert había intentado encontrar a Sean de nuevo, para exigir respuestas a más preguntas, pero el hombre parecía no existir. Era raro en esta época que no se pudiera encontrar absolutamente ningún rastro de una persona en Internet, pero este parecía ser el caso de Sean.

Leland... es tu padre...

También había buscado a LBlack, pero el hombre había desaparecido. De todos modos, no podía ser él, como tampoco podía ser su padre. Tenía un padre y una madre, personas agradables que habían muerto en un accidente hacía varios años. Y su padre, Alex Watts, nunca había llevado una chaqueta vaquera.

Así que Robert se resignó a sentarse y esperar, bebiendo cada día para ayudarle a olvidar la voz de su hija, las caras en el fuego.

Incluso intentó olvidarse de la arena, de las olas.

Y eso había funcionado sorprendentemente bien.

Hasta que Allan había llamado a la puerta hacía unos minutos.

"¿Dejan una marca? ¿Algún tipo de rastro?" preguntó Robert,

despertando de pronto su interés.

Allan asintió.

"Sí, la mayoría de las veces... depende. Cuanto más tiempo permanecen los espíritus aquí, más tiempo permanece su marca".

"¿Qué significa?"

Allan se encogió de hombros.

"Es algo en lo que pensé que podrías ayudarme".

"Déjame preguntarte algo, Allan", intervino Cal. "¿Has visto alguna vez un espíritu...?"

"Joder, deja de llamarlo espíritu", espetó Shelly.

Cal la miró.

"Bien", dijo lentamente. "¿Quiddity... quid? ¿Podemos llamarlos malditos quid, Su Alteza?"

Shelly dio un paso adelante y Robert levantó las manos.

"¿Qué demonios pasa con ustedes? Mantengan la calma. Jesús."

La expresión de Shelly se tornó amarga, pero no replicó; un progreso para ella.

Cal se volvió hacia Allan.

"¿Alguna vez has encontrado con tu cámara algo que *no puedes* ver con tus ojos?"

Allan le miró como si tuviera algún tipo de deficiencia mental.

"Sí, por supuesto. Más o menos al 50%. La mayoría de las veces es después de accidentes de coche y otras cosas horribles".

Robert dio un sorbo al whisky que tenía en la mano.

"¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros, Allan?"

"Quiero ayudar. Conseguí enviar a mis padres al otro lado hace una década, pero no estoy muy seguro de cómo lo hice. Y Dios mío, estaban agradecidos. Sólo quiero ayudar, eso es todo".

Robert se mordió el interior del labio. Se había esforzado por olvidarse de todo aquel mundo y sus implicaciones.

Pero si este chico... si él y sus extrañas cámaras pudieran ofrecer un verdadero camino de regreso, una forma de recuperar a Amy, entonces tal vez...

Robert negó con la cabeza.

No es posible. Sean se ha ido. El resto es... el resto es sólo un mal sueño. Amy se ha ido. Tu vida está aquí.

"Allan", dijo con un fuerte suspiro. "Gracias por venir, por enseñarnos tu equipo. Es realmente fascinante, pero creo que te has llevado una impresión equivocada sobre nosotros, malinterpretando lo que he publicado en Internet".

Robert se puso en pie y la cara de Allan se desencajó.

"Woah, espera un segundo-" Cal también se puso en pie. Se indicó a sí mismo, a Robert y a Shelly con un gesto circular. "Deberíamos hablar de esto, chicos. Quizá..."

Robert negó con la cabeza.
"No, he terminado de hablar."
Le tendió la mano a Allan para que se la estrechara, y el chico extendió la suya tímidamente.
"¿Robbo? Esto no es..."
Robert estrechó la mano de Allan y le indicó que se dirigiera a la puerta. Shelly le siguió de cerca.
"No, Cal", dijo Robert con severidad. "Eso se acabó, se acabó. No sé qué te pasó entonces, con tu amigo, pero ya no vamos a vivir en ese mundo".
Cal levantó las manos.
"¿Mi amigo? ¿Qué *coño* sabes tú de mi amigo?"
A Robert le sorprendió la repentina agresividad de su amigo. Este no era el Cal que él conocía, el bobalicón, bonachón pero contundente teórico de la conspiración.
Era otra persona.
"Nada, pero hemos terminado..."
Cal abrió mucho los ojos.
¿"Hecho"? *¿Hecho?* ¿Quién murió y te hizo rey? ¿Qué te hizo tan jodidamente especial, Robbo?"
Un dolor repentino en la pantorrilla de Robert le hizo hacer una mueca y estuvo a punto de doblarse.
"Joder", maldijo, agachándose para masajearse la parte inferior de la pierna.
"¿Eso te hace especial? ¿Por qué coño no nos cuentas la verdad sobre lo que te pasó en el pabellón, Robbo, sobre cómo te hiciste esas cicatrices?". Dio otro paso adelante. "Ya que estás, ¿por qué no le cuentas a Shelly lo que Sean te dijo? ¿Eh? Sí, es cierto, oí lo que te dijo en el porche. ¿Crees que soy idiota? Crees que..."
"¡Ya basta, Cal!" Robert gritó.
"¿Por qué? ¿Quién...?"
Y eso fue todo; Robert lo perdió.
"Es mi puta casa, así que son mis putas reglas. ¿No te gusta, Cal? Entonces tal vez deberías encontrar otro lugar para vivir. Vete, lárgate de una puta vez."
Cal entrecerró los ojos y señaló con un dedo el pecho de Robert.
¿"Tu casa"? *¿Tu casa*? Si no fuera por Shelly y por mí aquí, estarías pudriéndote en la Médula. Joder, también te salvamos el culo en Pinedale, no sea que lo olvides también... Entonces, ¿es tu casa? ¿Por qué? ¿Porque tu nombre está en la escritura porque Sean Sommers de alguna manera la consiguió firmada por una mujer muerta? Bueno, a la mierda con esto".
A Robert le sorprendió el repentino e intenso enfado de su amigo. Se volvió y vio que Allan los miraba a los dos con los ojos muy

abiertos.

"Shelly, ve a ver a Allan fuera, ¿vale?"

La mujer se acercó por detrás a Allan y le empujó hacia delante.

"Hora de irse, pequeñín", dijo suavemente. "Mamá y papá se están peleando otra vez".

"No, ¿sabes qué?" dijo Cal, atrayendo de nuevo la mirada de Robert. "A la mierda, ¿quieres que me vaya? Entonces me iré. Ni siquiera quiero quedarme aquí".

Terminó su cerveza y pasó junto a Robert, casi chocando con él en el proceso.

"Vamos, Allan. Te acompaño".

"Cal..."

Cal le dio la espalda y agarró bruscamente a Allan por el brazo. Luego levantó el dedo corazón hacia Robert.

"Jódete, Robert, jódete con tus secretos y mentiras y tu *santurronería*".

Y se fue con Allan, dejando a Robert con la boca abierta.

¿Qué coño acaba de pasar?

Capítulo 6

El alcaide Ben Tristen exhaló lentamente y se frotó los ojos. La iluminación del interior de la capilla era escasa y el crepúsculo se filtraba por la única vidriera que había sobre el altar. Mientras miraba fijamente al Jesús en la cruz, hecho de cristal de colores, se preguntó si el padre Callahan estaría confundido, incluso senil.

¿Qué pasa con Jesús? ¿Dios y todo eso?

Alegorías, Ben; alegorías para la Médula, la Cabra, el Mar.

Le desconcertaba que un hombre como Callahan, nada menos que un sacerdote, hubiera abandonado su fe por otra. Pero no le correspondía a él cuestionarlo, supuso.

Ben entornó los ojos hacia la ventana y se dio cuenta de que era la única de toda la prisión que no estaba cubierta de barrotes. Luego sacudió la cabeza. No importaba. La prisión de Seaforth estaba situada en una isla a más de veinte millas de tierra. Aunque uno de los reclusos se escapara, no podría ir a ninguna parte.

De repente, un relámpago rasgó el cielo, iluminando la corona de espinas sobre la cabeza de Jesús.

"Y... ¿ahora qué?", dijo tras una larga pausa.

El padre Callahan le sorprendió poniéndose en pie.

"Tengo que ir a ver al preso, a ver a Carson", dijo simplemente.

Ben miró a su viejo amigo con desconfianza. Estaba torcido, su columna vertebral curvada como una rama marchita. Sus ojos eran de un blanco glacial debido a las cataratas y su piel era como el cuero expuesto al sol durante demasiado tiempo.

Sacudió la cabeza.

"No creo que sea una buena idea, padre".

"¿Estás preocupado por mí?"

Ben asintió.

"No sólo usted, padre. Me preocupa *que alguien* entre ahí... ya viste lo que Carson le hizo a Quinn. Va a estar solo durante mucho, mucho tiempo".

Definitivamente fue un error traer a Callahan aquí, se dio cuenta.

¿Ir a ver a Carson? Definitivamente está fuera de sus cabales.

De ninguna manera. De ninguna puta manera.

El padre Callahan pareció reflexionar un momento.

"Esto es más grande que yo, Ben. Además, soy viejo; mi tiempo en esta tierra está casi agotado. No importará lo que me pase".

Ben se levantó y puso una mano suave en el hombro del hombre.

"No podría vivir conmigo mismo si te pasara algo, padre. Apenas puedo..." Respiró entrecortadamente. "No debería haber dejado que le

pasara nada a Quinn, y no dejaré que le pase nada a ninguno de los otros".

El padre hizo una mueca.

"¿Ben? No creo que..."

De nuevo, el alcaide negó con la cabeza.

"Quiero agradecerle que haya venido, padre. Su presencia, si no otra cosa, me ha hecho sentir más cómodo. Y la historia... gracias por compartirla. Un día no muy lejano nos tomaremos un whisky y hablaremos más de ello... ¿de qué se trataba? *¿Entre los vivos y los muertos?* Sí, tendremos una buena y larga charla. Pero por ahora, creo que es mejor que regreses al continente. Necesito averiguar cómo sacar el cuerpo de Quinn de la isla".

El padre Callahan cogió su bastón y rodeó el mango con su nudosa mano. Dio un paso, guiado por Ben, pero se detuvo bruscamente.

"Ben, ¿por qué es que realmente me llamaste aquí?"

Ben miró a su amigo y dudó.

"No era sólo para enseñarme un vídeo de tu amigo, Quinn, ¿verdad? Quiero decir, no soy psicólogo, sólo un viejo y frágil sacerdote".

El alcaide no dijo nada. Por la forma en que se comportaba el sacerdote, por las cosas casi blasfemas que decía, a ninguno de los dos les haría ningún bien mencionar lo que había visto.

Una sonrisa se dibujó de repente en el rostro del hombre.

"Lo viste, ¿verdad? Viste al hombre después de morir".

Una visión de Quinn, agarrándose la cara mientras corría hacia el comedor, pasó por su mente y Ben se estremeció.

"Ben, por favor, *debo* ver a Carson. Si vio a su amigo, entonces las cosas están peor de lo que pensaba. Las cosas se están acelerando. Tenemos que detenerlo".

Otra pausa.

"Ben, por favor."

"Suponga que creo esto, Padre, todo lo que está diciendo, y suponga que vi el espíritu de mi amigo. ¿Cómo me va a ayudar hablar con Carson? ¿Qué va a hacer? ¿Cómo podrías detenerlo?"

"El hombre... el hombre que me dio el libro, me hizo un Guardián, Ben. Un Guardián de la Médula. Puedo detener a Carson. Está en el *Inter vivos et mortuos*; la grieta puede ser cerrada, pero sólo por uno de nosotros. Y sólo antes de que esté completamente abierta".

Ben entornó los ojos con fuerza.

Guardian.

Las historias se volvían más fantásticas cuanto más hablaba con el cura. Su amigo. Su amigo, que claramente necesitaba ayuda. Desearía poder llevar al padre Callahan a hablar con Carson, mostrarle que el hombre no era más que un psicópata común y corriente, uno que

extrañamente decía cosas parecidas a las que él decía ahora, y dejar que se diera cuenta de que no había ningún portal secreto a otro mundo en el Bloque de Celdas E.

Claro que había muerte y maldad, de eso Ben no tenía ninguna duda. Solo que venía en forma de un ser humano despreciable llamado Carson Ford.

"No", dijo simplemente. "Voy a sacarte de la isla, padre."

El hombre inclinó la cabeza como si finalmente aceptara su destino. Pero aún no había terminado, no del todo.

"¿Qué hay del espíritu de tu amigo, Ben? ¿El que viste después de su muerte?"

Ben negó con la cabeza.

"No era real, sólo era estrés. Ahora, por favor..."

"Tu amigo no es el único muerto aquí, Ben. Vi a varios más cuando llegué en barco. Temo que este lugar -esta prisión- tenga un papel muy importante en esta grieta entre mundos. Por eso *debo* hablar con Carson".

Ben volvió a negar con la cabeza.

El cura estaba tan seguro, tan convencido de sus propias palabras, que resultaba contagioso. Flexionando sus bíceps, Ben volvió a su lugar seguro. El lugar que él entendía. El papel que había ocupado durante casi dos décadas.

Ben Tristen era el alcaide de la prisión de Seaforth, y no le iba a pasar nada a nadie más mientras él estuviera al mando.

"No", dijo con severidad. "Lo siento, padre, pero no puedo dejar que veas a Carson. Le agradezco que haya venido, pero debo insistir en que regrese a tierra firme. Haré que el barco te recoja".

De repente, un relámpago iluminó de nuevo la habitación, y los ojos de Ben se dispararon hacia la vidriera.

La lluvia se acerca.

Guió suavemente al sacerdote hacia la puerta.

"Y creo que deberíamos darnos prisa... se avecina una tormenta".

El padre Callahan le quitó la mano de encima a Ben y se apoyó en su bastón.

"En efecto", dijo, y su voz entrecortada adquirió una cualidad extraña y distante. "Se avecina una tormenta".

Capítulo 7

"**¿Crees que sabe** lo nuestro?" preguntó Shelly, moviendo suavemente la mano sobre el pecho desnudo de Robert. Robert respiró hondo.

"¿Te refieres a Allan?"

Shelly le pellizcó y él se encogió.

"Allan" no, joder. Cal. ¿Crees que lo sabe?"

Robert imaginó cómo su amigo había perdido la cabeza, cómo se había marchado enfadado.

Claro que *podía* saber de ellos, y Cal tenía una vena celosa.

¿Por qué no nos dices lo que Sean te dijo? ¿Sobre lo que realmente pasó en el Séptimo Distrito?

También podría ser eso.

Y luego estaban las rayas de colores en la cámara de Allan equipada con la lente especial, rayas que la quididad había dejado atrás.

¿Estás actuando raro últimamente, Robbo? ¿Te enfadas más de lo normal?

También podría ser eso.

O podría ser simplemente Cal siendo Cal.

Joder.

"No lo sé, Shelly. Conozco a Cal desde hace... ¿cuánto? ¿Quince años? Él es... diferente".

Su mano se dirigió a su ombligo, provocándole un escalofrío.

"Le conozco desde hace menos de un año y no hace falta que me digas que es *diferente*".

Robert suspiró.

Las cosas no habían sido más fáciles desde el Séptimo Distrito; en todo caso, se habían vuelto más confusas.

Leland es tu padre...

Robert había investigado un poco sobre sus padres, pero no había conseguido averiguar nada importante. Lo primero que pensó fue que tal vez fuera adoptado, pero no encontró constancia de ello. Todo parecía indicar que era hijo de Alex y Helen Watts, un abogado y una ama de casa. Buena gente que había hecho todo lo posible por criarlo antes de fallecer trágicamente en un accidente de coche. Y también tenía buenos recuerdos. Buenos momentos jugando al béisbol con su padre, horneando galletas con mamá. Pero el comentario de Sean, por inocuo que fuera, había provocado un cisma en su mente. ¿Era todo falso? ¿Una invención?

Y, lo que es más importante, ¿importaba?

"¿En qué estás pensando?" preguntó Shelly. Apoyaba la cabeza en el pecho de él, tumbados uno junto al otro en la cama, y levantó los ojos brillantes para mirarle.

"Nada", mintió Robert, apartando la mirada.

"Estás mintiendo", susurró, pero luego deslizó la mano por debajo de las sábanas y las yemas de los dedos rozaron ligeramente el interior de los muslos de él. "Pero está bien, te daré algo en lo que pensar".

Se apoyó en los codos y bajó la cara hacia la de él. Sus labios, a pesar de su gran tamaño, eran increíblemente suaves y rozaban los de Robert como almohadas blandas y aterciopeladas. Luego sacó la lengua con la misma delicadeza y Robert sintió otro temblor.

Shelly sonrió, y su mano pasó del interior de la pierna de él a entre ellas.

Robert se endureció al instante.

"¿Otra vez?", susurró, tragando saliva.

La sonrisa de Shelly aumentó y asintió enérgicamente.

"Sí, otra vez", dijo ella.

Robert se acercó a ella, la agarró por las caderas y, con un movimiento fluido, la puso encima de él. Luego le acercó la cabeza y volvió a besarla, al tiempo que se introducía en su interior.

Robert rodó sobre su espalda, respirando agitadamente, con el pelo y la cara empapados de sudor.

"Eso fue..."

Shelly, que había estado mirando hacia otro lado, se volvió y le puso un dedo en los labios, haciéndole callar. Sus ojos brillaban y todo su cuerpo estaba cubierto de un fino brillo.

No había necesidad de decirlo.

Luego rodó hasta quedar sentada y Robert se maravilló de su cuerpo. Aunque estaba de espaldas a él, aún podía ver el costado de sus grandes pechos, los pequeños pezones rosados aún duros, y sonrió satisfecho.

Shelly alargó la mano para coger algo del suelo, y Robert apoyó la cabeza en el codo y empezó a trazarle la columna vertebral con los dedos.

La primera vez que habían tenido sexo había sido torpe, como vírgenes adolescentes torpes, y había terminado demasiado pronto, de lo cual Robert tenía la culpa. Hacía tanto tiempo que no practicaba sexo, e incluso cuando Wendy estaba viva, había sido estrictamente el misionero. Pero con Shelly... su libertad y *experimentación* eran liberadoras.

Y también era divertido. Algo que había echado mucho de menos en su vida antes de ella.

La segunda vez había sido mejor, y la tercera y las siguientes, nada

menos que asombrosas. A medida que las endorfinas inundaban su organismo, usurpaban la punzante sensación de culpa que no servía para otra cosa que para fastidiarle.

Sentimientos infundados de culpa arraigados en Wendy.

Ella le tocó incluso desde más allá de la tumba.

Shelly cogió algo y Robert intentó inclinarse para echar un vistazo, pero ella le dio la espalda, impidiéndole ver.

"¿Con qué estás jugando?", preguntó tímidamente. Estaba abierto a nuevas experiencias, claro, pero el clic metálico y el posterior zumbido de un motor diminuto le ponían nervioso.

Tenía límites: al fin y al cabo, era contable.

"¿Shel?"

Al principio, ella no respondió. Entonces Robert oyó otro clic y ella giró, con una cámara apuntándole directamente. Instintivamente, se puso las manos delante de la cara.

"¿Qué, te estás volviendo tímido conmigo, Rob?", bromeó, sacando varias fotos.

Robert manoseó la cámara.

"Bájala, Shel. Lo digo en serio. No estoy de humor."

Shelly tomó algunas fotos más.

"Shelly, hablo en serio."

Bajó la cámara.

"No eres divertido."

Robert miró la cámara mientras ella misma la encendía y jugueteaba con algunos ajustes. Entonces frunció el ceño al reconocer el filtro rojizo que cubría el objetivo.

"¿De dónde sacaste la cámara?"

Shelly se encogió de hombros.

"Shelly... ¿lo cogiste? ¿Se lo quitaste al chico?"

Pulsó un botón y la lente de la cámara empezó a brillar con un rojo apagado. Robert lo cogió, pero Shelly se levantó y se apartó de él.

"Tal vez", dijo sin disculparse.

"¡Shelly! Robaste la cámara del chico, ¿verdad?"

De pie y desnuda, volvió a apuntarle con la cámara. La luz roja era extraña, e incomodaba a Robert más allá de la idea de ser fotografiado inmediatamente después del sexo.

"Prestado", dijo.

"¡Dámelo!" exigió Robert, pero Shelly sólo se rió.

Rodó hasta el borde de la cama y se levantó. Al caer la sábana, de repente se sintió cohibido e intentó cubrirse. Shelly siguió riéndose mientras bajaba la cámara hacia su pene flácido. Él se cubrió con ambas manos, pero Shelly siguió recorriendo su cuerpo con la extraña luz roja.

"¿Realmente crees que el niño nerd puede ver rastros espirituales

con esta cosa?"

"No me importa, Shelly. Sólo apágalo, me está incomodando".

Pero Shelly no lo apagó, sino que recorrió todo su cuerpo. Pero cuando llegó a sus pantorrillas, se le borró la sonrisa de la cara.

Shelly finalmente bajó la cámara, dando a Robert una visión clara de su rostro ahora pálido.

"¿Shel? ¿Qué pasa?"

La mujer tragó saliva, pero no respondió. En su lugar, extendió lentamente un dedo y le señaló la pantorrilla herida.

Capítulo 8

El alcaide Ben Tristen siguió de cerca al padre Callahan mientras salían de la parroquia por el largo pasillo hacia la puerta principal. El guardia John Smitts iba detrás de Ben.

Habían pasado dos días desde el asesinato de Quinn, y desde entonces no se había permitido a nadie hablar con Carson. El reparto de comida lo hacían guardias con auriculares.

Ben había prohibido absolutamente cualquier contacto.

Los otros veintidós presos habían sido confinados a sus celdas unipersonales en un futuro previsible, y habían empezado a inquietarse.

El resto del personal de Ben, aparte de los diez guardias y el informático que Ben creía que tenía autismo severo, había sido trasladado fuera de la isla por motivos de seguridad.

Todas sus acciones habían hecho que el largo pasillo sin rasgos que separaba la prisión de la puerta principal, un pasillo de nueve metros marcado por cámaras en las cuatro esquinas, estuviera extrañamente silencioso.

Hasta que el walkie del cinturón de Ben emitió un chasquido. Todos, excepto el padre Callahan, se sobresaltaron: todos estaban nerviosos, dados los acontecimientos de los últimos días.

Ben se desenganchó el walkie del cinturón y pulsó el botón de hablar.

"Sí, aquí el alcaide".

Más estática.

"¿Quién es?"

Ben se quedó un momento mirando la cajita de plástico que tenía en la mano antes de contestar.

"¿De qué estás hablando? Me llamaste, es el Alcaide".

"Oh." Hubo una breve pausa, y Ben esperó pacientemente a que el hombre continuara. "Bueno, es Petey... revisé los patrones del clima, tenemos un 10-beller rodando. Si quiere sacar el paquete, hágalo pronto, jefe".

Ben sacudió la cabeza, intentando descifrar la extraña jerga y el aún más extraño comportamiento del informático.

Paquete... ¿Padre Callahan? ¿O el cuerpo de Quinn? Ambos tuvieron que irse hoy. 10-beller debe ser una fuerte tormenta.

"Entendido. Ya estamos saliendo. ¿Qué aspecto tiene la tormenta? ¿Durará un día?"

El paso del padre Callahan, que ya era de caracol, se ralentizó aún más. Ben le puso suavemente una mano en el hombro, animándole a

seguir.

¿"Un día"? De ninguna manera, Jefe. Va a durar tres días, tal vez incluso cuatro. Si los patrones se mantienen así, va a ser la detención, parece ".

¿Detención?

Ben hizo una mueca.

"Por el amor de Dios, Peter, ¿qué quieres decir con detención? Esto es una puta prisión... habla inglés".

"Lo siento, Jefe. Quería decir que nadie podrá entrar y salir hasta que pase la tormenta. Menos mal que sacaste a los cocineros y a las enfermeras de la isla. Pensándolo bien, tal vez las enfermeras..."

Las divagaciones de Peter se interrumpieron y el alcaide maldijo en voz baja. Se acercaron a la gruesa puerta metálica de la entrada y saludó con la cabeza a Smitts, un hombre casi tan corpulento y musculoso como el propio Ben, de mandíbula cuadrada y cabeza rapada.

"Abre la puerta, Smitts", ordenó.

John Smitts, ex presidiario antes de pasarse a este lado de la ley, sacó las llaves de la anilla de su cinturón y empezó a abrir el pesado pestillo. Hacía un año, la junta directiva había ordenado que todo en Seaforth debía ser electrónico, lo que a Ben le parecía bien. Pero él era un poco tradicionalista, y se puso firme cuando se trató de esta puerta, la entrada interior a la prisión de Seaforth.

Por alguna razón, me sentí más seguro con una cerradura y una llave antiguas.

Pero, como descubrió Quinn, eran los peligros del interior los que debían preocuparles.

"¿Jefe?"

Mientras Smitts jugueteaba con la cerradura, la gran llave metálica golpeando con fuerza, Ben volvió a pulsar el botón de hablar del walkie.

"Recibido". La estática del walkie le recordó el vídeo del Bloque de Celdas E y cómo se había convertido en puro ruido blanco durante tres minutos. Peter no había sido capaz de encontrar el origen de la avería, a pesar de todos sus aparatos y ordenadores relucientes. "¿Y Peter? Haz una revisión completa del sistema, no quiero que nada se estropee como..." Se detuvo antes de decir "*la noche que murió Quinn*". "-Hace un par de noches. ¿Lo tienes? Sin tiempo de inactividad".

"Entendido, Jefe."

Smitts abrió la puerta y los cuatro entraron en una pequeña habitación cuadrada. Esta habitación era la primera capa de seguridad de Seaforth. Smitts esperó a que Ben y su padre entraran antes de cerrar y atrancar la puerta que daba al pasillo por el que acababan de entrar. Ninguna de las puertas podía abrirse, ni la primera que daba al

exterior ni la interior que conducía a la prisión, a menos que la otra estuviera cerrada y atrancada.

"¿Y Peter?"

"¿Sí?"

"No me llames Jefe, no soy un puto indio y esto no es un Pow-Wow. Llámame Warden".

"Muy bien, Chi, quiero decir, Warden."

Ben suspiró y bajó el volumen del walkie.

"Smitts, ¿dónde está el cuerpo?"

El hombre, que rara vez hablaba a menos que le hicieran una pregunta directa, tenía una voz como clavos oxidados.

"Lo saqué antes. Envuelto en la lona como pediste. Debería estar justo fuera de la puerta, Hargrove está ahí fuera con él, listo para escoltar a Quinn y Padre al barco".

Ben asintió, dio un paso adelante y sacó la tarjeta del cinturón, dispuesto a abrir la puerta principal.

"¿Alcaide? ¿No deberíamos...?" Smitts dejó escapar la frase.

Ben le miró con desconfianza.

¿No deberíamos qué?

Entonces el hombre hizo un gesto con la cabeza hacia el padre Callahan, que permanecía inmóvil, de cara a la puerta principal de la prisión.

Ben hizo una mueca, dándose cuenta de lo que su guardia estaba insinuando: era protocolario registrar a todos los que entraban y salían de la prisión. Su mirada se dirigió al viejo y cansado sacerdote.

"Está bien, Smitts", dijo Ben, acercando la tarjeta a la unidad y activándola. Luego retrocedió y miró directamente a la cámara, que zumbó al enfocarle.

Vamos, Peter, acabamos de hablar.

Un segundo después, un fuerte zumbido llenó la pequeña habitación y se oyó el sonido de la cerradura exterior al abrirse. El alcaide esperó a que terminara antes de abrir la puerta de par en par.

La salmuera salada del mar le golpeó en la cara y respiró agitadamente. Sus ojos se dirigieron inmediatamente hacia arriba.

Peter no bromeaba sobre la tormenta.

El cielo estaba oscuro, casi negro, a pesar de ser medio día. Gruesas nubes de aspecto amenazador tapaban el sol.

"Fóllame", susurró Ben. Cuando se volvió, se sorprendió de que el padre Callahan le estuviera mirando directamente. Empezó a sonrojarse. "Aquí, Padre. Tome mi mano".

El hombre ignoró el gesto.

"Soy lento y casi ciego, pero no débil", dice con naturalidad.

Ben retiró el gesto, se encogió de hombros y volvió los ojos hacia el mar, que echaba espuma con frenesí. Las puertas principales de la

prisión de Seaforth se abrían a un largo camino de cemento que descendía unos doce metros hasta el nivel del mar. En la parte inferior, podía ver la débil silueta del remolcador.

El viento aullaba, azotándole la cara, y el alcaide metió la cabeza entre sus considerables hombros.

"¿Smitts?", preguntó, con los ojos clavados en el barco, que se balanceaba y mecía con las olas.

"¿Sí?"

"¿Dónde está Hargrove?"

Un hombre aparece de repente detrás de un arbusto, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

"Aquí mismo", dijo, con una sonrisa bobalicona en la cara. "Sólo tenía que mear".

Ben asintió.

"¿Y Quinn? ¿Dónde está el cuerpo de Quinn?"

Hargrove enganchó un pulgar sobre su hombro.

"Ya está cargado. Bajé al pobre bastardo antes". El hombre volvió sus pequeños ojos hacia el cielo. "Va a llover a cántaros. Hay que ponerse en marcha rápido. El tiempo es aún peor en el continente".

Ben asintió, con expresión severa.

"Lleva al Padre Callahan de vuelta - haz que te lleve cuando aterrices a donde quiera ir, también. Y luego te quiero de vuelta aquí, Hargrove, te necesito de vuelta aquí de inmediato. Se supone que el tiempo será una mierda, así que no vuelques el maldito barco. Pero te *necesito de vuelta aquí*".

El hombre asintió, dio una calada y tiró el cigarrillo al suelo. Mientras se acercaba al cura para echarle una mano, Ben se volvió hacia su amigo de toda la vida.

"Quiero darle las gracias por venir, Padre. Y por su ayuda con la bendición del cuerpo de Quinn. Era... era un gran amigo".

El padre Callahan le miró sin comprender.

"Me gustaría que lo reconsideraras, Ben. Necesito hablar con *él*".

Ben captó miradas extrañadas de los otros dos hombres, pero las ignoró.

"Quizá en otra ocasión", dijo con una sonrisa forzada. Casi tuvo que gritar por encima del rugido del viento.

El padre Callahan sacudió la cabeza con disgusto y se dio la vuelta para marcharse sin decir nada más.

Ben le vio irse, con su torcido cuerpo apoyado en Hargrove para sortear el duro camino de cemento. Luego se volvió hacia la prisión e indicó a Smitts que volviera a entrar.

Antes de seguirlo, levantó la vista hacia el imponente edificio.

Duro, de hormigón macizo, casi tan impenetrable como una fortaleza, Seaforth ofrecía un aspecto formidable.

Un relámpago iluminó de pronto la superficie gris polvorienta y un escalofrío recorrió de repente la espina dorsal de Ben.

Una gruesa gota de lluvia le golpeó en la frente y se apresuró a volver al interior, incapaz de librarse de la sensación de que aquella tormenta iba a consistir en algo más que truenos, relámpagos y lluvia.

Mucho, *mucho más.*

Capítulo 9

"**Es una maldita cámara**, Shelly. Tómatelo con calma."

Shelly le tendió el dispositivo, pero Robert se negó a cogérselo.

"Pero... pero tu *pierna*".

Robert tragó saliva, tratando desesperadamente de cambiar de tema.

"¿Por qué te pones así? Quiero decir, un mequetrefe dice que puede usar su cámara para ver... ¿qué? ¿Rastros de fantasmas? Y no sólo le crees, sino que..."

"¡Sólo mira a través de la lente, joder, Robert!"

A continuación, Shelly sujetó la cámara con el brazo extendido y la dejó caer.

"¡Joder!" Robert cayó en la trampa y extendió la mano. La cámara aterrizó en la palma de su mano abierta, y él hizo malabares con ella por un momento antes de que sus dedos se enredaran en la correa.

Lanzó una mirada a Shelly, pero su rostro seguía tan pálido y cubierto de preocupación que no pudo mantener la expresión. De mala gana, se acercó el visor de la cámara a la cara.

La última fotografía tomada seguía en la pantalla, y a Robert se le cortó la respiración.

Pudo ver la parte superior de sus muslos, extrañamente gris a pesar del filtro rojo, pero fue lo que había en su pantorrilla derecha lo que le hizo detenerse.

La piel de la espinilla estaba tirante, la parte posterior de la pierna delgada, rozando la poliomielitis. Pero envolviendo su carne gris había tres marcas brillantes de garras rojas y amarillas, marcas del lugar donde Leland Black le había cauterizado la herida de la pierna.

Robert apagó la cámara y se sentó en la cama, ya no cohibido por el hecho de estar desnudo. Respiró hondo varias veces y dio unos golpecitos en la cama. Bajó la cabeza y esperó a sentir el peso de Shelly sobre el colchón.

"¿Vas a decirme lo que realmente pasó en el sótano, Rob? ¿Con el Dr. Mansfield?" Shelly preguntó en voz baja. "Si quieres mantener esto..."

Ella vaciló, luego le dio un manotazo en el brazo, obligándole a salir de su propia cabeza.

"Oye, ¿me estás escuchando?"

Robert la miró y se sorprendió de que hubiera tristeza en su redonda cara.

"Si quieres que esto continúe" -señaló sus cuerpos desnudos- "vas a tener que contarme lo que te pasó de verdad. Cal tiene razón, no me

van bien los secretos, Rob".

Robert miró detenidamente a Shelly. No era sólo el sexo, aunque eso era innegablemente genial; era algo más, también. Había algo en ella, algo en esa rubia malhablada con una actitud de la que no podía saciarse.

Le gustaba, se dio cuenta, tal vez incluso la amaba.

Extrañamente, esta vez no sintió la punzada de culpabilidad que le caracterizaba. Robert suspiró y empezó a hablar.

"Sucedió en el sótano, Shelly. Y ocurrió de nuevo en el Séptimo Distrito..."

***

Cuando terminó, Robert volvió a bajar los ojos, contentándose con mirar al suelo junto a sus pies descalzos. La historia, toda la historia hasta lo que Sean había dicho sobre que Leland era su padre, salió de golpe. Había reproducido ese momento, el momento en que compartía lo que sabía con alguien, en su cabeza docenas de veces, y todas esas veces pensó que sería difícil hablar de cómo se sentía, de su culpa, de la extrañeza de la Médula. Pero la realidad era que no era difícil en absoluto.

Ayudó que Shelly escuchara con los ojos muy abiertos todo el tiempo.

Durante un minuto, ninguno de los dos dijo nada. Se quedaron sentados en una esquina de la cama, desnudos, respirando profundamente. Entonces Shelly levantó una mano y se la puso suavemente en el hombro. Él se volvió hacia ella, mirándola fijamente a los grandes ojos.

Aunque había sido más fácil de lo esperado compartir su historia, mentiría si dijera que no le preocupaba cómo se lo tomaría.

"Bueno, eso es bastante jodido, ¿no?"

Shelly esbozó una sonrisa de satisfacción al decir esto, y Robert soltó una carcajada, un sonido tenso y agudo.

"Sí, bastante jodido. Siento no habértelo dicho..."

Ella le puso el dedo en los labios, haciéndole callar.

"Lo entiendo", dijo en voz baja. Hubo otra pausa y miró a un lado. "¿Alguna vez te has preguntado qué significa todo esto, Robert? ¿Y crees que es un accidente que tú... nosotros... nos hayamos visto involucrados?".

Robert se lo pensó un segundo.

"No lo sé. Una parte de mí quiere pensar que todo fue un accidente, y en realidad lo fue. Después de todo, todo empezó con..." Su respiración se entrecortó, pero forzó la respiración. "-Wendy y Amy murieron en el accidente de coche. Pero Sean vino a verme... me dio

la carta. No fue un accidente".

Shelly asintió.

"Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Seguir adelante? ¿Haciendo lo mismo, todos los días?"

La pregunta confundió a Robert, que se volvió hacia ella.

"¿Qué quieres decir?"

Shelly se acercó y cogió la cámara.

"Mira, lo que pasó aquí en la finca y en el Séptimo Distrito fue jodido, nadie lo entiende tanto como yo. Pero he estado investigando más, y el bobo, ¿Allan Knox? Creo que podría estar en algo. Hay más charlas en la red, sobre ver más quiddity que nunca". Hizo una pausa y se mordió el labio. "No sé si significa algo, pero algo... no sé, algo me dice que aquí está pasando algo importante. Algo de lo que formamos parte queramos o no".

De repente, Robert se tumbó en la cama, levantó los brazos y se puso el dorso de las manos en la frente.

Respiró hondo.

"¿Y si no quiero involucrarme? ¿Y si lo único que quiero es llevar una vida normal? ¿Y si quiero olvidarme de estos quiddity y de los Marrow y de todas estas gilipolleces?".

Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos cuando Shelly se tumbó a su lado.

"¿Sabes qué, Robert? Yo no elegí tener el pelo rubio, las tetas grandes o el culo aún más grande. Simplemente los tengo. No pedí ser una jodida dinamo en la cama. Simplemente lo soy".

Robert se rió entre dientes.

"A veces hay que dejarse llevar, jugar al póquer con las cartas que nos tocan. No siempre tenemos la oportunidad de barajar de nuevo".

Shelly se apoyó en un codo y le miró fijamente.

"Y tú, Robert, definitivamente has sido elegido para algo más grande, algo más grande. Cuanto antes lo aceptes, antes podremos hacer algo jodidamente bueno, *algo* realmente bueno".

Robert se estremeció al oír la palabra *elegida*, recordando que Sean había utilizado exactamente la misma palabra cuando se conocieron.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

"Gracias", dijo en voz baja. A pesar de su crudeza, sus palabras le habían infundido una extraña confianza.

Influencia de Sean Sommers o no, había purgado a James Harlop y Andrew Shaw. Lo había hecho... con la ayuda de sus amigos, por supuesto.

"¿Y ahora qué?"

La respuesta de Shelly fue inmediata.

"Ahora vamos a buscar a ese retrasado de Cal y a su novio empollón a ver en qué líos nos podemos meter. ¿Qué os parece?"

Robert asintió.
"Creo que tienes razón".
Shelly sonrió.
"Joder, tengo razón. Mejor que lo recuerdes".

Capítulo 10

"¿Qué coño?" dijo **Ben** mientras sorbía lo que quedaba de su huevo en el tenedor. Se volvió hacia Smitts. "¿Has visto eso?"

El gran hombre asintió.

"Y me oíste decirle a Peter que no quería más desmayos, ¿verdad?"

De nuevo, el hombre asintió. No era muy dado a las palabras, lo cual le daba igual al director. Como él, John Smitts pertenecía a otra generación, una generación que no creía que todo tuviera que comentarse, que el mundo no estaba hecho de hashtags verbales.

Pero John Smitts era del tipo fuerte y silencioso, con un fuerte énfasis en lo de fuerte.

Las luces volvieron a parpadear y Ben maldijo y sacudió la cabeza. Un relámpago relampagueó fuera, enviando astillas de luz azul al comedor. Aunque se habían restringido las actividades de los reclusos y estaban confinados en sus celdas, Ben aún tenía libertad para deambular. Así que, después de mandar a Callahan a paseo, intentando reflexionar sobre las cosas que le había dicho, había llevado a Smitts al comedor, donde les había frito a los dos unos huevos, tostado pan y sentado en silencio.

Pensar.

Pensando en Quinn gritándole que se fuera, que se diera prisa, mientras se tapaba la cara con las manos.

Pensando en la mierda rara que había dicho el padre Callahan, en lo desesperado que estaba por hablar con el preso más peligroso de la cárcel de Seaforth.

Pero antes de que se diera cuenta, las luces se habían atenuado y ahora parpadeaban.

El alcaide se zampó rápidamente la última tostada, se crujió los nudillos hinchados y se levantó.

"Voy a tener una charla con Peter."

Smitts asintió y no dijo nada. Pero la forma en que se terminó rápidamente sus propios huevos, acompañándolos con una loncha de beicon, indicaba que quería acompañarle. Ben se alegró de la compañía, por silenciosa que fuera.

Y, además, todavía estaba un poco asustado ante la perspectiva de quedarse solo.

De volver a ver a Quinn.

No era real.

Cogió el plato del hombre y lo apiló sobre el suyo antes de dirigirse rápidamente a la cocina y dejarlo caer en uno de los barreños metálicos.

"Lo cogeré más tarde", dijo Smitts, pero Ben desechó su comentario.

"No te preocupes por eso", respondió Ben mientras se dirigían uno al lado del otro hacia la parte delantera del comedor.

El comedor era un cuadrado gigante, sencillo en todos los sentidos, con mesas de plástico estilo picnic dispuestas en filas. Era la parte más peligrosa de la prisión; en los últimos siete años había habido más muertes y agresiones aquí que en cualquier otra parte de Seaforth junta. Y eso incluía el patio de entrenamiento.

Había algo en la comida y el confinamiento que constituía una combinación tóxica. Ben nunca supo por qué.

Los ojos de Ben se desviaron hacia el balcón de arriba. Accesible sólo desde la sala de guardias, el nivel superior estaba forrado de barrotes y solía estar patrullado por dos agentes durante las horas de comida de los reclusos. Pero ahora estaba vacío.

Era extraño estar en el piso sin nadie patrullando por encima. Se sintió incómodo y se apresuró hacia la puerta, donde escaneó su tarjeta. Sonó un pitido y se abrió, dando paso a un estrecho pasillo. Ben entró primero y Smitts le siguió. Pasaron por un detector de metales, que emitió un fuerte pitido y detectó la pistola eléctrica y la pistola que llevaban en el cinturón.

Ben se llevó los dedos a los ojos y suspiró. El cansancio empezaba a apoderarse de él; no había pegado ojo desde el asesinato de Quinn.

Maldita Quinn... ¿por qué tuviste que entrar ahí? ¿De qué coño va todo esto?

Pensó en las palabras del padre Callahan.

La Cabra... está diciendo la Cabra.

Ben intentó contener las lágrimas.

Joder, Quinn.

Ben se apartó la mano de la cara y se volvió hacia la cámara situada en la esquina superior izquierda de la puerta. Hizo un gesto con la mano y se adelantó para volver a pasar la tarjeta.

No pasó nada.

"Joder, Peter", murmuró.

Se inclinó hacia atrás, mirando directamente a la cámara, e hizo un gesto dramático con la mano. El detector de metales disparó la cerradura, pero también debería haber enviado una alarma a Pete en la sala de control.

¿Qué coño está haciendo? ¿Durmiendo?

El hombre machacaba Red Bulls y sólo Dios sabía qué más, así que a Ben le costaba creer que alguna vez durmiera, y menos en un momento así.

Ben sacó el walkie de su cinturón y giró el dial.

"Peter, abre la puerta, el detector de metales se disparó. Somos Smitts y yo".

Hubo una pausa y luego respondió una voz crepitante.

"¿Jefe? ¿Eres tú?"

Ben negó con la cabeza.

Jefe.

"Sí, soy yo. Abre la puerta del Bloque Principal".

La pausa fue más larga esta vez.

"Mueve la mano, me cuesta verte en la cámara".

Ben hizo lo que le ordenaron.

"No, todavía no lo consigo. Borrosa, parece que la señal es débil o algo así".

"Joder, ábrelo, de todas formas vamos a ir a verte. Las luces parpadean y..."

De repente, la puerta emitió un pitido y Ben oyó cómo se desenganchaba la cerradura. Smitts se adelantó y la abrió rápidamente.

"Aguanta, Peter. Llegaremos en cinco minutos".

Luego cruzaron la puerta y entraron en el pasillo lleno de celdas, donde estaban los reclusos de la población normal.

Por lo general, al abrir la puerta, los gentíos gritaban y chillaban. Hoy, sin embargo, era diferente. Tal vez fue la noticia de la muerte de Quinn, que era moderadamente querido entre los internos, o tal vez fue la tormenta que retumbaba fuera.

O quizá fuera algo totalmente distinto.

Lo único que sabía el alcaide Ben Tristen mientras caminaba por aquel pasillo con John Smitts a su lado, echando un vistazo a los reclusos en un silencio casi sepulcral con las cabezas gachas, era que no le gustaba.

No le gustó nada.

El silencio en una prisión nunca fue bueno.

Capítulo XI

Estaba oscuro, pero no tanto como para que Robert se quedara completamente ciego. Parecía estar en una especie de habitación, pero no podía localizar las paredes... todo se perdía en la negrura de la periferia de la visión. Intentó mirar hacia abajo, pero su cabeza y sus ojos se movían lentamente. Cuando por fin consiguió enfocar, se dio cuenta de que estaba flotando; o eso o el suelo era tan oscuro y negro que no podía verlo.

Se le escapó un jadeo, el sonido imposiblemente fuerte en este vacío del espacio.

¿Qué es este lugar?

Cerró los ojos y, de algún modo, consiguió bajar el ritmo cardíaco. Luego se concentró, intentando que todo desapareciera.

Pero no lo consiguió. De repente, una voz apareció en su mente y sus ojos se abrieron de golpe.

Fuiste elegido, Robert. Leland Black es tu padre.

Era la voz de Sean Sommers.

Robert volvió a cerrar los ojos.

Cuando los abrió un segundo después, se sorprendió al descubrir que ya no estaba en la caja negra infinita, sino en una especie de celda.

Sólo que *en realidad* no estaba allí; era como si se limitara a observar.

Había un hombre desnudo en el centro de la habitación, sentado como un yogui, con los ojos cerrados. Tenía una mandíbula fuerte y una nariz ligeramente descentrada, y aunque Robert estaba seguro de no haberlo visto nunca, le resultaba extrañamente familiar.

Había una especie de aura que se desprendía de él, aparentemente segregada por cada uno de sus poros. Algo que le decía a Robert que no era un *buen* hombre.

Por el contrario, se trataba de algo completamente distinto.

Malvado, tal vez.

¿Es una quididad? ¿Un alma muerta perdida?

Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, los labios del hombre empezaron a moverse y Robert se esforzó por oír lo que decía.

Al principio, Robert no lo entendía; parecía un torrente de sílabas sin sentido repetidas una y otra vez, pero cuando se concentró aún más, empezó a tener sentido para él.

No era una palabra, sino un *nombre*. Un nombre que le produjo un escalofrío.

"Leland Leland Leland Leland..."

Robert tragó saliva, su mente luchaba por comprender lo que estaba pasando.

Pero lo que vino después fue aún más chocante.

Una respuesta.

"El hombre de la tela está llegando, Carson. Puedes usarlo para abrir la grieta-atarlo entre los vivos y los muertos, como dice el libro".

La respiración de Robert era ahora superficial.

A diferencia del hombre sentado con las piernas cruzadas en el centro de la celda, ésta era la voz de un hombre al que reconocía.

Era la voz de Leland Black, la voz de la Cabra.

La voz *de* su *padre*, si Sean debía ser creído.

Robert intentó acercarse aún más, pero los ojos del hombre llamado Carson se abrieron de golpe y Robert gritó.

***

"¡Despierta! ¡Robert, despierta de una puta vez!"

Robert gritó y abrió los ojos.

Shelly estaba agachada junto a él, con la cara casi tan pálida como cuando se había maquillado y fingido que Ruth Harlop seguía viva.

"¿Qué ha pasado?" Parpadeó varias veces, intentando aclarar su visión. Fue a incorporarse, pero perdió el equilibrio y volvió a caer sobre la cama.

Shelly respiró aliviada.

"¡Joder! ¿Qué te ha pasado?"

Robert la miró con los ojos entrecerrados.

"Eso es lo que te pregunté... lo último que recuerdo es que estábamos hablando, y entonces..." Dejó escapar la frase, recordando las palabras que había oído murmurar a Leland Black.

El hombre de la tela viene, Carson.

Tragó saliva y se llevó una mano a la frente. Tenía la piel húmeda y pegajosa.

¿Quién coño es Carson?

"¿Sí?" Preguntó Shelly. "Estábamos hablando y luego te desplomaste en la cama. Desmayada como una adolescente en un concierto de Bieber. En serio, ¿qué coño te pasa?"

Robert se lamió los labios resecos, pero no hizo ningún esfuerzo por volver a sentarse.

"¿Cuánto tiempo estuve fuera?"

Shelly se apartó y empezó a ponerse la ropa interior, que estaba amontonada al final de la cama.

"No lo sé. ¿Treinta segundos, tal vez?"

Ahora Robert se sentó.

"¿Qué? *¿Treinta segundos?* ¿Eso es todo?"

Shelly se levantó y se subió la ropa interior. Robert apenas se dio cuenta de que era un tanga negro de encaje. Ella se encogió de hombros y se puso la camiseta.

"Sí, tal vez más. Un minuto, máximo".

Robert entrecerró los ojos. Tenía la sensación de llevar una hora en la habitación negra, y con aquel hombre, con *Carson, al* menos ese tiempo; todo se movía muy despacio.

"¿Qué, tienes un sueño o algo así? ¿Te desmayas?" Una sonrisa irónica pasó por sus labios rojos. "¿El sexo es demasiado bueno para ti, Robbie?" Luego su cara se puso seria. "Me he asustado, joder. No vuelvas a hacerlo".

Robert negó con la cabeza.

"Tuve...", empezó, y el corazón le dio un vuelco al recordar los pálidos ojos azules de Carson.

Shelly terminó de ponerse la camisa y se sentó a su lado.

"¿Qué? ¿Qué era?"

Robert negó con la cabeza.

"Creo... *no* creo que fuera un sueño. Era más como si estuviera espiando a alguien... *malo*".

Levantó la vista y miró a Shelly un momento antes de continuar.

"Creo que deberíamos encontrar a Cal, lo antes posible. Creo que podríamos..."

Pero una llamada a la puerta principal, un golpe fuerte y sonoro, le interrumpió.

Shelly sonrió y le dio una palmada en la espalda.

"Hablando del diablo". Se levantó y se dirigió a la puerta del dormitorio, agachándose para coger sus vaqueros por el camino. Se dio la vuelta y se los tiró. "Vístete. No hace falta que Cal te vea así. Ya es bastante malo que yo tenga que hacerlo".

Los vaqueros golpearon a Robert en el pecho, pero no hizo ningún esfuerzo por cogerlos.

"Cal tiene sus propias llaves, Shel. No es él."

Capítulo 12

"**¿Y? ¿Qué pasa** con las luces?"

Los tres hombres se encontraban en la sala de control, una zona aislada en una torre a la que sólo se podía acceder por una escalera vigilada. De forma circular, la sala tenía una pared de pantallas de ordenador, monitores de todo tipo, que ocupaban casi la mitad de la superficie interior. Había una miríada de otros equipos informáticos en la sala, luces parpadeantes que a Ben le parecían alemanas. Sus ojos iban de una pantalla a otra, entrecerrándose a medida que los monitores se iban llenando de nieve, antes de volver a ser cristalinos.

"¿Y los monitores? ¿Qué pasa con ellos?"

Peter Granger se balanceaba en su silla de cuero de respaldo alto, que parecía tan nueva como el equipo informático, con un bolígrafo apretado entre los dientes. Era un hombre delgado, con el pelo castaño muy corto, nariz puntiaguda y grandes ojos marrones. Cuando Ben lo contrató por primera vez -o, más concretamente, cuando la junta directiva le "recomendó" a Peter-, había sido un hombre educado y sociable, lo que había desbordado todas las expectativas. Desde entonces, hacía unos tres años, Peter había retrocedido un poco, volviéndose más introvertido, pero Ben lo atribuyó a la consecuencia natural de estar atrapado aquí arriba, solo, durante casi 24 horas al día.

Ben miró la basura que había sobre su mesa y frunció el ceño. Había al menos media docena de latas vacías de Redbull junto con envoltorios brillantes de un sinfín de barritas energéticas.

"¿Quién? ¿Qué?" preguntó Peter.

Ben frunció el ceño mientras miraba las pupilas puntiagudas del hombre.

"Jesús, ¿cuánto tiempo llevas aquí arriba?"

Cuando el hombre se quedó mirando, Ben negó con la cabeza.

"No importa. ¿Qué pasa con las luces? ¿Los monitores?"

Peter parpadeó dos veces y pareció salir de su estupor.

"No lo sé", respondió encogiéndose de hombros.

"Quítate ese bolígrafo de la boca cuando hables conmigo", espetó Ben, poco impresionado por la despreocupación del hombre.

Peter obedeció, bajando las cejas. Su tono se tornó más serio cuando habló a continuación.

"He realizado todos los diagnósticos que se me han ocurrido y aún no ha aparecido nada. Lo mejor que se me ocurre es que la" -señaló a un monitor del exterior de la prisión de Seaforth y las oscuras nubes melancólicas, rebosantes de precipitaciones inminentes y el mar que

salpicaba contra las rocas- "tormenta tiene algún tipo de componente eléctrico reprimido".

Ben frunció el ceño.

"¿Tormenta eléctrica?"

No le gustaba como sonaba eso. ¿Prisioneros rebeldes? Podía ocuparse de ellos. Incluso los motines organizados también podían ser tratados.

¿Pero una "tormenta eléctrica"? Eso era algo fuera de su alcance.

Ben se crujió los nudillos, con una mueca de dolor que irradiaba de sus articulaciones hinchadas.

"¿Puedes hacer algo al respecto?"

Peter negó con la cabeza.

"¿La tormenta?"

Ben hizo una mueca.

"No, no la tormenta. Me refiero a las luces, los monitores". Ben seguía teniendo la incómoda sensación en las tripas, algo que le decía que aquella tormenta y Carson estaban relacionados de algún modo. Se llevó la mano al cuello de la camisa y acarició distraídamente la cruz que colgaba de él.

Las extrañas palabras que había pronunciado el padre Callahan aún resonaban en su mente.

"He comprobado los generadores, las baterías de reserva y algunas redundancias adicionales. Creo que *nada* de esto" -señaló la estática que apareció de repente en la docena de monitores- "debería estar ocurriendo. Pero hice todo lo que pude para asegurarme de que no hubiera interrupciones importantes". Se encogió de hombros. "¿Qué más puedo hacer?"

Ben asintió, con el rostro aún severo. Miró a Smitts, que estaba de pie detrás de él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

"¿Y Carson? ¿Qué está haciendo?"

Ben se volvió hacia Peter, que pulsó un interruptor y el interior de la celda de Carson apareció en el monitor central.

El hombre estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro de su habitación, los ojos cerrados y las manos apoyadas suavemente en las rodillas. No llevaba ropa.

"¿Dónde está su ropa?"

Peter señaló con el bolígrafo la esquina inferior izquierda de la habitación.

"Ya está".

Ben asintió.

Sintió el odio clavado en el rostro de aquel hombre. Odio por lo que le había hecho a Quinn, y a los otros que había matado.

Quinn...

Entonces le asaltó un pensamiento.

"Smitts, danos un segundo, ¿quieres?"

Smitts, que miraba fijamente a Carson en el monitor con el ceño fruncido, recapacitó de repente.

"¿Alcaide?"

Ben asintió.

"Danos un momento, ¿quieres?"

Una expresión de duda cruzó el rostro severo del hombre, y Ben podría haber jurado que vio cómo apretaba la mandíbula. Smitts vaciló y luego asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y utilizar su tarjeta-llave para salir de la habitación. La ventana de la puerta se llenó con su espalda mientras se apoyaba en ella.

"Peter, quiero que me hagas un favor."

El hombre le miró expectante.

"¿Puedes retroceder a hace dos noches? ¿A cuando Quinn fue asesinado?"

Peter tragó saliva.

"Intenté recuperar la película de eso, Alcaide, pero..."

Ben negó con la cabeza.

"No, no del Bloque de Celdas E."

"Vale..."

"¿Puedes encontrar imágenes mías saliendo de mi despacho y dirigiéndome al bloque a través del comedor?"

Peter volvió a meterse el bolígrafo en la boca y, al principio, Ben pensó que iba a tener que darle más explicaciones. Pero el hombre se giró rápidamente y centró su atención en el ordenador. Empezó a teclear y las cámaras CCD en tiempo real del interior de la prisión cambiaron a los monitores más pequeños que flanqueaban el central.

La gran pantalla se oscureció momentáneamente y, a continuación, Peter sacó un montón de carpetas con diferentes registros temporales. Unos cuantos clics más y Ben se encontró en la incómoda situación de verse a sí mismo, sentado pensativo en su desgastada silla, con la mirada perdida en el espacio.

"Aquí está", dijo Peter, reclinándose de nuevo. "Quieres que..."

Ben negó con la cabeza.

"No, quédate aquí."

Su corazón empezó a latir con más fuerza en su pecho, bombeando sangre por todo su cuerpo y llenando sus músculos de adrenalina.

Era sólo el estrés-Quinn no estaba allí. No era su espíritu. El padre Callahan se equivocó, no toma sus medicinas.

Pero tenía que saberlo.

El alcaide Ben Tristen se inclinó sobre Peter, con sus dedos hinchados agarrando el respaldo de la silla del hombre.

Se vio a sí mismo sobresaltarse cuando sonó el teléfono, y luego la posterior conversación unilateral.

"¿Algo de audio?", preguntó.
Peter negó con la cabeza.
"No hay audio en estas cámaras."
Ben asintió y se volvió hacia el monitor, observándose a sí mismo mientras salía corriendo de la habitación.
"Sígueme", le indicó, y Peter cambió la imagen a otra cámara.
Alcanzó a ver la parte de atrás de su uniforme mientras corría por la zona de los gen pop, y luego hacia el comedor. La cámara volvió a cambiar y, mientras Ben se observaba a sí mismo cerca de la puerta del bloque de celdas E, donde recordaba haber visto a Quinn agarrándose la cara, sintió que empezaba a sudar.
Y ahora tenía un nudo en la garganta que no desaparecía por mucho que tragara.
Y entonces allí estaba... o *no estaba*.
Ben se vio a sí mismo en la pantalla ralentizar el paso, girar la cabeza ligeramente y hacer una pausa antes de continuar por el pasillo.
No había ningún Quinn.
Ben exhaló lentamente y soltó su agarre del respaldo de la silla de Peter.
"Páusalo", dijo, con la voz ronca.
Peter accedió.
"¿Hay algo...?"
Ben le hizo callar.
"Retrocede unos segundos", ordenó. La imagen trotó hacia atrás. "¡Espera! Detente ahí".
Ben se inclinó aún más y habría jurado que se vio girar la cabeza e incluso mover los labios.
¿Pero qué demonios...? ¿Con qué o quién estoy hablando?
"Peter, ¿tampoco hay audio en esto?"
"No, no audio."
Ben cerró los ojos y se masajeó suavemente las sienes.
¿Qué intentas demostrar, Ben? ¿Qué sentido tiene esto? Quinn está muerto, no lo viste.
Con los ojos aún cerrados, volvió a llevarse la mano a la cruz que llevaba al cuello.
No deberías haber echado al Padre Callahan. Su historia… aquí pasa algo. Todo está relacionado de alguna manera.
Ben no podía quitarse esa sensación de encima.
"Muy bien, esto es lo mejor que tengo."
Los ojos de Ben se abrieron de golpe, y se encontró mirando ya no la pantalla central, sino que cuando estaba atrapado en sus pensamientos, su mirada se había desviado ligeramente.
Ahora estaba viendo la señal en directo desde la puerta principal de

la prisión de Seaforth.

Y maldita sea si no había una persona tratando de entrar.

"¿Quieres que...?"

"¿Qué coño?" susurró Ben, inclinándose cerca de la pantalla más pequeña. "¿Quién es ese?"

"¿Qué? ¿Quién?"

Ben señaló el monitor.

"¡Ahí, justo ahí, joder! Alguien se acerca a la puerta".

El bolígrafo se cayó de la boca de Peter.

"Mierda, tienes razón."

El hombre se inclinó hacia delante y golpeó el teclado. La pequeña imagen se transfirió instantáneamente al monitor principal, y todo el aire salió de sus pulmones en un *silbido* audible.

"¿Padre Callahan?", susurró.

"Sí, es él. Pensé..."

Pero las palabras le fueron arrebatadas de la boca a Peter cuando la energía parpadeó y la habitación quedó completamente a oscuras.

Capítulo 13

Incluso antes de abrir la puerta de la finca Harlop, **Robert ya** sabía quién iba a estar allí. Lo que no esperaba, sin embargo, era la expresión de miedo que se dibujó en el rostro cuadrado del hombre.

"Robert", dijo el hombre, con un cigarrillo encendido colgando de los labios. "Necesito hablar contigo".

Los ojos de Robert se entrecerraron al examinar al hombre que tenía delante. En las dos ocasiones anteriores en que se habían encontrado, el pelo corto del hombre había estado pulcro, casi perfecto, y su traje y corbata impecables. Ahora, sin embargo, parecía que no hubiera dormido en días; llevaba el pelo revuelto, la corbata suelta y el botón superior de la camisa desabrochado.

Después de su encuentro anterior, Robert había jurado que si alguna vez volvía a ver a Sean, le arrancaría una tira, le haría saber lo que realmente pensaba de él.

Pero esto... esto era completamente, totalmente inesperado. Y unido a la extraña ensoñación que acababa de tener, Robert sabía que aquel no era un encuentro que fuera a terminar tan inocuamente como una carta que le entregaban.

Se trataba de algo más grande, mucho más importante que una finca centenaria y cien mil dólares.

Robert se hizo a un lado e indicó al hombre que entrara. El hombre vaciló y sus ojos se desviaron por encima del hombro de Robert.

"Shelly", dijo, con una simple inclinación de cabeza. Shelly no devolvió el gesto.

"Este es Sean", dijo Robert a modo de manida presentación. "Él es el tipo que me dio las cartas. Me habló de Leland y dice que es mi padre".

Sean enarcó una ceja. Estaba claro que no esperaba que Robert compartiera esa información con ella.

"Sí, ¿de la misma manera que Ruth era tu tía?" dijo Shelly, repitiendo las mismas palabras que había usado antes, cuando Robert le había contado por primera vez lo que Sean le había dicho.

¿Qué sabes realmente *de Sean Sommers? Me miras con tanto desdén...*

Durante un segundo, nadie dijo nada, y Robert temió que estuvieran encerrados en un punto muerto perpetuo. Pero entonces recordó las inquietantes palabras de Leland en su sueño.

Padre o no, no se podía permitir que el hombre cruzara a este mundo.

"Shel, por favor..."

Pero no tuvo que terminar la frase. La mujer frunció el ceño,

inclinó la cabeza y se apartó. Sólo entonces Sean dio una última calada a su cigarrillo, lo apagó y entró en la finca Harlop. El hombre se aflojó aún más la corbata antes de mirar a Robert.

"¿Tienes algo de beber?"

***

"Hay... hay una grieta desarrollándose en la Médula", dijo Sean Sommers, sus ojos concentrados en el whisky marrón dorado en el fondo de su vaso. "Tú lo has visto, Robert. Has visto el mal allí, en las llamas. Tú también *lo* has visto".

Robert miró al hombre. Parecía muy diferente de las otras veces que se habían visto.

"Pero no todo fue malo", dijo Robert, recordando lo realizado que se había sentido en la orilla. "No todo en la Médula es malo, ¿verdad?".

Sean negó con la cabeza.

"Es complicado, pero los únicos quiddity que sobreviven son los malvados, los obsesionados con el *yo*, con su identidad".

Robert frunció el ceño.

"No entiendo..."

Sean bebió un sorbo antes de continuar. Un sorbo grande, uno que hizo que su considerable nuez de Adán se moviera.

"Eso no importa ahora; lo que importa es que Leland sólo quiere una cosa. Quiere abrir una brecha entre su mundo y el nuestro. Quiere *volver*, y eso no puede suceder. Si ocurre..." Sean dejó que su frase se interrumpiera.

"El quiddity, las caras en las llamas, ¿volverán aquí?" preguntó Robert en voz baja. Sólo de pensar en los rostros que entraban y salían del fuego le sudaban las palmas de las manos. "¿En nuestro mundo?"

Sean asintió.

Shelly se burló, un sonido que sorprendió a Robert y le hizo volverse.

"¿Y cómo coño sabes esta mierda? ¿Hmm?"

Sean no lo dudó.

"Porque estaba en el libro".

Ahora le tocaba a Robert poner cara de incredulidad. Llevaba semanas rastreando Internet en busca de información sobre la Médula, y ni una sola vez había dado con la mención de ningún libro.

"¿Libro?"

"Libro", afirmó con un movimiento de cabeza. "Se titula *Inter vivos et mortuos*, y describe una época en la que la Médula se abre, y los horrores se desatan sobre todos nosotros".

"Oh, a la mierda esta mierda", exclamó Shelly, levantando los

brazos. "Entiendo que aquí pasa algo, ¿pero esto? ¿De qué estás hablando? Esto es un galimatías religioso de mierda". Les dio la espalda y fue a por otra cerveza. "¿En serio? Déjame adivinar, ¿un judío se pone un poco de follaje en la cabeza y acaba tomando el sol en lo alto de unos postes de luz de madera? ¿Convierte un poco de agua y uvas en un Merlot de mierda? ¿Te parece bien?"

"Shel..."

"No me jodas Shel, Robert." Señaló a Sean. "¿Quién es este puto tío, eh? ¿Por qué le escuchas? En serio, Robert, ¿qué *sabes* realmente de él?"

Sean volvió a poner cara de piedra durante el arrebato.

"Shel..."

Le levantó un dedo y Robert dejó de hablar.

Shelly tenía razón, por supuesto. Sus miradas se cruzaron y Robert sintió que se le aflojaba la boca. No sabía qué decir.

"¿Y bien?", preguntó.

Robert negó con la cabeza y se volvió lentamente hacia Sean.

"¿Quién *eres*, Sean? ¿Quién demonios eres tú?"

Sean terminó su whisky.

"No soy nadie".

Shelly se burló airadamente desde detrás de Robert, pero él la ignoró.

"Oh, adivina esto, Batman."

Oyó el sonido de su cerveza al abrirse.

Sean suspiró pesadamente.

"No hay tiempo para esto, Robert."

"¿Por qué?", preguntó reaccionando. "¿Por qué tanta prisa?"

"Creo que lo sabes."

Shelly se rió.

"Maldito tipo".

"Shelly tiene razón. Tienes que dejar de hablar con acertijos. Si nos quieres para... ¿Para qué? ¿Para qué nos quieres?"

"Tú, no nosotros", le corrigió Sean, sin apartar la mirada. "Y creo que lo sabes".

Robert sintió que le subía la temperatura.

"No, lo siento, no tengo ni puta idea. ¿Por qué no me iluminas?"

De nuevo, Sean suspiró, y esta vez todo su cuerpo pareció desplomarse al final.

"Por Carson", dijo, y Robert sintió que todo su cuerpo se enfriaba.

El hombre de la tela está llegando, Carson. Puedes usarlo para abrir la grieta, unirlo entre los vivos y los muertos, como dice el libro.

"Porque Carson va a abrir la puerta entre nuestros mundos. Va a dejar salir a Leland".

Capítulo 14

Se oyó un grito, pero Carson Ford apenas percibió el sonido, sentado con las piernas cruzadas en el centro de la celda, con el cuerpo desnudo manchado de sangre y moratones morados de la paliza que le habían dado los guardias.

Pero al igual que el hecho de que las luces de arriba se hubieran apagado y los gritos que ahora llenaban la prisión, Carson no les prestó atención.

Con los ojos cerrados, inspiró profundamente por la nariz, inflando los pulmones al máximo. Luego soltó el aire en un chorro fino.

Carson dejó la mente en blanco, encerrándose en sí mismo. Años de aislamiento le habían enseñado a concentrarse, a ahogar todo lo que pasaba por su mente, a desconectar el córtex prefrontal.

Para activar otras partes de su mente.

Una negrura más profunda que la de la prisión de Seaforth envolvió a Carson, que empezó a disociarse lentamente de su cuerpo. Dejó que la oscuridad cayera sobre él, deleitándose con su textura aterciopelada.

El tiempo pasó; cuánto, no lo sabía.

Y entonces, en la oscuridad, vio una mancha de luz. Al principio era una mancha diminuta, pero a medida que profundizaba en su meditación, empezó a crecer. Y con este crecimiento vinieron detalles adicionales, rasgos en la luz.

Era fuego y ardía.

La mente de Carson estaba en la Médula.

¿Lo has hecho tú?, pensó. En este lugar, no había necesidad de hablar.

Cada vez soy más fuerte, mi alcance se expande aún más. Pero necesito que tú hagas el resto, respondió un hombre.

Era el mismo hombre que había entrado en su cabeza todos aquellos años atrás, animándole a agarrar el cuchillo y clavárselo en el pecho a su padrastro en cuanto el hombre hubo terminado de apagar el cigarro que llevaba en el brazo.

Era el hombre que primero se había presentado como Leland, pero al que ahora Carson se refería como la Cabra.

Era el hombre que iba a liberarle de este lugar y a liberar a todos los demás como él.

El libro. El hombre de la tela.

Así es, Carson. Como discutimos.

Hubo una breve pausa mientras la mente de Carson se movía hacia arriba, concentrándose en los rostros entre las llamas. Las brasas

ardientes revelaron a un amigo suyo, Buddy Wilson, que había sido condenado en Texas por crímenes que rivalizaban con los suyos.

Y en Texas, tenían la pena de muerte.

En Nueva Jersey, en Seaforth, no lo hicieron.

¿Y el hombre? ¿Él también viene?

La figura de Leland se materializó de repente, su chaqueta vaquera desteñida se hizo sólida poco a poco, al igual que su sombrero de ala ancha. Delante de él había una niña de unos nueve o diez años, con el pelo largo y rubio. Su rostro en forma de corazón apuntaba a la sustancia negra similar al alquitrán sobre la que se encontraban.

Vendrá. No puede mantenerse alejado por más tiempo.

Leland acarició el pelo oscuro de la niña.

Y cuando venga a Seaforth, ¿sabes lo que tienes que hacer?

Si hubiera tenido su forma física, Carson Ford habría asentido. Pero en este lugar, en esta capacidad, sólo tenía su mente.

Sí. Sé qué hacer con él y con el hombre de la tela.

Leland empujó el ala de su sombrero, revelando su barbilla y una sonrisa fina y sin labios. En su interior, había cientos de dientes pequeños y puntiagudos.

Bien. No me decepciones como los otros, Carson. No me decepciones.

Parte II - El alcaide y su cruz

Capítulo 15

"**Ha habido muchos** asesinatos y psicópatas notorios en nuestro tiempo", dijo Sean mientras él, Rob y Shelly se sentaban en la sala de estar de los Harlop. "Bundy, Berkowitz, Manson. Pero Carson Ford fue -es- probablemente uno de los peores... ¿habrás oído hablar de él?".

Robert sacudió la cabeza y miró por encima del hombro a Shelly, que hizo lo mismo.

Sean hizo una mueca.

"¿En serio? ¿Completamente insensible a la violencia? En estos días, los terroristas son el único mal que consigue tiempo en la televisión, supongo. De todos modos, Carson fue arrestado hace tres años y condenado por asesinar a tres personas, dos de los cuales eran sus padres. Esos crímenes fueron cometidos hace una década. Hay rumores de que él y un socio, Buddy Wilson, mataron a más de treinta personas en un período de diez años".

Robert tragó saliva.

"¿Qué pasa con estos dos hombres? ¿Por qué tuve un... eh... sueño sobre Carson?"

Sean tiró de su corbata, aflojándola aún más.

"Buddy está muerto, ejecutado por el estado de Texas tras ser condenado por asesinar a dos adolescentes. Aceleraron el proceso... nadie quería a ese hombre vivo. Intentaron atrapar a Carson por los mismos crímenes, pero se opuso a la extradición. Ahora está encerrado en la prisión de Seaforth, que..."

"¿Prisión de Seaforth?" Shelly intervino. "Nunca he oído hablar de ella".

"Tampoco me sorprende que no hayas oído hablar de eso. Es una isla prisión situada frente a la costa de Nueva Jersey. Alberga a algunos héroes locales, déjame decirte. El lugar se creó hace casi cincuenta años, pero sólo ha estado ocupado menos de la mitad de ese tiempo. Con la superpoblación de las prisiones por delincuentes de drogas no violentos en su mayoría, el gobernador se hartó de que un padre de tres hijos encarcelado por vender una bolsa de diez centavos de marihuana fuera destripado en las duchas por un asesino en masa. Así que trasladó a Seaforth a los delincuentes más peligrosos".

Robert asintió, recordando el olor salobre que había captado junto con el sudor corporal del hombre desnudo sentado en el suelo.

"Que es donde está Carson."

Sean asintió.

"Carson es lo peor de lo peor".

Shelly exhaló con fuerza.

"Vale, joder. ¿Qué mierda tiene que ver esto con nosotros?"

Sean enganchó una barbilla a Robert.

"¿Quieres decírselo? ¿O se lo digo yo?"

"¿Decirle qué? No sé..."

"Hace un par de noches, me enteré por alguien de dentro de la prisión. Carson asesinó a uno de los guardias, de alguna manera lo atrajo a su celda y le arrancó los ojos de la cabeza con sus propias manos."

"Jesús", susurró Shelly. Sacudió la cabeza. "Jodido, pero sigo sin entender qué tiene que ver esto con nosotros. ¿El hombre al que asesinó sigue vagando por los pasillos?".

Sean se encogió de hombros.

"Tal vez, pero esa no es la razón por la que estoy aquí".

Hizo una pausa y Shelly se volvió hacia Robert.

"¿Entonces por qué *estás* aquí?"

Robert se aclaró la garganta, pero las palabras seguían saliendo apretadas, constreñidas.

"La Cabra".

Shelly se mostró incrédula.

"¿El *qué*?"

Robert se volvió para mirar a su amante, con la piel cenicienta. No tuvo que decir nada; en lugar de eso, se limitó a levantarse lentamente la pernera derecha del pantalón, dejando al descubierto el músculo que le faltaba y las tres marcas de garras que marcaban su piel.

Shelly se puso igual de pálida.

"¿Qué pasa con él?", preguntó en voz baja.

Sean terminó su whisky y se levantó.

"Carson ha estado de alguna manera en contacto con Leland". Se volvió hacia Robert. "Ha estado hablando con tu padre y planea traernos la Médula".

Robert negó con la cabeza.

"No es mi padre... mi padre se llamaba Alex Watts, no Leland Black. Lo recuerdo, como a mi madre".

Sean se levantó y se acercó a Robert, que permanecía sentado.

"Necesitas recordar, Robert. Necesitamos que recuerdes".

Y entonces alargó la mano y puso ambas sobre la frente de Robert antes de que pudiera echarse atrás.

Shelly gritó algo, pero las palabras se arrastraban como gritos bajo el agua.

Y entonces el mundo de Robert Watts se volvió negro.

Capítulo 16

"¡Vuelve a encenderlas!", gritó el alcaide mientras tanteaba con la linterna que llevaba en el cinturón.

"No puedo", gritó Peter. Seguía tecleando, pero los monitores y toda la habitación permanecían en la oscuridad más absoluta.

"¡Joder!"

Finalmente, Ben consiguió sacar la linterna de su cinturón y la encendió. De repente, la habitación estaba cegadoramente iluminada, y Ben bajó el haz de luz un momento para permitir que sus ojos se adaptaran. Sin embargo, incluso en el breve espacio de tiempo que estuvo apuntando a Peter, observó que el rostro del hombre se había vuelto aún más pálido -si es que eso era posible- y que estaba ocupado escribiendo en el teclado con ambas manos.

Y, sin embargo, no pasó nada.

"¿Peter? ¿Qué coño...?"

Pero un ruido en la puerta le interrumpió. Ben se dio la vuelta, guiándose con la linterna. Fue lo que *no* vio lo que hizo que su corazón se hundiera.

La espalda de Smitts ya no bloqueaba la ventana.

"¡Smitts!" Ben gritó. "¡Smitts!"

Se oyó otro grito al otro lado de la puerta, sólo que esta vez era más grave, más gutural.

Ben tragó saliva y se volvió hacia Peter.

"Peter, ¿qué coño estás haciendo? ¡Vuelve a encender las malditas luces*!*"

"¡Lo estoy intentando, joder!", le gritó el hombre, con el sudor goteándole de la frente.

Se oyó otro grito y un golpe en algún lugar de la escalera.

"¿Qué ha sido eso?" preguntó Peter, con voz vacilante.

Ben alargó la mano y la puso sobre el hombro de Peter.

"Peter, gira el..."

Las luces volvieron a encenderse de repente y Ben miró hacia arriba, su agarre del estrecho hombro de Peter se hizo más ligero.

"Joder".

Peter se recostó en su silla, con una expresión extraña en el rostro.

"Yo no he hecho nada".

Ben bajó la mirada.

"¿Qué quieres decir?"

El hombre se encogió de hombros.

"No había energía, no podía..."

Un golpe húmedo en la puerta interrumpió a Peter y ambos se volvieron hacia el ruido. Ben sintió que la respiración se le escapaba

de los pulmones.

Había una mano extendida sobre el cristal, una mano *grande* que dejaba un rastro de sangre al deslizarse lentamente por el cristal.

Ben corrió inmediatamente hacia la puerta.

"¡Comprueba las cámaras, Peter! Asegúrate de que las cámaras están encendidas y que las celdas siguen cerradas". gritó Ben. Mostró su tarjeta y tiró de la manilla.

Casi se golpea la cabeza contra él cuando no se abre.

"¿Qué coño?"

Al volver a pasar la tarjeta, dirigió su atención hacia el cristal, mirando hacia abajo. Pudo ver a Smitts tendido en el suelo, agarrándose el pecho. Tenía la cara pálida y los ojos cerrados.

La sangre había empezado a acumularse bajo su cuerpo.

"¡Smitts!" Ben gritó, tirando de la manilla de la puerta de nuevo. "Smitts, ¿qué coño ha pasado? Maldita sea, Peter, ¿qué coño le pasa a la puerta? *¡Peter!*"

"¡Lo estoy intentando! No sé qué ha pasado... la energía debe haber reseteado los códigos de las llaves. Déjame..."

"¡Joder!" maldijo Ben, pasando su tarjeta como un loco por el lector una y otra vez. El resultado era siempre el mismo: no pasaba nada; la cerradura no se desbloqueaba.

Ben se quedó impotente, golpeando el cristal con las palmas de las manos, mientras Smitts agonizaba en el suelo a menos de un metro de distancia.

¿Qué coño le ha pasado?

"Smitts", dijo, intentando mantener la calma mientras Peter arreglaba las puertas. Los ojos del hombre se agitaron. Ben no estaba seguro de que pudiera oírle, pero ahora que el resto de la prisión se había calmado, pensó que merecía la pena intentarlo. Su mano se dirigió instintivamente a la cruz mientras hablaba.

¿Qué coño estaba haciendo Callahan aquí? ¿Qué demonios está pasando en Seaforth?

"Smitts, dime qué pasó. ¿Quién te hizo esto?"

Para su sorpresa, Smitts apartó uno de los brazos que le rodeaban el estómago y extendió un dedo hacia la escalera.

Ben se movió todo lo que pudo hacia un lado, apretando la cara contra el frío cristal mientras miraba hacia las escaleras.

Y entonces lo vio o, más concretamente, *lo vio a él*.

El rostro de Carson le miraba fijamente, con una sonrisa en los labios. Ben se tambaleó hacia atrás y, cuando recuperó el control y volvió corriendo hacia el cristal, Carson ya no estaba.

"Creo... creo que casi..."

Ben retrocedió hasta chocar con el respaldo de la silla de Peter. El hombre se sobresaltó y su puño cayó con fuerza sobre el teclado.

"¿Qué?", preguntó mientras se giraba en su silla. "¿Qué pasa, Jefe?"

Ben señaló hacia la puerta, no muy diferente de cómo Smitts había señalado las escaleras hacía unos momentos.

"Es Carson", murmuró. "Carson está fuera. Peter, cierra la prisión. Desconecta Seaforth del resto del mundo."

Capítulo 17

La enorme puerta de *la iglesia se abrió de par en par, y el chico se quedó mirando al sacerdote de larga túnica que contemplaba el aire caliente del verano. Casi de inmediato, pudo ver el sudor que empezaba a formarse en la frente del hombre, y se lo quitó suavemente con el dorso de la mano.*

"¿Sí?", preguntó con firmeza.

El hombre que sujetaba la mano del chico, rubio y con una mandíbula cuadrada que hacía juego con la forma de su cabeza, dio una calada a su cigarrillo antes de contestar.

"¿Padre Callahan?"

"Sí", volvió a decir el sacerdote.

"He oído hablar de ti".

El padre Callahan respiró hondo antes de contestar. Un movimiento a la altura de los ojos llamó la atención del chico. Detrás del sacerdote había una chica de su edad. Lo miraba con expresión severa en su rostro terso.

Hola*, dijo el chico.*

La chica no le reconoció.

El cura debió de notar su interés, pues giró la cabeza.

"Vuelve abajo, Kendra", le dijo con suavidad. Luego esperaron en silencio hasta que sus suaves pasos se alejaron del alcance de sus oídos.

"Oficial, creo que debería saber que..."

El rubio negó con la cabeza y luego alargó la mano para ajustarse la corbata que le colgaba del cuello.

"No un oficial".

El padre Callahan miró al hombre con los ojos entrecerrados y luego bajó la mirada para mirar al niño. El chico le devolvió la mirada.

El hombre tenía unos ojos amables enmarcados por pesadas arrugas, una nariz ligeramente sobredimensionada y un pelo sal y pimienta que parecía escapársele de la frente.

¿Es éste el hombre con el que voy a vivir ahora? *pensó el chico, manteniendo la mirada fija. El rubio le había dicho que se comportara, que se asegurara de mantener el contacto visual, de no lloriquear, de no quejarse.*

No importa cómo haya ido.

"Normalmente sólo acepto chicas", dijo el cura, y al chico se le encogió el corazón.

"Eso he oído", respondió el hombre, con la misma expresión severa en el rostro. "Pero esto es diferente: estos chicos son muy especiales".

El padre Callahan miró de la mano derecha a la izquierda del hombre.

"¿Especial?", dijo, con los ojos fijos en el segundo chico.

El chico resistió el impulso de mirar a su hermano.

"Especial".

El sacerdote frunció el ceño.

"¿Por qué son especiales?", preguntó.

El rubio soltó la mano del muchacho y metió la mano en la bolsa que llevaba colgada del hombro. Sacó un sencillo libro marrón y se lo tendió al sacerdote.

"Lee esto y lo sabrás".

El cura no lo cogió de inmediato. En lugar de eso, miró el libro con desconfianza.

"Tengo que decir que esta es la visita más extraña que he tenido en mucho tiempo".

El rostro del rubio permaneció inexpresivo.

"¿Puedes cogerlos?"

El sacerdote se mordió el labio, luego sus ojos se desviaron del niño en la mano derecha del hombre, a su izquierda.

"Puedo llevarme uno, pero no los dos", dijo. "El otro tiene que ir a otro sitio".

La cara del rubio cambió por fin. Frunció el ceño, pero el padre Callahan se mantuvo firme y negó con la cabeza.

Incluso a los nueve años, el niño sabía que aquel sacerdote quería acogerles a *él y a su hermano, pero no podía hacerlo.*

"Uno de ellos", reiteró el sacerdote, aunque le doliera decir las palabras en voz alta.

La respuesta del rubio fue inmediata. Empujó su mano derecha hacia delante, guiando al chico hasta el umbral de la iglesia. Luego le entregó el libro.

"Robert, ve con el Padre Callahan. Él te encontrará un hogar".

El chico, con los ojos aún bajos, ni siquiera miró a su hermano mientras le obedecía.

Los ojos de Robert se abrieron de golpe, y como cuando había tenido el sueño del hombre de la celda, el que estaba desnudo, sentado con las piernas cruzadas, se sintió desorientado y confuso.

Parpadear rápidamente le sirvió no sólo para despejar la vista, sino también para despejar la escarcha que se apoderaba de su cerebro.

Hace menos de un año, era un contable con una hija y una esposa... y ahora... ahora esto. *Sueños, visiones, demonios que amenazan con entrar en nuestro mundo.*

"¿Tengo un hermano?", preguntó en voz baja, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. "¿Un hermano gemelo?"

La falta de respuesta emocional de Sean Sommers no sólo le pareció insensible a Robert, sino que le tocó la fibra sensible.

Un nervio profundo que trajo consigo una furia inesperada.

Robert empezó a levantarse, pero perdió el equilibrio y volvió a

caer al sofá.

"¿Por qué coño no me lo dijiste?"

Shelly se acercó y le puso un brazo en el hombro, pero él se encogió de hombros.

"¿Por qué *coño* no me lo dijiste?"

Sean apretó los labios con fuerza y negó con la cabeza.

"Ya te lo dije antes, Robert, no estoy aquí para responder a todas tus preguntas, por importantes que parezcan".

Esta vez, Robert se levantó como un rayo, asegurándose de apoyar bien los pies en el suelo.

¿"Parecer"? *¿Parecer?* ¿Crees que el hecho de que yo... yo... yo tenga un gemelo, que tú-que de alguna manera tú-me dejaste en una iglesia, puso mi puto *mundo patas arriba*, que yo estoy-qué? ¿Exagerando de alguna manera? ¿Como si esta mierda no fuera importante?"

Robert alcanzó al hombre, pero Shelly se interpuso entre ellos antes de que pudiera estrangular al engreído bastardo.

"¿Como si no tuvieras ninguna responsabilidad en esto? ¿En *nada de esto*?", gritó por encima de su rubia cabeza.

Sean se levantó entonces, con la bebida aún en la mano.

"Oh, tengo un papel que desempeñar", dijo en voz baja, con los ojos bajos. "Pero ese momento aún está por llegar. Por ahora, tenemos otras cosas de las que ocuparnos".

¿"Sí"? ¿Como la jodida qué? ¿Como Ruth Harlop? ¿George Mansfield? ¿El puto doctor Andrew Shaw?"

Sean negó con la cabeza.

"Como Carson Ford. Y el tiempo se acaba. Tenemos que actuar ahora, o ninguna de sus preguntas importará en absoluto. Si la grieta se abre, esto..." Levantó las manos, señalando la enorme sala de la finca Harlop, pero de algún modo también indicando algo más. "Nada de esto importará en absoluto."

Capítulo 18

"**¿Puedes restablecer las** puertas? ¿Dejarme salir de aquí? ¡Smitts se está muriendo ahí fuera!"

Peter, con el rostro pálido como una sábana, asintió lentamente.

"Puedo intentar reiniciar todo el sistema, pero eso significa que todo estará desconectado durante al menos cinco minutos, quizá más".

Ben frunció el ceño.

"Pues hazlo, joder. No puedo hacer nada desde aquí. Y muestra la imagen de la cámara". Señaló el monitor grande y luego el de la izquierda. "Quiero la habitación de Carson aquí, y pon donde esté Callahan en este otro."

Peter pulsó las teclas y, como Ben había pedido, el móvil de Carson apareció en la pantalla central.

"¿Qué coño?"

El alcaide se enjugó los ojos, intentando comprender lo que estaba viendo.

"La puerta muestra el pasillo del Bloque de Celdas E."

Peter volvió a chasquear y el pasillo apareció en una pantalla más pequeña. La puerta seguía cerrada y, según Ben, también con llave.

"¿Qué coño está pasando aquí?", susurró.

Carson seguía sentado con las piernas cruzadas en su habitación.

"Podría haberlo hecho, *sé* que lo vi en la escalera".

Peter negó con la cabeza.

"La puerta está cerrada, Jefe. Tal vez..."

"Reinicia el sistema", dijo Ben con firmeza. "Hazlo ahora."

Peter volvió inmediatamente a la pantalla de su ordenador. Un segundo después, todo volvió a oscurecerse. Sólo que esta vez, las luces de la habitación permanecieron encendidas.

Ben esperó, con el corazón acelerado.

¿Era como Quinn? ¿Mi mente me está jugando malas pasadas otra vez? ¿Estoy perdiendo el puto control?

Y luego estaba Smitts... Smitts desangrándose justo en la puerta.

Si no fue Carson, ¿quién le hizo eso?

Y luego estaba el Padre Callahan.

¿Cómo ha vuelto aquí? ¿Por qué ha vuelto?

"Joder", murmuró entre dientes apretados, "¡joder, joder, joder, *joder*!". Si hubiera tenido pelo en la calva, se lo habría arrancado todo en ese momento.

Peter se dio la vuelta.

"¿Estás bien?"

Ben le hizo un gesto con la mano para que se marchara, luego cruzó rápidamente la habitación hacia la puerta y se quedó mirando a

su viejo amigo y uno de sus guardias de mayor confianza. El hombre se había acurrucado en posición fetal, y la sangre seguía saliendo de entre sus manos, que seguían agarrándose el estómago. Sus ojos parpadeaban, lo que Ben interpretó como una buena señal.

Quédate conmigo, Smitts. Quédate conmigo.

Se preguntó dónde estarían los otros guardias, y entonces Ben se reprendió por no haber pensado antes en su walkie.

Funcionaban con un sistema diferente al de los otros aparatos electrónicos de Seaforth, así que deberían funcionar.

Por favor, por favor, que funcione", pensó Ben mientras sacaba el walkie de la trabilla del cinturón. Con una ligera vacilación, giró el dial y pulsó el walkie.

"Perry, Lenny, este es el alcaide Ben Tristen. Necesito su..."

Soltó el botón un segundo y volvió a maldecir cuando lo único que oyó fue estática.

Quizá los walkies funcionaban con el mismo sistema que el resto de la prisión. Poco probable, pero posible. O quizá eran las... ¿cómo las llamaba Peter? ¿Nubes eléctricas o algo así? Tal vez los relámpagos del cielo los habían frito.

"Peter, ¿el...?" *reinicio afecta a los talkies, estaba* a punto de preguntar, cuando la luz del lector de tarjetas junto a la puerta emitió un pitido.

Ben no dudó. Escaneó su tarjeta, mientras con la otra mano, la que aún sujetaba el walkie, se llevaba la mano a la cruz que llevaba al cuello.

Por favor...

Un segundo después, la puerta emitió un pitido y el alcaide de la prisión de Seaforth tiró de ella para abrirla tan rápido como pudo.

"¡Smitts!", gritó mientras se agachaba junto al hombre.

Los ojos de Smitts se agitaron, pero no se abrieron. Ben apartó suavemente las manos del hombre del estómago y se encogió al ver la sangre que brotaba a borbotones de una herida de un centímetro de ancho.

"¡Joder! ¡Peter, llama a Lenny! ¡Que suba *ahora mismo!*" Ben cubrió la herida en el estómago de Smitts con sus manos. Estaba caliente, y sus dedos se empaparon inmediatamente de sangre. "Quédate conmigo, Smitts. Quédate conmigo, joder".

Smitts gimió pero no dijo nada.

"¡Peter!"

Sin dejar de apretar el estómago de Smitts, volvió la cabeza hacia la puerta. Se había cerrado tras él.

"¡Peter!", volvió a gritar, aumentando su ritmo cardíaco y su voz.

La puerta se abrió de repente y Peter se asomó. Abrió la boca para decir algo, pero no le salió ninguna palabra.

"¿Qué coño está pasando?"

"Lenny... los guardias... los..." Sus ojos se volvieron vacíos y empezó a desmayarse. Ben temió que el hombre fuera a desmayarse.

"¡Peter! ¡Mantén la calma! ¿Qué pasa con los guardias? ¿Sobre Lenny? ¿Qué ha pasado?"

El hombre se quedó de pie en la puerta, con la boca abierta y las manos colgando a los lados.

"*¡Peter!*"

Si no fuera porque Smitts yacía en el suelo ante él, Ben habría ido hasta su informático y le habría estrangulado con sus manos artríticas.

Los ojos de Peter se volvieron claros de repente.

"Están todos muertos, Ben... hasta el último de ellos está muerto."

Capítulo 19

"**Nunca me apunté** a esta mierda", susurró Shelly.

Robert se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos.

"¿No? Bueno, seguro que yo tampoco. Esto es una locura. Todo esto. A veces... a veces pienso que estaba en el coche con Wendy el día que murió. A veces pienso que los tres -yo, Wendy, Amy- morimos en ese accidente".

"No digas eso".

Robert luchó por contener su ira.

"¿Por qué no? Quiero decir, ¿algo de esto tiene sentido para ti? ¿Que tengo un hermano gemelo? ¿Que fui adoptado? ¿Que mi verdadero padre es el puto Leland Black, la Cabra, el puto Satán del inframundo?".

Shelly apenas consiguió mantener la mirada.

"Oh, para que no olvidemos el hecho de que de alguna manera tú y yo y Cal -donde coño esté- somos ahora responsables de mantener esta puerta cerrada, de mantener a los demonios fuera de nuestro mundo".

Robert se agarró las sienes.

"Está jodido, Shelly, está muy jodido. Y no tengo ni idea de qué hacer".

Shelly se acercó a él rápidamente, rodeándole la cintura con los brazos y abrazándole con fuerza.

Él no se resistió y, en cambio, enterró la cabeza en su pelo rubio. Durante un rato, nadie dijo nada.

Fue Sean quien finalmente rompió el silencio.

"No puedo obligarte a hacer nada, Robert. Todo lo que puedo hacer es -como antes- pedirte ayuda. Pero no puedo insistir en lo importante que es que hagas lo que puedas para mantener cerrada esta grieta en la Médula. Esto no es como Ruth Harlop, y ni siquiera como Andrew Shaw, aunque este último estaba más cerca de la verdad, pero es algo totalmente diferente. Necesito que vengas conmigo y ayudes a enviar a Carson a la Médula, a enviarlo allí con Leland, a mantenerlos a todos allí, envueltos fuertemente en su propio infierno personal".

Robert resopló, se secó las lágrimas y miró al hombre.

¿Cuántas veces nos hemos visto desde que soy adulto? ¿Tres? ¿Cuatro, tal vez?

Y, sin embargo, ninguna de esas veces el hombre desaliñado que tenía delante tenía el aspecto que tenía ahora.

Le había resultado imposible abandonar a Ruth, a Patricia y al Dr. Mansfield. ¿Cuán probable era que abandonara a todos y a todo lo que le importaba en este mundo?

Robert suspiró.

Había tomado su decisión, pero no podía responder por Shelly. Robert se volvió hacia ella y le levantó la barbilla con los dedos.

"No tienes..."

Ella se apartó.

"No hagas eso, Robert", dijo severamente. "No me des putas explicaciones. Sé que no tengo que ir contigo. Pero iré. Iré contigo, te ayudaré. Te ayudaré porque..."

Robert sintió que su cuerpo se tensaba sin darse cuenta.

Shelly le dio un puñetazo en el hombro.

"Porque me gusta ir contigo, retrasado. ¿Qué crees que iba a decir?"

Sus ojos se entrecerraron.

"Nada", refunfuñó Robert, apartando la mirada de ella y devolviendo su atención a Sean. "Bueno, ¿qué hacemos ahora?"

El hombre parecía aliviado, pero el sudor de su frente permanecía.

"Tengo un helicóptero esperando cerca para llevarnos a la isla", dijo Sean.

¿Por qué no me sorprende?

Robert se sintió como antes de ir al Distrito Séptimo, cuando Cal tenía su palanca y Shelly su bolsa de juguetes. Y no iba armado con nada. De hecho, con las preguntas que aún bullían en su cerebro, se sentía armado con menos que nada.

Cal en su estúpida bata de baño y cuello alto, Cal con...

"¿Y Cal?", preguntó de repente, recordando cómo su amigo se había largado con el chico de las cámaras.

Sean frunció el ceño y negó con la cabeza.

"No hay tiempo, tenemos que irnos ahora. La grieta está creciendo. ¿No puedes sentirlo?"

Robert empezó a negar con la cabeza, pero Sean le interrumpió.

"Cierra los ojos, Robert. Cierra los ojos y concéntrate en lo que viste en la Médula".

A pesar de no querer escuchar al hombre que tenía enfrente, Robert se sintió obligado a hacerlo. Y cuando cerró los ojos y se concentró, creyó sentir algo.

"Creo que..."

"No, no pienses", le ordenó Sean. Robert sintió que Shelly lo abrazaba de nuevo. "No pienses, deja la mente en blanco y *siente*".

Al principio, no ocurrió nada. Pero cuando Robert empezó a respirar más profundamente, a centrarse en su núcleo, creyó oír algo.

El estruendo de las olas.

"¿Qué...?"

"Shhh."

Olas, rompiendo en la orilla. Tranquilo, sereno.

Perfecto.

Y entonces los relámpagos llenaron el cielo.

El sonido del trueno.

De gritos, de terror.

Robert abrió los ojos de golpe. El pecho se le había apretado tanto que pensó que le iba a dar un infarto.

"Tenemos que irnos."

Sean asintió.

"Lo sé, nosotros..."

"No", dijo Robert con severidad. "Tenemos que irnos *ahora*."

Capítulo 20

El alcaide Ben Tristen agarró a Smitts por los hombros y lo arrastró de vuelta a la sala de control. A pesar de su fuerza, fue todo un reto maniobrar con los anchos y musculosos hombros del hombre a través de la puerta que Peter, de rostro pálido, mantenía abierta. Respirando agitadamente, Ben finalmente cruzó el umbral y cayó al suelo con Smitts en su regazo.

Peter dejó que la puerta se cerrara tras ellos.

"Coge una gasa y presiónala sobre la herida", le indicó Ben, aún sentado.

"¿Gasa? Esto es una sala de control, nosotros..."

Ben dejó suavemente la cabeza de Smitts en el suelo y luego se levantó, gimiendo mientras estiraba la espalda.

"¡Coge cualquier cosa, entonces, algo para evitar que Smitts se desangre, Peter!"

Ben buscó en la habitación, evitando a propósito mirar los monitores. Las palabras de Peter aún resonaban en su cabeza -los *guardias están todos muertos-, pero* debía de estar exagerando. La alternativa era impensable.

Smitts gimió y Ben se concentró en la tarea que tenía entre manos.

"¡Ahí!", dijo, señalando una pila de paños de microfibra apilados en un pequeño carrito metálico cerca de la puerta. "Cógelos y presiónalos sobre la herida".

Peter hizo lo que se le ordenaba, pero Ben observó que, al igual que evitaba mirar los monitores, Peter evitaba mirar la ensangrentada sección media de Smitts.

"Apriétalas fuerte, Peter".

Peter se arrodilló, colocó el grueso montón de paños azules sobre la herida y presionó con fuerza. Smitts frunció el ceño, pero mantuvo los ojos cerrados.

Dada la cantidad de sangre que había fuera de la puerta y la mancha de cuando lo habían arrastrado a la habitación, Ben no estaba seguro de cuánto aguantaría el hombre.

El alcaide respiró hondo, se secó el sudor de la frente y finalmente se volvió hacia los monitores. El corazón le latía tan deprisa que se sentía mareado.

Durante una fracción de segundo, Ben sintió que le invadía el alivio. Sus ojos se posaron primero en uno de los pequeños monitores, que mostraba a Carson sentado con las piernas cruzadas en el centro de su celda. Aún no entendía cómo el hombre había estado en la escalera hacía sólo unos minutos y ahora estaba encerrado en su celda, pero no había mucho en este día que tuviera sentido para él.

Sus ojos se dirigieron a continuación al gran monitor, y un gemido escapó de sus labios.

"No, por favor, Jesús, *no*."

Ben se sintió mareado y se agarró al respaldo de la silla de Peter para no caer de rodillas. Cerró los ojos con fuerza, intentando alejar la escena. Cuando volvió a abrirlos, miraba entre lágrimas.

El comedor en el que Smitts y Ben acababan de terminar su desayuno se mostraba al frente y al centro. Sólo que ahora no estaba vacío.

Casi una docena de hombres vestidos con uniformes de la guardia naval colgaban del techo con lazos hechos con todo tipo de materiales, desde cables eléctricos hasta sábanas retorcidas. Tenían los ojos abiertos, vacíos, la lengua colgando de bocas que resaltaban en sus rostros morados.

"Oh Dios mío", susurró Ben. "Dios mío". Cerró los ojos y sacudió la cabeza, las lágrimas corrían ahora por sus mejillas. "Por favor, Señor... ¿cómo es posible? ¿Cómo coño ha pasado esto?"

Aunque la pregunta no pretendía ser respondida, Pedro contestó de todos modos.

"Los presos... están fuera", dijo, su voz sonaba extrañamente distante.

Ben agarró el respaldo de la silla con tanta fuerza que el cuero se rajó. Luego, con sus gruesos dedos incrustados en el material, tiró, desgarrando una enorme solapa hacia atrás, revelando una gruesa espuma amarilla debajo.

"¿Cómo *coño ha* pasado esto?", gruñó. Apretó los dientes y resistió el impulso de arrojar la silla a través de los monitores que tenía delante. "¿Cómo *coño*...?"

Entonces, inesperadamente, le vino a la mente la imagen del padre Callahan, con su figura encorvada subiendo lentamente los largos escalones hasta la entrada del edificio.

Ben se obligó a mirar de nuevo el monitor.

Encontró el rostro delgado y moreno de Perry entre los muertos, y allí estaba Lenny, girando lentamente, de espaldas a la cámara. Los ojos de Ben recorrieron rápidamente sus rostros, tratando de no captar ninguno de los horripilantes detalles.

"Padre Callahan", susurró, al no encontrar al viejo sacerdote colgado en el comedor. "¿Dónde está el padre Callahan? ¿Y dónde están los internos?"

Al no obtener respuesta, se volvió hacia Pedro.

El hombre seguía presionando la herida de Smitts, pero sus ojos estaban fijos en el monitor.

"Están todos muertos", susurró. "Él prometió... ellos... cuando..."

Ben se secó más lágrimas y respiró hondo. Lo único que quería era

derrumbarse, hacerse un ovillo como un niño y llorar.

Pero no pudo hacerlo.

Aún tenía una prisión que dirigir. No importaba si él y Peter y Smitts, que se moría en el suelo junto a sus pies, y el padre Callahan, dondequiera que estuviera, eran los únicos que quedaban dignos de ser salvados, tenía un trabajo que hacer.

Había más gente en la que pensar además de los guardias de la prisión de Seaforth. Si, de algún modo, Hargrove no había cogido el remolcador y se había marchado, si Callahan le había convencido para que se quedara, entonces había un barco amarrado a menos de cien metros de la puerta principal. Y si los presos se las arreglaban para llegar a eso...

Ben negó con la cabeza.

No, eso no es posible.

Pero había dicho lo mismo sobre el apagón.

Y sobre los prisioneros que escapan de sus celdas.

Y sobre el asesinato de casi todo su personal.

Y sobre Carson arrancándole los malditos ojos a Quinn.

Una sola lágrima rodó por la arrugada mejilla de Ben, que se la secó rápidamente con el dorso de la mano. Luego compartimentó todo lo que había presenciado aquel día, enterrando los horrores en los oscuros recovecos de su mente.

"¿Dónde están los presos?", volvió a preguntar tras aclararse la garganta.

Como Peter no dijo nada y siguió mirando con los ojos muy abiertos, Ben chasqueó los dedos delante de la cara del hombre.

Peter se estremeció y pareció volver en sí. Un segundo después, Smitts gimió, y los ojos de Peter giraron en esa dirección.

Ben estalló de nuevo.

"¡Peter! Ahora somos tú y yo, ¡tenemos que mantenernos juntos! ¿Dónde están los presos? ¿Dónde están los *malditos presos*?"

Ben se acercó a él con la intención de devolverle la vida. Si Peter se oscurecía, todo estaba perdido.

Estaba tan muerto como los demás: no había forma de que pudiera manejar el complicado sistema informático.

Pero antes de agarrar a Peter, el hombre se dio la vuelta y se dirigió hacia su silla, ahora rota. Se sentó y, sin mediar palabra, empezó a teclear, desplazando afortunadamente la horrible imagen de los hombres colgados de las vigas del comedor fuera de la pantalla. Luego empezó a pasar sistemáticamente por las distintas cámaras de Seaforth, de una en una.

La primera imagen que apareció fue la de la hilera de celdas del gen pop, y Ben tragó saliva. Las puertas de las celdas estaban medio abiertas, sus interiores vacíos.

"Siguiente", dijo, con la garganta repentinamente seca.

La siguiente imagen era de uno de los pasillos, también vacío.

"Siguiente", repitió.

Las cuatro imágenes siguientes eran iguales: vacías, como si la prisión hubiera sido abandonada hacía tiempo.

¿Dónde coño están?

La siguiente imagen mostraba a Carson, el cabroncete que seguía sentado en el suelo de su celda meditando.

De algún modo enfermizo, Ben se alegró de que al menos Carson no tuviera el placer de matarlos él mismo. Si, por supuesto, hubiera estado en su celda todo el tiempo.

De alguna manera, sin embargo, en formas que no entendía, Ben sabía que Carson estaba detrás de esto.

Todo esto.

No creía con razón las divagaciones del padre Callahan, pero sentía, en el fondo de sus entrañas, que todo esto era obra de Carson.

"Nex...", empezó, pero Peter ya había cambiado de cámara.

De repente, Ben se quedó sin aire en los pulmones.

"¿Qué coño están haciendo?", susurró.

Peter no contestó. Incluso Smitts, que seguía tendido en el suelo agarrándose el estómago sangrante, se quedó callado, aunque con los ojos cerrados no podía haber visto lo que había en la pantalla.

Ben entornó los ojos con fuerza.

Los reclusos, veintidós en total, estaban apiñados frente a la puerta del bloque de celdas E, con las cabezas gachas y los cuerpos apretados. Ben tuvo que concentrarse para darse cuenta de que respiraban.

"¿A qué esperan?", susurró después de contemplar la escena durante un minuto entero. "¿Qué están haciendo?"

Peter negó con la cabeza.

Y entonces se oyó un clic, el sonido característico de la puerta del bloque de celdas E al abrirse, y la pantalla se llenó de estática.

Estaban esperando para entrar.

Estaban esperando ver a Carson.

Un movimiento en uno de los monitores laterales atrajo la mirada de Ben. Era el único monitor que mostraba una imagen.

Y era de la celda de Carson.

Estaba sonriendo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 21

"Estás bromeando, ¿verdad?"

Sean negó con la cabeza, mientras Shelly, que había hecho la pregunta, se limitaba a mirar.

Robert, impulsado por lo que había visto en su mente -el desgarro de la Médula, del hombre llamado Carson sentado en el suelo de su celda, con el rostro cubierto de sombras-, no tuvo tiempo para preguntas.

"Shelly, tenemos que darnos prisa", gritó por encima del sonido de las aspas del helicóptero cortando el aire nocturno.

Robert sabía poco de helicópteros, pero la voluminosa forma negra era claramente militar: no era un helicóptero que te llevara a hacer un vuelo de placer sobre el Gran Cañón. El morro era grueso, fuertemente blindado, y había una extraña falta de marcas en todo el exterior.

Una llamada de Sean y el helicóptero había aterrizado en menos de diez minutos en el campo vacío detrás de la finca Harlop. No era sólo la presencia del helicóptero que levantó las cejas, pero que Sean tenía *acceso* a uno. De guardia, nada menos.

Robert recordó las palabras de Leland cuando el hombre le había preguntado qué sabía realmente de Sean. Sobre cualquiera de ellos, en realidad.

Aún no estaba convencido de que Leland fuera su padre, ni de que hubiera estado en la iglesia con la gran puerta de madera, cogido de la mano con Sean, todos aquellos años atrás. Ni siquiera estaba seguro de que lo que había visto del hombre de la celda fuera real.

Podría tratarse de un truco elaborado; Sean podría haberle pasado algún tipo de alucinógeno potente y haberle preparado la mente para estas ideas.

Pero, ¿por qué? ¿Con qué fin? ¿Y por qué él?

Robert negó con la cabeza.

Pero la Médula, las caras en las llamas... la voz de Amy... eso *había* sido real.

¿No?

Shelly acabó superando su incredulidad y se movilizó, y Robert la siguió, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda mientras seguían a Sean hacia el helicóptero. A medida que se acercaban, el aire de las aspas le abría la chaqueta y le revolvía el pelo.

Sean llegó primero al helicóptero y puso el pie en la palanca antes de volverse hacia ellos.

"Sube", gritó, gesticulando salvajemente con los brazos.

Robert ayudó a Shelly a subir al helicóptero y ella tomó asiento frente a Sean. Él se subió y se deslizó junto a ella.

Nunca antes había estado en un helicóptero, y de repente se le ocurrió un extraño pensamiento.

No eran las circunstancias en las que pensaba tachar esto de mi lista de cosas que hacer antes de morir.

Se volvió hacia Shelly, que estaba mortalmente pálida.

Evidentemente, montar en helicóptero no era su idea de pasarlo bien.

Contemplando su bello rostro, con los ojos cerrados, Robert se dio cuenta de que, aunque sabía poco de Sean o de Leland, en realidad tampoco sabía mucho de Shelly. Habían intimado, por supuesto, pero sólo en el sentido físico.

Al igual que Sean, ella también era reservada.

Si salimos de esta, voy a empezar a hacer más preguntas. Cal, también, dondequiera que esté. Por tanto tiempo, he estado enterrado en mis propios problemas. Ya es hora de que empiece a pensar en los demás también.

Sean se puso unos auriculares grises y les indicó que hicieran lo mismo. Robert ayudó a Shelly a desenganchar los suyos que colgaban detrás de ellos y luego se puso los suyos.

Inmediatamente, el zumbido de las cuchillas desapareció y fue sustituido por un silencio extraño y ligeramente incómodo.

Y entonces Sean empezó a hablar, con una voz sorprendentemente clara.

"Mark, llévanos al Seaforth."

"Sí, señor."

¿Señor?

Robert miró por encima del hombro de Sean y se dio cuenta de que había dos hombres en la cabina. El que se llamaba Mark, el piloto, agarraba los mandos con las manos enguantadas. Luego tiró hacia atrás y a Robert se le revolvió el estómago cuando despegaron del suelo.

Shelly se acercó y puso un brazo sobre el pecho de Robert.

No pudo evitar sonreír, a pesar de las circunstancias.

No, esto *definitivamente* no era la idea de Shelly de un buen momento.

El otro hombre de la cabina miraba fijamente hacia delante, con la mandíbula fuerte y cerrada. En lugar de tener mandos en las manos, tenía los dedos enroscados en el cañón de una ametralladora, con la culata clavada en el suelo.

¿Militar? ¿Es Sean militar?

Robert miró a Shelly, pero sus ojos estaban fijos en la ventana mientras seguían elevándose en el aire.

"ETA cuarenta y siete minutos. Tormenta en la isla, podría hacer un viaje agitado".

Shelly tragó saliva visiblemente.

Cuarenta y siete minutos…

Apenas estaban a doce metros en el aire cuando Sean empezó a hablar, y Robert volvió su atención hacia el hombre justo cuando el tejado de la finca Harlop, de la que Patricia Harlop había sido empujada, desaparecía en la oscuridad.

"La prisión de Seaforth alberga actualmente a veintidós reclusos, todos ellos considerados demasiado peligrosos para alojarlos en suelo estadounidense. Ahí es donde entra en juego la isla artificial. La prisión sólo ha tenido un alcaide desde su concepción, un hombre que, según todos los indicios, es duro y respetuoso con la ley. Se está haciendo viejo y tiene cada vez más problemas de salud, pero es un buen hombre. Hay once guardias, más o menos, la mayoría ex militares, y un informático llamado Peter Granger. Todos han sido sometidos a exhaustivas comprobaciones de antecedentes. La prisión funciona con un horario de cinco días de entrada y cuatro de salida. Los dormitorios se encuentran en un pequeño edificio separado de la prisión. Las comidas se envían en barco una vez a la semana, y luego dos cocineros, que trabajan a tiempo parcial y con un horario normal, vuelan desde el continente para prepararlas. Sólo hay una forma de salir de la isla: un barco fuertemente fortificado que hace un único viaje cada semana".

Robert se esforzaba por asimilarlo todo mientras seguía tragando para evitar que el almuerzo entrara en su garganta. Volar en helicóptero no era la experiencia romántica que esperaba. Aun así, le iba mejor que a Shelly, que tenía la cabeza apoyada en el cojín trasero, la espalda recta y los ojos cerrados.

"Y este alcaide..."

"Ben Tristen", dijo Sean, rellenando el espacio en blanco.

"Alcaide Ben Tristen; ¿sabe que venimos?"

Sean negó con la cabeza.

"Perdimos el contacto con la prisión en cuanto empezó la tormenta. El sistema funciona con electricidad de la red principal y generadores, con múltiples fuentes de energía de reserva y redundancias, y se supone que *nunca* debe quedarse a oscuras. Pero ocurrió hace dos días. Cuando volvió a funcionar, el alcaide informó de que un guardia había sido asesinado. Los detalles son confusos, y se suponía que el apoyo se dirigiría a la isla. Pero entonces llegó la tormenta, y perdimos el contacto de nuevo. Casi al mismo tiempo que tú..." Sean dejó escapar la frase.

"¿Yo qué?"

Sean levantó un dedo y se volvió hacia los dos hombres que estaban en la cabina detrás de él.

"Mark, Aiden, pongan sus auriculares en el canal 3, cancelación de ruido activada."

El piloto asintió con la cabeza, mientras que el otro simplemente levantó la mano y cambió un dial en el lateral de sus auriculares grises. El comportamiento robótico de Aiden inquietó a Robert.

Sean se volvió hacia él y Shelly, pero Shelly aún parecía estar a merced de su mareo y respiraba con los labios fruncidos. Asintió a Robert.

"Fue entonces cuando empezaste a tener los sueños".

Ahora le tocaba a Robert sacudir la cabeza.

"¿Qué tienen que ver los sueños con esto? ¿Qué coño está pasando, Sean? ¿Qué está pasando *realmente?*"

Sean apretó los labios e hizo una pausa antes de responder.

Cuando por fin empezó a hablar, Robert se inclinó hacia él y le escuchó.

Capítulo 22

El padre Callahan utilizó la tarjeta-llave que había sacado del cadáver de Quinn para abrir la puerta principal de la prisión de Seaforth. Agradeció que fuera sólo Hargrove quien estuviera en el barco, que su viejo amigo Ben hubiera mantenido a su lado al otro hombre, al más duro, al que llamaba Smitts. Aquel hombre no era como Ben y Hargrove; no era un hombre de la iglesia.

Hargrove, en cambio... El padre Callahan conocía a su madre y a su padre de su breve estancia en Carolina del Sur. Probablemente por eso el hombre había accedido a dejarle a solas con el cuerpo de Quinn, con el pretexto de que necesitaba rezar.

Y, como había previsto, con todo lo que había pasado en la prisión, alguien se había olvidado de quitarle el salvoconducto. O una de las ridículas y anticuadas llaves de latón.

Lo más difícil había sido bajar del barco sin ser detectado. Su cuerpo estaba viejo, desgastado, y había estado a punto de caer al agua cuando trepó por la borda. Se había torcido el tobillo y cada paso que daba le producía un dolor punzante que le llegaba hasta la rodilla.

Después de ver cómo se alejaba el remolcador, el padre Callahan salió sigilosamente de detrás de los arbustos y luchó denodadamente contra la lluvia torrencial y los fuertes vientos, y pronto se encontró de nuevo dentro de la prisión. Al cruzar el umbral, la puerta exterior se cerró automáticamente, ofreciéndole por fin un respiro de los elementos.

Con una respiración profunda y agitada que trajo consigo una serie de toses secas, el sacerdote se encontró solo en la pequeña sala de espera.

Se sacó la llave de la túnica, la metió en la cerradura y la giró, con el metal mordiéndole los dedos nudosos.

Luego agarró la puerta y tiró.

No pasó nada; no se abría.

Volvió a juguetear con la cerradura, pero cuando intentó abrir la puerta por segunda vez, sus esfuerzos obtuvieron el mismo resultado.

Entonces recordó a Ben usando su walkie para hacer una señal a alguien que abriera la puerta a distancia.

El padre Callahan se reprendió a sí mismo por ser tan estúpido. No era más que un anciano frágil; ¿cómo iba a entrar en una prisión tan secreta que sólo unos pocos habían oído hablar de ella?

Pero tenía que intentarlo. No tenía más remedio que intentarlo.

Hacía dos noches había tenido una visión, una visión de una grieta en la Médula, y todo había empezado aquí. No sabía si era sólo una

coincidencia que Ben le hubiera llamado, o si él también había captado señales de la Médula y simplemente no lo sabía.

Pero los detalles no importaban. Y no importaba lo cerca que estaba de Ben, lo lejos que se remontaba su amistad.

El padre Callahan tenía que entrar, *tenía* que hablar con Carson. Y tenía que detener al hombre, costara lo que costara.

Ben había sido demasiado blando con el hombre, y a medida que aumentaba la quididad en la prisión, la fuerza que Carson poseía crecía con ella.

A pesar de la visión, el padre Callahan había pensado que disponía de más tiempo. Su primera intención había sido simplemente visitar la prisión, comprobar la escena y luego buscar a uno de los Guardianes.

Pero después de ver el vídeo de Carson con los globos oculares apretados en las manos, y al pobre guardia hablando de la Cabra, supo que el tiempo era esencial. Y la *sensación*, la opresión en el pecho que sentía incluso ahora, dejaba bien claro que no había tiempo para buscar a los demás.

Él mismo no era un Guardián, sólo el guardián del libro. Y lo que estaba ocurriendo en Seaforth seguía de cerca la profecía de *Inter vivos et mortuos*.

La profecía que describía a un sádico asesino abriendo la puerta de la Médula, permitiendo que el mal se derramara en este mundo y envenenando para siempre el Mar de la Médula.

Dependía de él detener a Carson. No había tiempo para llegar a los demás.

El padre Callahan respiró hondo, sintió que se le contraían los pulmones y luchó contra el impulso de volver a toser.

Luego dio un paso atrás y, por alguna razón, levantó una mano hacia la cámara en un gesto poco entusiasta.

Un segundo después, las luces se apagaron y la puerta interior se abrió.

Capítulo 23

"**...¿qué está pasando** aquí **realmente**?" Robert preguntó.

"La verdad es que ya no estoy seguro. Todo lo que sé es que hace unos años, hubo una especie de perturbación, un temblor, si se quiere, algo que no había sentido en... bueno, *nunca* antes lo había sentido así."

Robert miró al hombre con desconfianza, recordando las palabras de Leland.

¿Cuánto sabes realmente sobre Sean Sommers? ¿Le miras con el mismo desdén que a mí?

"¿Lo *sentiste*?"

Sean asintió.

"Al igual que tú, puedo sentir cosas. La única diferencia es que llevo en esto mucho más tiempo que tú".

Robert hizo una mueca.

"¿Quién es usted? Y, lo que es más importante, ¿quién soy *yo*?".

Durante un buen rato, Sean se quedó mirándolo. Se había recuperado un poco de su aspecto desaliñado en la finca Harlop hacía unas horas; la corbata aún le colgaba floja del cuello, el pelo desordenado, pero al menos su rostro ya no estaba desencajado. Algo en su expresión endurecida, a pesar de haber provocado la ira en la finca, resultaba extrañamente reconfortante en aquellas circunstancias.

Familiar, incluso.

"Ya te he dicho que no estoy aquí para responder a tus preguntas, Robert", dijo al fin. "Ese no es mi papel en todo esto".

Robert abrió inmediatamente la boca para protestar, pero Sean levantó una mano para silenciarlo.

"Pero dado lo que ha pasado, lo que *está* pasando, me siento obligado a contarte más. Porque me temo que... bueno, estabas destinado a enterarte tarde o temprano. Probablemente sea mejor que lo sepas por mí, y no por *él*". Las divagaciones del hombre le sonaron a Robert como si tratara de convencerse a sí mismo, y no al revés. Volvió a levantar un dedo antes de continuar. "¿Aiden? ¿Mark? ¿ETA?"

Esperaron un momento en silencio y, al no obtener respuesta, Sean asintió e indicó a Shelly con la mano.

"¿Qué pasa con ella?"

Sean le hizo un gesto para que le quitara los auriculares de la cabeza. Robert se volvió hacia su amante, que respiraba rítmicamente y tenía la mirada perdida.

Estaba durmiendo.

Le invadió un sentimiento de culpa cuando se acercó a ella y le quitó los auriculares de las orejas, recordando lo que le había dicho sobre ser sincero con ella. Sus párpados se agitaron ligeramente con la reintroducción del sonido de la tormenta y las aspas del helicóptero, pero siguió dormida.

Shelly exigía que fuera honesto, pero esto era diferente.

Robert tenía la ligera sospecha de que sólo oír lo que Sean iba a decir la pondría en peligro.

Mientras colgaba los auriculares en el gancho junto a su cabeza, no pudo evitar sentir que había sido un error traerla con él... con *ellos*.

En el fondo, estaba agradecido de que Cal hubiera huido, de que no se expusiera a lo que fuera a ocurrir en la prisión. Porque si la sensación que había experimentado durante su visión se parecía en algo a lo que realmente estaba ocurriendo allí, entonces era mejor permanecer ignorante.

"¿Robert?" La voz de Sean preguntó en voz baja en sus auriculares, y Robert recuperó la concentración. Levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Sean, y el hombre se inclinó hacia delante con atención. Y entonces empezó a hablar.

"Voy a decirte lo que sé, Robert. No lo es todo, y la verdad es que hay quien sabe más que yo, mucho más. Todo lo que pido es que mantengas la mente abierta. ¿Puedes hacerlo?"

Robert asintió y Sean continuó.

"Supongo que no hay mejor lugar para empezar que con Carl Jung".

"¿Carl Jung?" preguntó Robert, incrédulo. "*¿El Carl* Jung?"

Sean apretó los labios, claramente molesto por la interrupción.

"Sí, ese Carl Jung. ¿Conoces su tesis sobre el inconsciente colectivo?"

Robert se encogió de hombros.

"No realmente; quiero decir, he oído hablar de él, como he oído hablar de Freud, pero no sé mucho sobre ninguno de sus trabajos. Después de todo, soy contable, no..."

"Jung creía que además del yo individual, la persona, existe un inconsciente colectivo, una representación arquetípica de nuestros deseos más bajos. Sexo, lujuria, ira, amor, locura. Como seres humanos, existen fuera de nosotros *mismos* y los utilizamos. A través de la individuación, nos volvemos menos dependientes de este inconsciente, menos capaces de acceder a él. Pero para algunos de nosotros... para cierto tipo de personas...". Sean dejó que su frase se interrumpiera, y Robert aprovechó la oportunidad para intervenir.

"Para los James Harlops, los Andrew Shaws."

Sean asintió.

"Los Carson Ford de este mundo, se agarran a lo más atroz de estos arquetipos del inconsciente colectivo y se agarran fuerte. Verás, Carl

estaba equivocado en una cosa. El inconsciente colectivo no existe en la nube".

"Existe en un Mar. El Mar de la Médula", susurró Robert.

"Así es, aunque a lo largo de los años se le ha llamado de muchas formas distintas. En cualquier caso, es de dentro de esta arena y este mar donde va a parar la mayor parte de la conciencia humana, y es de estas semillas de donde nacen las nuevas quiddidades."

Robert empezó a fruncir el ceño mientras intentaba comprender.

"¿Quieres decir como la reencarnación?"

"No, no exactamente. Es más bien una amalgama de vidas pasadas, mezcladas para crear un individuo único. Es como nuestro ADN, en cierto sentido; los bloques de construcción son los mismos para los gemelos, digamos, pero por diversas razones son diferentes, todos únicos. En parte debido a la individuación".

"Pero si lo que describes es el mar y la arena, ¿qué pasa con el fuego? ¿Las caras?"

Sean se aclaró la garganta.

"A pesar de tener muchos nombres, siempre he sido partidario de 'La Médula'. A grandes rasgos, la Médula significa 'el medio', que es donde estabas tú. De pie en la orilla, llegaste al lugar donde sólo un puñado de personas había estado antes y regresaste. El inconsciente colectivo te lamía los pies, pero arriba... arriba estaba la encarnación del mal puro. Verás, el mal no puede existir en el Mar de tuétano: los actos más despiadados, el asesinato, la violación, la esclavitud, se centran en el *yo*. Y esto, amigo mío, es el Infierno que viste".

Robert exhaló con fuerza.

"¿Por qué? ¿Por qué yo?", preguntó.

Sean se encogió de hombros y desvió la mirada.

"Eso es complicado, Robert. Y, la verdad, no sé la razón exacta".

Robert no presionó; se daba cuenta de que Sean estaba más que incómodo compartiendo lo que ya sabía, y aún había muchas otras preguntas que quería hacer.

"Yo nunca... Quiero decir, ¿cómo sabes sobre esto? ¿Sobre nada de esto?"

Los ojos de Sean volvieron a los de Robert.

"De un libro-Inter *vivos et mortuos*; *Entre los vivos y los muertos*."

Hizo una pausa después de pronunciar las palabras, ya fuera porque le dolía hacerlo o porque esperaba que el nombre que sonaba en latín fuera una especie de revelación.

Si esperaba esto último, estaba muy equivocado. Robert se quedó mirando al hombre, estupefacto.

Finalmente, Sean continuó.

"Nadie sabe quién lo escribió ni de dónde procede. Es un libro sencillo encuadernado en cuero y escrito en latín básico. Abrupto,

directo, casi al estilo de Hemingway. Sin desperdicio de palabras. Y en él se describe el más básico de los conflictos humanos: el deseo de autoinmolación o de autoconservación. Y ésta es la decisión a la que toda quididad humana debe enfrentarse cuando desembarca en las orillas de la Médula, o al menos eso es lo que afirma el libro -no podemos estar seguros, porque, bueno, hasta hace poco, nadie ha conseguido regresar-. En las orillas, puedes entregarte al Mar de Médula, reponer las reservas de quididad para otros que aún no han nacido, o puedes permanecer entero, conservar tu identidad, pero al hacerlo eres desterrado a las llamas de arriba. Ya has visto las caras, sabes a qué me refiero".

Una imagen del cielo ardiente con las horribles bocas chillonas centelleó en la mente de Robert, y un escalofrío le recorrió.

"Sí, los he visto", graznó.

"El libro también describe a un grupo de Guardianes, personas encargadas de garantizar que todo siga en orden. Leland era uno de los Guardianes, como yo, y también hay otros. Ahora hay menos de los que había, pero siguen siendo bastantes".

"¿Era Carl Jung uno de estos guardianes?"

Sean se encogió de hombros.

"Tal vez, no lo sé con seguridad. Pero basándome en sus escritos, creo que es muy probable. O eso o era muy cercano a uno".

"Pero si Leland era un Guardián, ¿por qué está tratando de crear una grieta?"

Sean suspiró, un suspiro pesado y exasperado que pareció aflojarle toda la cara.

"Algo ocurrió, algo que le cambió, y en lugar de querer mantener el orden, mantener el equilibrio entre el Fuego y el Mar, el Yo y el inconsciente colectivo, Leland empezó a trabajar para lo contrario. Se obsesionó con el Yo, intentó convencer a todos los Guardianes de que estaban engañados, de que el Mar era en realidad el Infierno, y de que no sólo todos debían elegir las llamas, sino que podían *volver*. La mayoría de los otros Guardianes pensaron que había perdido la cabeza, pero algunos pensaban de otra manera. Verás, *Inter vivos et mortuos habla* de una profecía, de un momento en el que un hombre se levanta y abre las compuertas, dejando que la quididad fluya *hacia atrás*. Y como todo lo bueno ya ha sido sacrificado, todo lo que queda es..."

"Las caras en las llamas".

"Sí", dijo Sean simplemente. "Y los muros se debilitan. Cada vez que la quiddidad de alguien permanece demasiado tiempo aquí en la Tierra, cada vez que su decisión se retrasa, la barrera entre este mundo y el suyo se hace más fina, y él más fuerte."

Robert frunce el ceño.

"Entonces, ¿qué le pasó a Leland? ¿Por qué está en la costa? ¿Por qué está... murió?"

Esta vez, Sean no contestó.

¿"Sean"? ¿Qué le pasó a Leland? ¿Cómo llegó a la Médula?"

Todavía nada.

Robert se inclinó hacia delante y alcanzó al hombre que tenía enfrente. Sean retrocedió de inmediato y apuntó con un dedo a la cara de Robert.

"No me toques", advirtió, su voz volviendo a la ronca dureza con la que Robert estaba más familiarizado. "Leland te ha marcado, y si me tocas, podrá encontrarme. Eso no puede ocurrir".

Robert se apartó, sorprendido por el repentino cambio de humor del hombre. Esta vez, se negó a dejarlo pasar.

"¿Qué quieres decir? Joder, Sean, ¿qué le ha pasado?"

Sean apretó los labios con fuerza y luego volvió la mirada hacia Shelly.

Se estaba despertando, con una expresión de confusión en el rostro.

"Eso es todo, no más historias. Tenemos trabajo que hacer".

Shelly gimió y estiró los brazos, y Robert, sumido en sus pensamientos, bajó de mala gana los ojos hacia la ventana del helicóptero. El cielo se había oscurecido considerablemente, y un escalofrío lo recorrió.

Robert podía ver agua debajo.

Justo cuando Shelly empezaba a ponerse de nuevo los auriculares, confusa sobre por qué se los había quitado, los de Robert estallaron en una ráfaga de estática.

"Señor, nos acercamos a la tormenta de la que le advertí. ETA diez minutos a Seaforth, pero va a ser un viaje muy agitado de aquí en adelante. Siéntese apretado, todo el mundo. "

Robert tragó saliva y trató de evocar el rostro de Leland, el que había vislumbrado durante una fracción de segundo antes de ser transportado a la tierra de los vivos.

No llegó nada, lo cual era lógico porque después de la historia que le había contado Sean, se sentía completamente vacío.

¿Qué sabes realmente de Sean Sommers?

Capítulo 24

"**¿Todavía tenemos** almacenamiento de **armas** aquí arriba?" preguntó Ben mientras seguía presionando el estómago de Smitts. La hemorragia había disminuido un poco y el hombre había recuperado algo de conciencia. Todavía no lo suficiente como para hablar, pero el alcaide esperaba que pronto pudiera contarle lo que había sucedido al otro lado de la puerta. "¿Peter?"

Ben levantó los ojos.

Peter seguía sentado en su silla, con los ojos fijos en el monitor que mostraba a los reclusos apiñados fuera del bloque de celdas E.

"¿Qué coño están haciendo?" susurró lo suficientemente alto como para que Ben lo oyera. "La puerta está abierta. ¿Por qué no entran?"

"¡Peter! ¡Despierta de una puta vez! ¡Despierta!"

Ben vio que la nuca del hombre temblaba visiblemente, y luego se volvió lentamente, con sus rasgos estrechos pálidos y la mandíbula floja.

"¿Qué, Jefe?"

"¿El depósito de armas está aquí arriba?"

"Sí, por ahí", respondió Peter, señalando con la barbilla hacia la esquina de la habitación. Ben siguió sus indicaciones, pero no vio más que más ordenadores y cables. Hacía tiempo que no subía a la Torre, se dio cuenta, ya que se había mantenido alejado sobre todo porque toda esa mierda informática le incomodaba.

Instintivamente, su mano se dirigió a la cruz que llevaba al cuello.

Eso, por otro lado, le reconfortaba. O lo había hecho, ahora sólo le ponía nervioso por el padre Callahan, al que no podían encontrar en ninguna de las cámaras.

¿Realmente también vio a Quinn?

Por un momento, deseó haber pasado más tiempo con el padre Callahan, haber escuchado hablar a su viejo amigo durante más tiempo.

Aquí pasaba algo que iba más allá de su nivel salarial.

Y probablemente también sus habilidades.

"¿Dónde?"

"Justo ahí", respondió Peter.

"¡Maldita sea, Peter! *¿Dónde? ¡Levántate* de la puta silla y ábreme!"

Peter se levantó de la silla con tal rapidez que ésta rodó lejos de él, obligando a Ben a levantar la mano para que no chocara con él y con Smitts. El hombre desgarbado se dirigió rápidamente por la sala circular hasta un armario que a primera vista parecía la carcasa de un ordenador. Pero cuando pasó la tarjeta por el lector, se puso roja.

"No hay acceso", dijo simplemente.

Ben frunció el ceño.

Empezaba a temer que Peter lo estuviera perdiendo... o que ya lo hubiera perdido.

"Usa la mía", le ordenó Ben, lanzando su carta al hombre. Le dio en el pecho y cayó al suelo. Peter se agachó rápidamente y la recogió. Cuando escaneó la tarjeta del alcaide, la cerradura se desenganchó y la puerta se abrió, dejando al descubierto dos escopetas y dos pistolas. También había una pila de cartuchos en el fondo de la taquilla y una pistola paralizante.

Ben respiró aliviado.

Peter había intentado llamar desde la prisión en cuanto se dieron cuenta de que los presos se habían escapado, pero no habían tenido suerte. Teléfonos móviles, VoIP, correo electrónico, nada parecía poder salir de la isla. Y la idea de estar aquí arriba, en la Torre, con la energía de las puertas parpadeando y *ellos* allí abajo, haciendo lo que coño estuvieran haciendo, sin más armas que la pequeña pistola que llevaba en la cadera, bastaba para que el curtido alcaide Ben Tristen se sintiera desnudo.

Pero ahora, con las escopetas, podrían tener una oportunidad. Al menos podrían aguantar aquí hasta que pasara la tormenta y llegara la ayuda. Esos locos podían quedarse acurrucados como lemmings retrasados todo lo que quisieran. Con todos los otros guardias muertos...

Sintió una punzada en el estómago.

En mi guardia... y el Padre Callahan sigue ahí fuera... pero volvió, se suponía que tenía que irse, maldita sea.

Ben sabía que esperarles era lo mejor, tal vez lo único que podían hacer, pero aun así no podía evitar sentir la fastidiosa atracción de la venganza en los rincones de su alma.

Deberían pagar por lo que les hicieron a mis hombres... a mis amigos. Y padre... no puedo dejar que le pase nada.

Miró a Peter, que contemplaba las armas con reverencia y asombro. Luego volvió a centrar su atención en Smitts, que estaba en el suelo debajo de él.

Si Quinn estaba aquí, y Smitts todavía podía moverse... entonces podríamos haber sido capaces de tomarlos.

"¿Jefe?", dijo de repente su amigo con un gruñido. Desplazó su peso, pero Ben lo sujetó.

"¿Sí? Mejor que te quedes quieto, Smitty. Has perdido mucha sangre".

El hombre negó con la cabeza.

"...necesita sentarse."

"Smitts, siéntate..."

Smitts apretó los dientes desafiante.

"Arriba", exigió, y Ben no tuvo más remedio que permitir que el hombre se pusiera sobre los codos. Al mismo tiempo, apartó las manos de Ben de su vientre y apretó la gasa contra su propia herida.

Su respiración aumentó, pero al cabo de un momento se estabilizó.

A Ben le sorprendió que el hombre estuviera consciente, por no hablar de que hablara y se incorporara. Sabía que Smitts era duro, pero al alcaide le preocupaba que aquel pudiera ser su último hurra.

Su viento final.

Y entonces sólo estarían él y Peter.

"I-" Se aclaró la garganta. "Vi a Quinn."

Ben se puso en pie de un salto.

"¿Qué?", balbuceó. "¿Qué quieres decir con que has visto a *Quinn*?".

Smitts asintió, pero luego echó la cabeza hacia atrás en señal de agonía, con las manos tensas sobre el estómago. El uniforme azul marino de la prisión de Seaforth era casi negro en el estómago y el pecho de Smitts.

"Lo vi", repitió Smitts entre dientes apretados. Ahora tenía los ojos cerrados y la barbilla dura apuntando al techo. "Se estaba sujetando la cara y le goteaba sangre de las manos. Joder, Ben, sé que es una locura, pero le *vi*".

Ben miró boquiabierto a su viejo amigo. Y entonces dijo lo único que se le ocurrió.

Casi avergonzado, susurró: "Yo también lo vi".

Smitts no parecía sorprendido en absoluto por esto; tal vez fuera el dolor o la pérdida de sangre, o tal vez simplemente *lo sabía*, pero Smitts apenas reaccionó.

Ben respiró hondo.

"¿Qué te ha pasado, Smitts?", preguntó, temiendo la respuesta.

"Él... él me apuñaló, Ben. Quinn me apuñaló."

Ben negó con la cabeza.

"¿Qué coño está pasando en Seaforth?", preguntó, luchando contra las lágrimas de nuevo.

Alguien contestó, pero no era Smitts.

Era Peter, y cuando el alcaide levantó la vista para mirar al hombre, sus ojos se abrieron de par en par.

Había una escopeta apuntándole a la cabeza.

"Carson los está liberando, Jefe. Nos está liberando a todos".

Capítulo 25

"**Vamos en caliente**", gritó **Sean** por encima de la lluvia que caía sobre el helicóptero. "Aiden, toma la delantera. Mark, pon el pájaro en el aire, aléjate de la tormenta, pero no te alejes demasiado. Vamos a..."

Un rayo partió el cielo negro y el helicóptero se balanceó hacia la izquierda. Robert sintió que el estómago se le revolvía con la inclinación del helicóptero.

"¡Bájanos, Mark! ¡Bájanos donde puedas!"

El helicóptero descendió de nuevo y Robert estuvo a punto de caer sobre el regazo de Shelly. Ella gritó, pero él consiguió enderezarse. A medida que se acercaban al edificio, una estructura de cemento gris que, aparte de una única torreta, era un cuadrado casi perfecto, la estructura empezó a protegerles de lo peor de los elementos.

"¡Sean!" Robert gritó en su boquilla después de ajustar los auriculares que habían sido golpeados askew. "¿Qué coño se supone que tenemos que hacer?"

La respuesta del hombre fue inmediata.

"Tú y Shelly quedaos detrás de mí. Aunque no haya electricidad, Aiden encontrará la forma de entrar. Él va primero, yo después, luego ustedes dos. Necesito que mantengáis los ojos y los oídos abiertos. Si veis algún preso o quididad, hacédmelo saber".

Robert enarcó una ceja.

"Pero, ¿para qué estoy aquí? ¿Para qué me necesitas? ¿Por qué no envías a Aiden allí y revientas el lugar?"

Sean negó con la cabeza.

"Es demasiado tarde para eso. ¿Recuerdas tu sueño? La grieta ya ha empezado a abrirse. Necesito que la cierres".

El helicóptero descendió de nuevo y Shelly jadeó. Robert intentó rodearla con el brazo, pero ella lo apartó.

"Puedo manejarlo, Rob", le dijo.

Robert se volvió hacia Sean, que había levantado parte del banco a su lado y sacado dos chubasqueros oscuros. Durante una fracción de segundo, antes de que el banco volviera a cerrarse de golpe, Robert creyó vislumbrar otra caja en su interior, una forma lisa y gris.

"Póntelos", le dijo mientras se los lanzaba. Robert cogió los dos y le dio uno a Shelly.

"¿Cerrar la grieta? *¿Cómo?*" gritó Robert mientras se colocaba la chaqueta sobre la cabeza. Primero tuvo que quitarse los auriculares y, cuando lo hizo, una fuerte ráfaga de viento sacudió el helicóptero.

Durante un asqueroso segundo, cuando los auriculares salieron volando de su mano, casi golpeando a Shelly antes de estrellarse contra el cristal, Robert estuvo convencido de que iban a caer en

picado hacia la muerte.

Y lo único que pasó por su mente fue la imagen de Amy.

¿Cómo iba a oír su voz si se había convertido en parte del Mar? ¿No debería haberse ido ya?

"¡Espera!"

Sin sus auriculares, los gritos del piloto apenas se oían por encima de la tormenta.

Volvieron a sumergirse, y esta vez Shelly alargó la mano y lo sujetó con fuerza. Incluso Sean parecía pálido, con las manos agarradas a los lados de su asiento. Durante el vaivén de Robert, el hombre también se había puesto un chubasquero.

Los relámpagos volvieron a surcar el cielo y, un segundo después, el helicóptero aterrizó con una sacudida en el suelo.

Robert se desabrochó inmediatamente el cinturón de seguridad y se dirigió hacia la puerta, pero Sean negó con la cabeza.

"Aiden primero, luego yo, luego tú."

Robert asintió, agradecido de que el hombre de la Uzi o el subfusil o lo que demonios fuera, fuera a entrar primero en la prisión llena de psicópatas. Mientras observaba cómo el hombre salía de la cabina, se deslizaba por el suelo y se arrodillaba como la mantequilla en una sartén caliente, con la pistola apuntándole, Shelly se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

Sobresaltado, casi se lanza hacia delante y no capta lo que ella dice.

"¿Qué?", le gritó por encima del hombro. A pesar de estar en tierra, las aspas del helicóptero parecían aún más ruidosas aquí. Al no obtener respuesta inmediata, la miró. Shelly tenía los ojos muy abiertos y habría jurado que tenía lágrimas en ellos.

"¿Shel? Tú..."

Pero la puerta del helicóptero se abrió de un tirón desde el exterior y el rugido del viento y la lluvia se tragó sus palabras. Fuera de su periferia, vio a Sean ponerse en pie y saltar del helicóptero, justo cuando Shelly susurraba algo que a Robert le pareció "*nieve"*.

¿Nieve?

La lluvia le golpeaba en la espalda y, aunque el aire era gélido, no había nieve en el horizonte hasta dentro de seis meses, probablemente más.

¿De qué demonios está hablando?

"¿Qué?", volvió a gritar, pero fue Sean quien respondió.

"¡Fuera, Robert, estamos al descubierto aquí!"

Robert se volvió y la inmediatez en el rostro de Sean le incitó a actuar.

Hizo una nota mental para preguntarle a Shelly de qué demonios estaba hablando más tarde.

La lluvia le golpeó en la cara y entrecerró los ojos con fuerza.

Aunque Sean lo empujaba hacia Aiden, que seguía arrodillado, con la pistola apuntando a la estructura de hormigón que Robert apenas podía distinguir bajo el torrencial aguacero, esperaba junto a la puerta abierta, ayudando a Shelly a salir.

Esta vez aceptó su ayuda.

Y entonces, con un brazo alrededor de su cintura, empezaron a correr.

Detrás de ellos, Robert oyó aumentar el tono de las aspas del helicóptero; no necesitó mirar atrás para saber que estaba en el aire.

En unos instantes, sería como si nunca hubiera estado aquí.

Capítulo 26

¿"Peter"? ¿Qué coño estás haciendo? *Peter*, baja la puta pistola".

La cara de Peter parecía haber cambiado desde hacía unos segundos. En lugar de estar pálido y asustado, el hombre tenía una sonrisa siniestra y sus ojos... había algo raro en sus ojos.

Eran oscuros, rozando el negro. Era como si las pupilas puntiformes que Ben había observado al entrar en la sala de control hubieran crecido lo suficiente como para ocupar todo el globo.

"¿Qué tal si te disparo en la cara en su lugar, Jefe?"

El alcaide empezó a levantarse, pero Peter dio un paso amenazador hacia delante, clavándole la culata de la escopeta en el hombro. Ben había visto a suficientes hombres hacer eso para prepararse para el esperado revés y sabía que hablaba en serio.

Tragó saliva, levantó sus manos artríticas y se agachó sobre sus rodillas.

"Vale, vale, me quedo aquí, ¿vale? ¿Por qué no me dices qué demonios está pasando?"

Peter aflojó la presión de la escopeta sobre su hombro y Ben sintió que su ritmo cardíaco disminuía un poco.

Pero su mente seguía acelerada.

¿Qué coño le pasa?

"¿Quieres saber por qué Quinn entró en la habitación de Carson?"

Smitts giró el cuello con un gemido al oír el nombre de Quinn, y Peter no tardó en girar el arma hacia él.

"Y tú siéntate de una puta vez, Smitts, o te haré otro agujero en el cuerpo".

"Peter, ¿qué coño estás haciendo?"

Los ojos salvajes y oscuros del hombre volvieron a mirar al alcaide.

"Yo haré las preguntas aquí, Jefe. Y le pregunté si quería saber qué le pasó a su amigo Quinn, si quería saber por qué entró en la celda de Carson".

Ben miró fijamente al hombre, al tiempo que escudriñaba la habitación con su visión periférica. No tenía ni idea de lo que le había pasado a Peter, pero no le importaba, al menos por el momento. En este momento, su objetivo era someter al hombre y conseguir ayuda para Smitts. El tercero era mantener a los prisioneros encerrados en la cárcel. Los motivos de este maldito informático de mierda estaban muy abajo en su lista.

"¿Por qué lo hizo, Peter?" Ben preguntó.

No podía ir a por su pistola en la cadera. Aunque el hombre que tenía delante pasaba la mayor parte del tiempo delante del ordenador, sabía utilizar un arma. Incluso los dos cocineros a tiempo parcial

sabían utilizar todas las armas de la prisión. Eso no quería decir que tuvieran acceso, por supuesto -la tarjeta de Peter rechazada en el armario de armas era una prueba de ello-, pero sabían cómo usarlas.

Así que no, no podía coger su pistola a menos que quisiera que le salpicaran la cara con perdigones. Las únicas armas que llevaba encima eran la pistola eléctrica estándar y su porra telescópica, ninguna de las cuales causaría ningún daño a esa distancia.

La única ventaja que tenía era que había dos de *ellos* y uno de *él*. Incluso incapacitado como estaba, Smitts estaba consciente.

El duro y moribundo bastardo podría ser capaz de un último acto heroico.

"¿Peter? ¿Por qué Quinn fue a ver a Carson?"

Resistiendo el impulso de mirar a su camarada caído, hizo una mueca como si le doliera la rodilla y se acercó un poco más a las manos del estómago de Smitts.

"Carson no es quien tú crees que es", dijo Peter con calma. "Puede que una vez fuera un psicópata, sobre todo cuando estaba con Buddy, pero ahora no. Ahora es *un iluminado.* ¿Sabes cómo es? ¿Eh? ¿Mirar a los demás durante tanto tiempo que te pierdes *a ti mismo?* Me siento aquí, encerrado, mirando, esperando. Pero entonces... pero eso fue antes de Carson. Carson me salvó... empezó a hablarme, me prometió que me ayudaría a encontrar quién *soy realmente*".

Peter hizo una pausa como para reflexionar, con los ojos vacíos. Ben se preguntó si aquella era su oportunidad, si el hombre estaba lo bastante aturdido como para poder abalanzarse sobre él... o ir a por su arma... o...

O alcanzar mi cruz.

Los ojos de Peter volvieron a aclararse, salvando a Ben de tomar una decisión que seguramente habría acabado en un derramamiento de sangre.

Y Seaforth ya había visto suficientes muertes por un día.

"¿Alguna vez piensas en morir, Ben?"

Ben miró la escopeta.

"Tengo una puta escopeta en la cara. Así que, sí. Lo he pensado".

Peter soltó una risita.

"Me refiero a otras veces".

Ben se encogió de hombros.

"Ah, mierda, ¿qué debes tener? ¿Pasando ya de los setenta?"

"Setenta y dos", corrigió Ben al hombre.

"Maldita sea, te ves bien para setenta y dos. De todos modos, debes haber pensado en tu propia muerte, entonces. Es natural".

Peter esperó, y Ben no pudo evitar acordarse de cuando su mujer, Angie, había fallecido hacía más de dos décadas de cáncer de mama.

Al final tenía un aspecto horrible: calva, la piel tan fina que parecía

celofán estirado. Apenas podía hablar después de que la quimioterapia le hubiera destrozado la laringe.

Sí, había pensado en morir. Había pensado mucho en ello.

Peter señaló con la barbilla la cruz que colgaba de la camisa de Ben.

"Sí, apuesto a que sí. Bueno, déjame decirte, ¿esa mierda en la que crees? ¿Esa cruz? ¿Jesús y todo eso? Bueno, siento decírtelo, pero todo eso es basura. No hay cielo ni infierno. Sólo existe la Médula".

"¿El *qué*?" preguntó Ben, incapaz de evitar que la incredulidad se colara en su voz.

De nuevo, Peter se rió entre dientes.

"La Médula es como una versión comunista o marxista del Infierno, amigo mío. Y Carson va a cambiar todo eso".

"Has perdido la cabeza, Peter. Baja el arma y hablemos de esto. Hay veintidós asesinos locos ahí abajo que están deseando destrozarnos. ¿Quieres eso? ¿Quieres que se vayan de aquí, que vuelvan a la ciudad? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso lo que Carson va a hacer? Porque déjame decirte que eso no va a pasar".

Peter se encogió de hombros.

"No importa. Lo que importa es que una vez que salgamos de este lugar, podamos seguir siendo *quienes somos*. Tú quieres eso, ¿no?"

"Peter, ¿de qué coño estás hablando? ¿Has estado navegando por las malditas webs de conspiraciones otra vez?"

"No, nada de sitios web".

"Bueno, ¿entonces quién demonios envenenó tu mente con toda esta mierda? Es sólo el estrés. Lo entiendo, eres un informático, no estabas hecho para esto. Bueno, déjame decirte algo. A mí también me ha jodido. Sólo baja el arma".

"Leland", susurró el hombre.

"¿Qué?"

"Leland me habló de la Médula".

La mente de Ben daba vueltas ahora. Nada de esto tenía sentido. Pero aunque las palabras de Peter parecían las divagaciones de un loco, también le sonaban familiares.

Como si hubiera oído algo parecido antes. Sacudió la cabeza, tratando de despejarla.

No funcionó.

"¿Quién demonios es Leland?"

"¿No lo ve, Jefe? Leland es el que está detrás de todo esto, es el que está guiando a Carson. Pero no puede hacerlo solo. Necesita al Padre Callahan para abrir la grieta, por eso le dejé volver".

Una imagen del anciano de la túnica oscura centelleó en la mente de Ben. Con todo lo que había pasado, se había olvidado por completo de su sacerdote, su amigo. Y recordó las palabras que el padre

Callahan había pronunciado en la capilla, que sonaban extrañamente parecidas a lo que Peter acababa de decir.

Tengo que hablar con Carson.

El corazón de Ben empezó a acelerarse y sus ojos se desviaron inadvertidamente hacia los monitores, al tiempo que sentía un suave tirón en el cinturón.

"No", susurró. "Por favor, dime que no lo dejaste volver a entrar".

"Oh, oh sí lo hice, Jefe. Lo dejé entrar porque Carson lo necesita. Lo necesita para abrir la puerta. Necesita..."

Lo que ocurrió a continuación confirmó la idea de Ben de que Smitts tenía un último acto que interpretar en esta colección de muerte. Y actuó tan rápido que Peter ni siquiera tuvo la oportunidad de disparar.

Smitts, que llevaba varios minutos tirando del cinturón del alcaide, dio un fuerte tirón y liberó la pistola eléctrica de Ben. Entonces, con un movimiento suave, el hombre pulsó el botón, activando un crujido seguido de un brillante arco blanco entre los cables. Pero en lugar de avanzar hacia Peter, Smitts siguió moviendo el brazo sobre su propio cuerpo antes de introducir la corriente eléctrica en una gran serie de cables que recorrían el suelo hasta la caja de empalmes de la pared opuesta.

Un segundo antes de que las luces se apagaran por tercera vez, Ben vio el cuerpo de su amigo convulsionándose, con sangre brotándole de la boca y del estómago, donde el espíritu de Quinn lo había apuñalado.

Y entonces el sonido ensordecedor de la escopeta al dispararse llenó la sala de control.

Capítulo 27

El padre Callahan dio otro paso, adentrándose en los pasillos de la prisión de Seaforth.

No era uno de los Guardianes, uno de los diecinueve -de los cuales sólo quedaban cinco, si se contaba al bastardo de Leland-, sino el guardián del libro. Aun así, sabía lo que estaba en juego.

Después de todo, tenía el *Inter vivos et mortuos*. Incluso había aprendido latín para traducirlo.

Sabía lo que estaba en juego.

El padre Callahan se movía lentamente, su viejo y arruinado cuerpo apenas arrastraba los pies; el dolor que antes se limitaba a su tobillo ahora parecía envolverle todo el cuerpo.

Tenía que encontrar a Carson. *Tenía que encontrarlo* antes de que se abriera la grieta.

Inter vivos et mortuos, o la médula, debía permanecer intacta.

Ben Tristen era su amigo, su buen amigo, y un fiel seguidor de la fe. Pero era un ingenuo.

El padre Callahan deslizó una mano bajo la túnica y su nudosa mano se cerró en torno a la empuñadura del cuchillo enterrado en su interior.

Ben no le había registrado cuando había entrado en la prisión.

Había que detener a Carson, aunque eso significara hacer lo mismo que le habían hecho a Leland hacía tantos años.

La médula debe permanecer intacta.

Sus mundos debían permanecer separados.

El *Inter vivos et mortuos* había escrito sobre un día así, y el padre Callahan haría todo lo que estuviera en su mano para evitar que *ese* día fuera *hoy*.

Incluso si eso significaba morir.

El anciano tosió sobre el codo.

Incluso si eso significaba matar.

Y entonces, cuando levantó el pie para dar otro paso, se vio envuelto en la oscuridad al apagarse las luces de arriba.

A pesar de todo lo que sabía sobre la verdadera naturaleza de la vida y la muerte, el padre Callahan empezó a susurrar *Padre Nuestro*.

Capítulo 28

"**Prueba la tarjeta que** te di", le gritó Sean a Aiden.

El hombre le devolvió la mirada y negó con la cabeza. Robert, acurrucado contra el aguacero, observó la extraña interacción entre los dos hombres. Estaba claro que Sean estaba al mando, eso había quedado patente desde que subieron al helicóptero, pero ahora parecía que habían llegado a un punto muerto.

"Ábrala usted, señor", respondió Aiden secamente. Era evidente que este hombre tenía un papel y sólo un papel: para asegurarse de que Sean y Shelly y Robert se mantuvo a salvo, se mantuvo con vida.

No bajaría su fusil de asalto para abrir una puerta y ponerlos a todos en peligro.

No importa quién se lo ordenara.

Esta constatación reconfortó a Robert, a pesar de que seguía sin estar seguro de lo que hacía aquí.

Su trabajo consistiría en cerrar la grieta, pero *¿cómo*?

Volvió a la época en que había conocido a Shelly en la finca Harlop, una época que parecía haber pasado hacía años.

Atad a los espíritus.

¿Pero *cómo?*

La suerte le había sacado de aquella situación. Sólo esperaba que no se hubiera agotado aquí en Seaforth.

Shelly le dio un codazo y Robert la miró.

"Vamos", dijo ella.

Robert frunció el ceño.

Joder, parece que yo también tomo pedidos.

Dio un paso de gigante hacia delante y vio cómo el hombre del rifle le echaba un vistazo.

Robert hizo lo mismo y, por primera vez, pudo ver bien al hombre encargado de protegerlos a todos.

Aiden era de mandíbula cuadrada, pero no de la misma forma que Sean; su mandíbula era más pronunciada y estaba cubierta por la sombra de las cinco en punto. Era el tipo de chico que siempre tenía la misma cantidad de pelo en la cara, sin importar cuánto hacía que se afeitaban. En algún momento del vuelo, se había metido un fajo de dip en el labio inferior, haciéndolo sobresalir hacia delante. Tenía una cicatriz que le atravesaba verticalmente la ceja izquierda, que acunaba unos ojos oscuros y penetrantes. Su pelo, que parecía corto bajo un simple pañuelo negro, era oscuro como la barba incipiente de su rostro. Los antebrazos del hombre, que sobresalían por debajo de una camisa ajustada de tres cuartos de largo, eran como barras de acero: duros, acordonados, musculosos.

Robert tardó un momento en darse cuenta de que el hombre le tendía un pase.

Cuando dio un paso adelante y se lo quitó a Aiden -que lo sostuvo un segundo más de la cuenta, observó-, Robert lo miró fijamente a los ojos.

Eran oscuros y pequeños, pero no fríos como los de Sean. El hombre era serio. Tenía un trabajo que hacer, uno importante, pero no era insensible, indiferente.

Aiden indicó la pequeña caja negra que había junto a la gruesa puerta metálica. Robert asintió y pasó junto al hombre, observando que ajustaba su posición de modo que el arma automática apuntaba ahora por encima del hombro.

Cuando Robert se acercó a la puerta, de repente tuvo una sensación de déjà vu.

Estaba de nuevo en el Séptimo Distrito, utilizando la tarjeta para salir y perseguir a la horrible criatura llamada George.

Pero entonces no tenía un fusil de asalto totalmente automático a sus espaldas y veintidós de los peores asesinos de Estados Unidos en el edificio ante él.

El edificio que estaba a punto de abrir.

"Robert, la puerta", oyó decir a Sean desde detrás de él, sacándole de su ensoñación. Extendió la mano y pasó la tarjeta por el lector.

Sonó un pitido y se puso rojo.

"Inténtalo de nuevo", Sean instruyó.

Robert lo hizo, pero el resultado fue el mismo.

"Hijos de puta. Se supone que es una llave maestra y la maldita cosa funcionó antes".

¿Antes? ¿Sean estuvo aquí antes?

"Inténtalo de nuevo, Robert."

Por tercera vez, el lector de tarjetas se quedó en rojo tras pasar la tarjeta.

"¿Señor? ¿Quiere que traiga a Mark aquí? Tengo algo de C4 en el taxi."

Sean le hizo un gesto para que se fuera.

"No, todavía no. Hay otra forma de entrar: la capilla".

Aiden enarcó una ceja llena de cicatrices.

"¿Señor?"

Sean asintió.

"El cha..."

Pero las luces del exterior de la prisión se apagaron de repente, cortando sus palabras.

"Inténtalo ahora, Robert."

Robert vaciló, confuso por lo que acababa de ocurrir. Al mismo tiempo, Aiden encendió la luz de su rifle, bañando la puerta metálica

de luz brillante.

"Ahora, Robert, olvida la tarjeta, ¡intenta con la puerta!"

Robert agarró la manilla de la puerta y tiró de ella. Había esperado que permaneciera cerrada, así que cuando tiró y la puerta se abrió de verdad, tropezó hacia atrás. De no ser por la gran mano de Aiden en su espalda, habría caído al barro.

De algún modo, el hombre también lo rodeó al mismo tiempo y sus dedos se aferraron a la rendija que Robert había abierto entre la puerta y el marco. Tiró de ella y la mantuvo abierta con el pie, mientras escrutaba sistemáticamente el interior de la habitación.

Sí, este era definitivamente el hombre que Robert quería que los protegiera.

"Despejado", dijo Aiden antes de acompañarlos al interior.

Hasta que no estuvieron todos dentro de lo que a Robert le pareció una pequeña celda, no se dio cuenta de que Sean llevaba una pistola en la mano derecha. Era patético comparado con lo que Aiden sostenía delante de ellos, pero una vez más se sintió desnudo.

Como la que tenía en el Séptimo Distrito.

No hay palanca para él.

Sin soplete.

Tampoco Cal.

"Joder", murmuró, y Shelly le lanzó una mirada confusa.

Era un contable, no un puto soldado.

No un cazafantasmas.

En realidad, nada.

Sólo un hombre de familia que echaba de menos a su hija.

Echaba de menos la vida normal.

"Joder", volvió a decir, esta vez un poco más alto.

Sean alargó la mano y agarró la puerta interior. A diferencia de la puerta exterior, ésta no parecía ser electrónica. Afortunadamente, la anticuada cerradura estaba colgando, como si alguien hubiera entrado no hacía mucho y la hubiera dejado abierta por alguna razón desconocida. La puerta se abrió sin resistencia, y Sean hizo un gesto a Aiden para que volviera a pasar al frente.

"Apaguemos a este cabrón de Carson antes de que abra el portal", dijo Sean, con una expresión extraña en la cara. "Vamos a cerrarlo todo, Robert. De una vez por todas".

Parte III - Guardianes de la médula

Capítulo 29

El disparo de la escopeta estalló como una pequeña explosión en la sala de control, cegando y ensordeciendo a los tres ocupantes. Ben sintió que una ráfaga de aire caliente le golpeaba en la cara, seguida de una sensación de escozor en la mejilla izquierda.

Pero no importaba.

Estar ciego y dolorido no le frenó. Viejo o no, se entrenó para esto. Construyó su cuerpo todos los días para este momento exacto. Sólo que nunca pensó que sería para someter a uno de los suyos.

Ben Tristen se abalanzó hacia el lugar de donde había procedido la explosión. A pesar del zumbido de sus oídos, oyó el sonido de Peter gritando, amortiguado, como si gritara bajo el agua, y entonces su hombro chocó con la sección media del hombre delgado. Por segunda vez en cuestión de segundos, sintió aire caliente en la cabeza y la cara, sólo que esta vez era el aire que salía de los pulmones de Peter.

Peter gruñó mientras Ben continuaba con el placaje de hombros, haciéndolos retroceder a ambos. Dos angustiosos pasos después, la espalda de Peter chocó contra algo sólido. Sin embargo, Ben siguió empujando con las piernas, clavando el hombro en el plexo solar del hombre.

Peter intentó bajar los brazos, y tal vez la pistola, sobre la cabeza de Ben, pero su cuerpo estaba doblado y no podía retroceder y poner fuerza en sus golpes.

Cuando las sacudidas disminuyeron y el jadeo alcanzó su punto álgido, Ben relajó ligeramente los cuádriceps. Cuando sintió que Peter aspiraba aire fresco, levantó la cabeza.

Ben era un hombre grande con una cabeza grande y calva, y cuando conectó con la parte inferior de la barbilla de Peter, sus mandíbulas chocaron inmediatamente. Sangre o saliva, o tal vez ambas cosas, salpicaron la parte superior de su cabeza mientras la cara de Peter era lanzada hacia el cielo. Cuando rebotó y sintió que el resto del cuerpo del hombre se aflojaba, Ben supo que Peter estaba inconsciente.

Sólo entonces se permitió respirar. Y entonces, casi de inmediato, empezó a dolerle el cuerpo. Ben se deslizó hacia un lado, volteándose y quedando sentado, al tiempo que bajaba el cuerpo de Peter hacia el suelo.

Con cuidado.

Quizá *demasiado* suavemente.

Permaneció sentado durante un segundo, con los ojos cerrados, los pulmones, las piernas y la parte superior de la cabeza ardiendo.

Y entonces oyó un clic y abrió los ojos, aún respirando con

dificultad.

El sistema de iluminación de emergencia se había encendido. Estaba claro que, independientemente de lo que Peter hubiera hecho con el sistema, Smitts había anulado el bloqueo de la pistola eléctrica en el cable. O tal vez la copia de seguridad siempre habría llegado, con el tiempo.

Joder si lo sabía.

La habitación estaba inundada de un resplandor grisáceo procedente de las luces de emergencia de arriba. También se encendió un monitor, sólo uno, pero fue otra cosa lo que llamó la atención de Ben.

"¡Smitts!", gritó antes de correr hacia su amigo.

A medida que se acercaba, su nariz y su boca fueron asaltadas por el olor y el sabor de la carne chamuscada.

"Oh, Dios", gimió. Cuando estuvo a medio metro del cuerpo, intentó estirar la mano y agarrar a Smitts, pero éste retrocedió instintivamente. "Oh Dios."

Se volvió hacia su amigo, pero no se atrevió a abrazarlo.

La cara de Smitts era un amasijo fundido, como una vela beige de gran tamaño que se hubiera consumido. Las cuencas de sus ojos estaban llenas de lo que parecía gelatina, y su pelo era un amasijo humeante que dejaba ver manchas de piel roja, casi incandescente.

Ben empezó a llorar y a tener arcadas al mismo tiempo.

No pudo evitar ninguna de las dos reacciones viscerales.

"Joder, joder, joder-maldita sea, Smitts."

Hacía poco menos de dos días, el alcaide había sido convocado en su despacho ante las horribles circunstancias del asesinato de su amigo.

Menos de cuarenta y ocho horas después, todo su personal había muerto.

Hasta el último.

Sin dejar de llorar, Ben apartó la mirada del rostro de Smitts y se volvió hacia Peter, que estaba desplomado en un montón, con la espalda apoyada en la mesa y goteando sangre por la barbilla.

"Maldito gilipollas", espetó, obligándose a ponerse en pie. "Maldito imbécil loco".

Sintiendo la tensión en ambos cuádriceps, el alcaide de la prisión de Seaforth apretó los dientes y se dirigió hacia el cuerpo caído de Peter, recogiendo la escopeta al pasar. Comprobó también la recámara; la escopeta era de bombeo y aún le quedaban cinco disparos.

Ben se acercó a Peter; luego, cuando estuvo suspendido sobre él, apretó los dientes y apoyó una pesada bota en el hombro del hombre. Lenta y deliberadamente, bajó el cañón de la escopeta hasta que

estuvo a escasos centímetros de su boca destrozada.

Peter no se movió.

"Debería volarte la cabeza", susurró. Durante una fracción de segundo, su dedo se tensó sobre el gatillo y giró la cara hacia un lado para evitar la peor parte de la carnicería que estaba a punto de producirse.

Pero entonces puso el dedo en la guarda.

No podía. No importaba lo que Peter hubiera hecho, no podía matar al hombre a sangre fría.

La mano que no sujetaba la escopeta se alzó y acarició la cruz que llevaba al cuello.

Padre Callahan.

Todos sus guardias han muerto hoy, así como la mayoría de sus amigos.

Excepto una.

Y él estaba aquí en alguna parte.

Ben no dejaría que el último hombre que le importaba muriera en esta prisión.

Hoy no.

Nunca.

Un destello de luz en su periferia atrajo su mirada, y bajó la escopeta mientras se giraba para mirar el monitor.

Allí, en la pantalla, había cuatro personas que nunca antes había visto de pie en la entrada de la prisión de Seaforth.

Y uno de ellos sostenía un rifle de asalto automático.

La caballería había llegado.

Vas a pagar por esto, Carson. Vas a pagar.

Capítulo 30

Las luces volvieron a encenderse, pero ahora estaban apagadas, impregnando el pasillo de un apagado resplandor gris. Al padre Callahan no le molestaba; al fin y al cabo, sus ojos apenas funcionaban últimamente.

El dolorido sacerdote siguió arrastrando los pies, observando el inquietante silencio de la prisión. Si necesitaba más confirmación, algo además de los sueños y las visiones, de ver a Quinn deambulando por los pasillos y del hecho de que había sido precisamente Carson Ford quien lo había matado, era ésta: ninguna prisión debería ser tan silenciosa, y desde luego no una llena de criminales tan curtidos como Seaforth.

En las cárceles, el silencio sólo se producía en la muerte y antes de una tormenta.

El padre cerró los ojos un momento y apartó los pensamientos de su vida anterior que amenazaban con llenar el vacío silencioso: pensamientos sobre exorcismos fallidos, sobre el tiempo perdido, sobre chicos jóvenes a los que no podía proteger. Se trataba del ahora, y ahora necesitaba concentrarse.

Con los ojos aún cerrados, Callahan utilizó las manos que rozaban las paredes como guía. Y siguió manteniendo la mente vacía, en blanco, esperando a que el poder de la Médula lo envolviera. Su respiración se reguló, sus párpados, aún cerrados, empezaron a aletear, y el muro de hormigón contra las callosas yemas de sus dedos se convirtió en una sensación generalizada.

Él está aquí-Carson está aquí, y ... y hay alguien más.

El padre Callahan abrió los ojos y se sobresaltó al ver a un hombre de pie ante él. Llevaba un uniforme de guardia, el mismo azul marino que había lucido Ben Tristen.

Por una vez, el sacerdote agradeció su escasa visión; el rostro del hombre estaba cubierto de vetas sanguinolentas y algo le pasaba en los ojos, pero no podía distinguir los detalles.

"¿Estás... estás aquí para guiarme?" preguntó Callahan con inseguridad. Era irónico, por supuesto, el ciego guiando al ciego.

El hombre parecía confuso y su rostro se contorsionaba.

"Creo..." Se aclaró la garganta. "Creo que tengo que llevarte a algún sitio."

El padre Callahan asintió y dio un paso adelante, con su viejo corazón bombeando ahora con más fuerza en su pecho. Incluso como guardián del libro, incluso sabiendo lo que sabía, Callahan aún tenía que concentrarse para ver los quiddity; la mayoría de las veces sabía

que estaban allí, pero *verlos* realmente requería un esfuerzo considerable.

La mayor parte del tiempo se contentaba con dejarlos pasar a su lado sin incidentes.

Pero no esta vez.

El guardia muerto giró lentamente sobre sus talones y empezó a caminar, con un paso torcido, sin la fluidez de un movimiento normal. Era como si fuera una marioneta.

Y el padre Callahan sabía exactamente quién era el titiritero en este espectáculo de marionetas de sangre y dolor.

La mano del sacerdote se deslizó bajo su túnica y agarró el mango de la espada que llevaba debajo para mayor comodidad.

Y para asegurarse de que seguía ahí.

"Venga", dijo el guardia por encima del hombro al sacerdote. "Por favor, ven conmigo. Te están esperando. Llevan mucho, *mucho* tiempo esperándote".

El padre Callahan tragó saliva y dio un paso adelante.

Sin su guía, el padre Callahan sabía que era poco probable que hubiera sido capaz de encontrar el camino hasta el bloque de celdas E, aunque hubiera tenido la mente despejada. Aunque no es una prisión especialmente grande -*¿qué dijo Ben? ¿Contiene veintidós prisioneros?* -estaba construida de tal manera que el recorrido hasta el Bloque de Celdas E era poco intuitivo, lo cual era claramente intencionado.

Cuando doblaron la última esquina, el padre Callahan sintió una presión en el pecho y supo que estaban cerca.

Le corría el sudor por la frente.

Estaba nervioso. *Muy nervioso,* y no por primera vez empezó a cuestionarse sus motivaciones.

¿Y si el libro está equivocado? ¿Y si todo esto está mal?

Callahan se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sabía que era natural cuestionarse la fe en momentos de tensión. No era el primero que se sentía así.

De hecho, ni siquiera era la primera vez para él.

Los acontecimientos que ocurrieron hace tantos años le habían cambiado. Y cuando le dieron el libro... eso *lo* cambió *todo*.

Por aquel entonces, su reto había sido tanto físico como mental. Por eso había dado a Robert en adopción: no estaba en condiciones de criar al niño, ni siquiera de cuidar de sí mismo.

Especialmente no después de lo que le pasó a Christine.

Las imágenes del exorcismo chapucero, del pobre yonqui con arcadas, vomitando agua, inundaron su mente, y fue todo lo que pudo hacer para levantar la pierna y seguir avanzando.

El guardia se detuvo de repente frente a él, y Callahan se

sobresaltó.

"Abre la puerta", le ordenó el hombre.

Callahan entornó los ojos con fuerza, inseguro de con quién hablaba el hombre.

"*¿Yo?*", quiso preguntar, pero entonces, tras parpadear rápidamente varias veces, se dio cuenta de que él no era el objetivo previsto.

La escena que tenía ante sí se enfocó de repente. El guardia no hablaba con una persona, sino con *docenas*.

Había tantos hombres, todos vestidos con idénticas camisetas blancas y pantalones grises, que casi parecían formar un muro.

Un silencioso e inmóvil muro de reclusos.

Callahan se estremeció al darse cuenta.

Por eso la prisión está tan tranquila. Todos los presos están aquí, vigilando a Carson.

En el fondo de la mente del sacerdote, esperaba que Ben estuviera escondido en alguna parte, que estuviera bien.

O que había conseguido salir antes de *todo esto*.

Pero a pesar de las advertencias que le había hecho al alcaide, lo dudaba. Ben era tan obstinado como devoto, y Callahan sabía que no abandonaría este lugar. Era como el capitán de su propio barco y, pasara lo que pasara, estaba destinado a hundirse con él.

Los hombres, que seguían con la cabeza gacha, se separaron, permitiéndole el paso hacia la puerta, que alguien había abierto. Ninguno de los hombres saludó al sacerdote.

Una súbita calma invadió al padre Callahan, anulando cualquier temor que hubiera podido *o* debido sentir en su presencia.

Esos hombres no le harían daño, lo sabía; no se atreverían.

Los rostros de los reclusos estaban abatidos y todos le parecían iguales. Claro, eran de diferentes etnias, y tenían diferentes peinados, tatuajes, cicatrices, pero en cierto modo, todos eran iguales.

Eran hombres peligrosos, pero no eran los *más* peligrosos de Seaforth.

Carson era el que mandaba aquí.

Y por razones que no podía comprender, Carson *le* permitía el paso.

El padre Callahan apretó con fuerza el mango de la hoja oculta y dio un paso adelante.

El guardia le abrió la puerta al pasar el padre, y el sacerdote esperó a que le siguiera. Pero el hombre negó con la cabeza.

"No, tengo que quedarme aquí", dijo. "Tiene otro trabajo para mí".

El padre Callahan echó un vistazo al largo pasillo que tenía delante y asintió. Había quizá cuatro o cinco puertas de madera en el lado izquierdo, pero a pesar de no haber estado nunca aquí, estaba seguro de saber en cuál se alojaba Carson.

Podía sentirlo; podía sentirlo como un tirón en sus viejos huesos,

suave burla del fino cabello que se asentaba sobre su arrugado cuero cabelludo.

Un tirón en su quiddity profundo dentro de él.

Su *unidad.*

El sacerdote se volvió para mirar por última vez al guardia cegado justo antes de que se cerrara la puerta.

El padre Callahan tragó saliva y avanzó arrastrando los pies.

Ya no necesitaba a su guía. Estaba solo.

Solo para hacer un trabajo más.

Un trabajo más que hacer. Uno. Más. Trabajo.

Capítulo 31

"**Ya sabes dónde** ir, Aiden-guía el camino."

El hombre agitó la luz de la pistola de un lado a otro y avanzó lentamente por el estrecho pasillo, seguido de cerca por Sean. Robert se quedó atrás, protegiendo a Shelly, que se puso en la retaguardia.

Robert podía oír y sentir su aliento en el cuello, lo que le proporcionaba un extraño consuelo en aquella prisión de silencio sepulcral.

Había muchas cosas que no estaban bien en Seaforth; no necesitaba sueños especiales ni poderes de percepción para saberlo.

Aun así, a medida que se adentraba en la silenciosa prisión, sentía algo... algo en el pecho, una opresión que al principio confundió con fatiga. Pero a medida que avanzaban a paso de tortuga guiados por Aiden y su rifle de asalto, la sensación se hizo más fuerte, y en algún lugar profundo de su subconsciente, supo que era el tirón de la Médula. La grieta, o lo que Carson estuviera haciendo, estaba alterando el aire, volviéndolo más denso, haciendo que el tiempo pasara más despacio. Robert se había dado cuenta de que ya lo había sentido varias veces, en el sótano de la finca Harlop con James y en la cabaña del bosque con George, pero entonces lo había interpretado como... bueno, como algo que no acababa de entender. Pero ahora, imbuido de los nuevos conocimientos que Sean había compartido con él, sabía lo que era.

Cada espíritu que permaneció en este mundo trajo consigo un poco de la Médula.

Y aquí, en *este* lugar, había muchos espíritus.

Y esto no era bueno.

La respiración de Shelly se aceleró de repente y él la miró por encima del hombro. Sus bonitos labios rojos estaban apretados y sus ojos tenían una extraña mirada perdida.

"¿Tú también sientes eso?", susurró.

Sus ojos se aclararon.

"No", respondió ella rápidamente, y Robert supo al instante que mentía. La pregunta era: ¿por qué? ¿Por qué iba a mentir? Pero antes de que pudiera rebatirla, la voz de Aiden le hizo retroceder.

"Alto", ordenó, levantando un puño cerrado. Se encontraban en una bifurcación del pasillo: la izquierda conducía a lo que parecía una puerta exterior, tal vez el patio, mientras que la derecha tenía un cartel que decía "comedor". Robert cayó en la cuenta de que aquí, en este lugar, no sólo iban a tener que estar atentos a los quiddity, sino también a los asesinos en masa. Esperaba que estos últimos estuvieran

escondidos en sus celdas, durmiendo por la noche, pero por lo que había visto en las películas, las prisiones *nunca* eran tan tranquilas.

Uno puede tener esperanzas, pero también puede engañarse a sí mismo. En la experiencia de Robert, eran una misma cosa, y ambas eran recetas para el desastre.

"¿Qué pasa?", susurró, pero Sean le hizo callar.

Aiden mantuvo la luz de su arma apuntando a la puerta del comedor. Durante casi un minuto, los cuatro permanecieron en el pasillo esperando. Y entonces, justo cuando Robert estaba a punto de perder los nervios, la puerta se abrió lentamente.

Robert sintió que se le helaba la sangre.

Un hombre, con la cara entre las manos y la postura encorvada, atravesó la puerta como si estuviera dando un paseo dominical.

Como si todo estuviera bien en el mundo.

"¿Qué dem...?"

Pero Sean le hizo callar de nuevo. El hombre del uniforme no pareció reparar en ellos mientras continuaba hacia ellos.

El corazón de Robert se aceleraba ahora, y esperó con los dientes apretados, tratando de adivinar lo que iba a suceder a continuación. Si debía actuar, hacer *algo*.

¿Es un prisionero que robó la ropa del guardia? ¿Aiden va a abrir fuego?

Podía sentir a Shelly apretarse contra él por detrás, y juntos los latidos de sus corazones hacían que sus cuerpos se balancearan.

Esto es tan jodido, esto es tan jodido, esto es tan jodido... ¿por qué no hace nada?

Y entonces el hombre se echó a reír, y Robert estuvo a punto de perder el control. Era un sonido horrible y monótono que le rechinaba en el alma.

"Alto", ordenó Aiden, agitando su arma de un lado a otro.

Las luces de emergencia se encendieron de repente y el hombre volvió la cara hacia el cielo. Fue entonces cuando Robert se dio cuenta de que las manos del hombre estaban cubiertas de sangre. Y cuando apartó las manos de la cara, se dio cuenta de que no se trataba de ningún recluso, sino del guardia que había sido asesinado.

Se le escapó un grito ahogado.

Las cuencas de los ojos del hombre estaban huecas, vacías. Los brazos de Shelly le apretaron la cintura con tanta fuerza que le costó respirar hondo.

"¡Alto!" Aiden instruyó de nuevo. A diferencia de Robert y Shelly, parecía no inmutarse por el horrible aspecto del hombre.

El hombre parecía no inmutarse ante Aiden y su pistola; seguía caminando hacia ellos.

Un sonido a su derecha, una fuerte exhalación, atrajo de pronto la

mirada de Robert.

"¡Sean!", gritó, pero su advertencia llegó demasiado tarde.

Incrustada en la dura pared de hormigón había una pequeña puerta por la que habían pasado hacía sólo unos segundos y que, en aquel momento, había estado firmemente cerrada. Ahora, sin embargo, se abrió de golpe y un hombre se abalanzó desde el interior, su cuerpo como una lanza apuntando directamente al costado de Sean.

Sean giró, al igual que Aiden, pero ambos fueron demasiado lentos. El hombre, que llevaba la cabeza afeitada y cubierta de tatuajes azules, golpeó a Sean en el costado y lo lanzó volando por el pasillo. Gruñó cuando su espalda se estrelló contra la pared, y la pistola se le cayó de la mano y cayó al suelo. Robert empujó a Shelly hacia atrás y juntos se alejaron del preso enloquecido.

"¡Sean!" gritó alguien.

Sean consiguió zafarse de algún modo del agarre del hombre y luego, respirando agitadamente y con el brazo derecho colgando inútilmente a su lado, intentó alejarse en círculos.

Pero el hombre de los tatuajes era como un animal enjaulado, sus ojos brillaban incluso en la terrible iluminación, un gruñido grabado en su duro rostro. Se abalanzó sobre Sean una vez más y, a pesar de recibir un sólido uppercut en la mandíbula, el rubio cayó de nuevo al suelo.

"¡Aiden!" Sean gritó. Pero Aiden ya estaba sobre ellos, alejando aún más a Robert y Shelly de la trifulca.

Aiden no dudó. Clavó la puntera de su bota en las costillas del hombre, provocando un crujido audible por todo el pasillo. El hombre se balanceó hacia un lado, lo que ofreció la separación suficiente entre los dos hombres para que Aiden disparara con seguridad.

El pasillo estalló en una tormenta. El sonido de los disparos -un resonante *trrtt-trrtt-trrtt- sacudió* las muelas de Robert, mientras el brillante destello de la boca del cañón hacía que las luciérnagas se dispersaran por su vista.

La calva del hombre ya no era azul con tatuajes. De hecho, Robert no podía verle la cabeza en absoluto; había estallado en un rocío de rojo y blanco y gris, empapando a Sean, que seguía parcialmente debajo de él.

"Oh Dios", gimió Shelly.

Robert sintió que iba a vomitar y se apartó del cadáver del preso.

A pesar del zumbido en los oídos, empezó a captar lentamente otro sonido.

El sonido de la risa.

¡El guardia!

Robert se dio la vuelta justo a tiempo para ver al guardia sin ojos acercarse a Shelly, con los dedos a escasos centímetros de su hombro.

A diferencia de Robert, Shelly no podía apartar la vista del hombre muerto en el suelo y contemplaba horrorizada cómo la sangre seguía brotando del muñón de su cuello.

Se habían olvidado por completo del hombre sin ojos.

"¡No!" Robert gritó mientras intentaba apartar a Shelly. Pero el guardia siguió intentando alcanzarla.

Robert sintió que la opresión de su pecho crecía hasta un nivel casi insoportable, como si el golpe que Sean había asestado a la mandíbula del recluso hubiera conectado con su plexo solar.

"¡Alto!", gritó tan fuerte como pudo, levantando una mano.

Y entonces ocurrió algo extraño.

La risa cesó, el rostro ensangrentado del hombre se aflojó y se quedó inmóvil al instante.

Capítulo 32

"Levántate", ordenó Ben. "Levántate de una puta vez."

Peter escupió al suelo una mezcla de dientes y sangre.

La mayor parte acabó en la parte delantera de su uniforme de guardia.

"Arriba. Ahora."

Para recalcarlo, le dio una patada suave en la pierna. Esto le animó a actuar, y Peter se puso en pie, lo que resultaba incómodo dado que Ben le había atado las manos a la espalda con unas bridas que había encontrado en el escritorio.

"No sabes lo que estás haciendo", dijo Peter, arrastrando las palabras de su boca destrozada. "Esto es más grande que tú."

Ben le empujó hacia delante y se colocó detrás de él.

"Cierra la puta boca", ordenó. Por si fuera poco, le clavó la punta de la escopeta en la columna. Luego se ajustó la otra escopeta en el pecho y se aseguró de que la pistola eléctrica y la pistola estaban en su cadera. "Ahora, muévete".

Peter dio dos pasos hacia delante y luego se deslizó hacia su derecha para evitar el cuerpo quemado de Smitts. El propio Ben apartó la mirada, tratando desesperadamente de mantener la concentración y evitar sentir más el persistente sentimiento de culpa.

Antes de atar a Peter, había obligado al hombre a cambiar las imágenes de los monitores. Finalmente, encontraron al Padre Callahan.

El sacerdote estaba en la puerta del bloque de celdas E, y Ben observó con asombro cómo primero se separaban los reclusos y luego la puerta parecía abrirse sola.

Y hacia allí se dirigía Ben ahora.

Tenía que salvar a su amigo.

Al cambiar de nuevo los monitores, Peter había localizado a los demás hombres -incluido el que era claramente militar, seguido de lo que parecía admin y dos civiles- mientras se dirigían al pasillo principal, pero luego los había perdido.

"Muévete, Peter. Tú vas delante".

El jefe de informática de Seaforth dio varios pasos más hacia delante, pero luego se detuvo bruscamente.

"Me matarán, lo sabes. Te matarán a ti también. No les importa..."

En algún lugar muy por debajo de ellos, estalló un sonido, un zumbido profundo y resonante. Sólo que no era un zumbido.

Ben conocía ese sonido, y lo conocía bien.

Era el rifle automático del hombre de negro.

La expresión del alcaide se endureció de repente.
"Muévete, Peter. ¡Muévete *ahora!*"

Capítulo 33

Robert no estaba seguro de lo que había ocurrido. En un momento estaba seguro de que el quiddity iba a agarrar a Shelly y llevársela a la Médula, y al siguiente parecía bloqueado en su sitio, incapaz de moverse.

"¿Robert?" preguntó Shelly en voz baja. Se acercó a él, despacio, con cuidado, temerosa de que cualquier movimiento repentino rompiera el hechizo que había caído sobre el guardia muerto. "¿Qué está pasando? ¿Qué le has hecho?"

Robert no contestó, en parte porque el dolor de su pecho había alcanzado proporciones inmensas, y en parte porque no tenía ni puta idea de lo que estaba pasando.

"¿Quién eres?" preguntó Robert. En su periferia, vio a Sean y Aiden flanqueándole, con las armas en alto. Incluso Sean, que debía de saber que su pistola no serviría de nada contra los muertos, apuntó el cañón directamente a la cabeza del guardia.

"Mi... mi nombre es Quinn", dijo el hombre.

"¿Fuiste guardia aquí?" Sean preguntó por encima del hombro de Robert.

El hombre asintió.

"Trabajé aquí durante diecisiete años. Trabajé aquí hasta... hasta... ¿hace unos días?"

El final de la frase del hombre hizo que sonara más como una pregunta que como una afirmación.

"¿Y qué pasó hace unos días?" insistió Sean. Robert, con el pecho tan oprimido que le costaba respirar, se preguntó adónde iría a parar aquel interrogatorio... y qué sentido tenía.

Fuera cual fuera su intención, Robert esperaba que Sean se pusiera a ello rápidamente, porque tenía la sensación de que en cuanto el dolor de su pecho fuera demasiado intenso y bajara la mano, Quinn volvería a ponerse en movimiento. Y entonces no se sabía qué pasaría.

"No lo sé", balbuceó.

"¿Por qué viniste hacia nosotros? ¿Por qué os reíais?"

"Yo no..."

Algo cambió en el rostro del hombre, como si de repente recordara.

"El hombre de negro", susurró, y Robert sintió que el pecho se le volvía a apretar.

Leland Black.

"Me dijo que... me dijo que..."

"Ya basta", le ordenó Sean.

"Me dijo que si no lo hacía, que si dejaba que interfirieran,

entonces él traería a la chica".

"¡Basta!"

"Espera, ¿qué chica?" Robert intervino.

"Robert, tenemos que irnos."

Quinn sacudió violentamente la cabeza de un lado a otro.

"Dijo que si traía al sacerdote..."

"¿El cura?" Esta vez fue Shelly quien interrumpió.

A Robert le crujió el pecho de repente y soltó un gruñido. No podía aguantar a este hombre mucho más tiempo.

"Leland dijo que necesitaba al sacerdote para abrir la puerta. La grieta... realmente no sé..."

Robert negó con la cabeza y formuló su pregunta apretando los dientes.

"¿Qué chica?"

"Robert..."

"¿Qué puta chica?", exigió con las últimas fuerzas que le quedaban.

Un extraño silencio se apoderó de ellos.

Finalmente, el hombre respondió, y Robert, extrañamente seguro de que ya no les atacaría, bajó la mano.

Sea cual sea el control que Leland tenía sobre este hombre, Robert lo había roto.

"Amy. Dijo que vendría una chica llamada Amy, y que traería a los demonios con ella".

Robert se dobló por la cintura y luego se irguió, aspirando una gran bocanada de aire. La garganta y los pulmones le ardían como si respirara vapores cáusticos.

"Amy", jadeó. Sintió que Shelly le agarraba de los hombros, pero él se encogió de hombros.

Quinn, ahora capaz de moverse, dio un paso atrás.

"Sean", jadeó, "¿de qué demonios está hablando?".

"Tenemos que irnos, Robert, tenemos que detener al Padre Callahan".

Sean intentó empujarlo, pero Robert le tendió el brazo. El hombre, aún temeroso de su contacto, se detuvo justo antes de tocarlo.

"Dime de qué está hablando. ¿Cómo sabe lo de Amy?"

Sean suspiró y bajó el arma.

"Hay más de la profecía en el libro, en *Inter vivos et mortuos*".

Los ojos de Robert se entrecerraron y respiró de nuevo, la presión en su pecho se alivió un poco más.

"Sean, será mejor que me digas de qué coño está hablando este hombre", amenazó Robert.

Sean le clavó los ojos. Robert se mantuvo firme y el hombre acabó apartando la mirada.

"La profecía no es sólo sobre Leland, Robert. También habla de una

joven, nacida de Guardianes de gran poder, que mantiene abierta la grieta en la Médula. *Ella* es la que trae el mal de vuelta a la tierra".

Robert no pudo hacer otra cosa que mirar boquiabierto a Sean. Su cara y la parte superior de su cuerpo estaban completamente cubiertas de sangre y vísceras del recluso que había volado por los aires, pero apenas se dio cuenta.

"*¿Qué*?"

Sean no dijo nada. Por segunda vez, Shelly intentó agarrar a Robert, pero él volvió a sacudírsela de encima.

"Te dije todo lo que sé".

Robert apretó los dientes y sintió que su ira empezaba a desbordarse.

"¡Hijo de puta! ¡Nunca me dijiste nada de esto! ¡Amy! *¿Amy?*"

Sean levantó los ojos.

"No tenía que decirte nada", le gritó el hombre.

A Robert no le gustaba la violencia, pero estuvo a punto de golpear al hombre.

"¿No se *suponía*? ¿Qué coño se supone que significa eso?"

Se acercó a la cara de Sean.

"¿Qué coño...?"

Shelly le agarró del brazo y esta vez él la apartó de un empujón con rabia. Ella se tambaleó hacia atrás y se golpeó contra la pared del fondo.

Robert la ignoró, ya estaba demasiado lejos.

"Estaba en el libro", dijo Sean simplemente.

"¡Este puto libro! *¡Dame* el puto libro!"

"No lo tengo".

Aiden, que había permanecido en silencio todo el tiempo, con el arma apuntando a la puerta del comedor, escupió un fajo de inmersión al suelo.

"Alguien se está moviendo", dijo.

Nadie se dio por aludido.

"¿Quién tiene este maldito libro, entonces?"

"Padre Callahan".

Los ojos de Robert se entrecerraron.

"¿El puto cura? ¿El cura que está por aquí?"

Sean asintió.

"Entonces tendremos que ir a buscarlo".

Sean abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

"¿Qué? Dilo, Sean. Sólo dilo, joder".

"Robert, tu hija..."

Robert se puso colorado y golpeó con el puño. Sus nudillos chocaron con el costado de la cara de Sean con un sonoro crujido. El dolor le subió por la mano e inmediatamente sacudió el puño hacia su

costado.

Sean se tambaleó hacia atrás y luego se enderezó.

No se frotó la mandíbula.

"No vuelvas a hablar de ella, ¿me oyes? Sean, ¿tú...?"

Pero otra voz, una voz masculina familiar, habló de repente detrás de él, y se quedó inmóvil.

¿"Robert"? Estás brillando, Robert. Estás *resplandeciente*".

Robert giró sobre sus talones y casi cayó al suelo.

No podía creer lo que veían sus ojos.

Detrás de Shelly había un chico con los ojos húmedos, casi ocultos tras unas gafas circulares, y una cámara en las manos.

Junto al chico estaba el mejor amigo de Robert en el mundo.

Y Cal tenía peor aspecto del que nunca le había visto.

Capítulo 34

El pasillo era oscuro y húmedo y apestaba a salmuera. El paso del padre Callahan se ralentizó al acercarse a la última puerta de la habitación, dándose cuenta de que estaba a punto de encontrarse con el hombre -sólo un niño entonces- al que había abandonado hacía más de dos décadas.

E iba a matarlo porque tenía que hacerlo.

Estaba nervioso, no por su propia vida, sino por fracasar.

El padre Callahan puso una mano en la puerta de la celda y respiró hondo. Luego cerró los ojos. Aunque desde entonces se había alejado de su Dios, cayó en los viejos hábitos y empezó a rezar, aunque no hubiera dioses de la Médula que le oyeran.

Padre nuestro, que eres...

"Entra, Callahan, la puerta está abierta."

Los ojos cataratosos del sacerdote se abrieron de golpe.

Era el momento. Y estaba preparado.

El padre Callahan empujó la dura puerta de madera y empezó a abrirse lentamente. Luego entró.

La habitación era como la había visto en el monitor con Ben hacía ya una década: pequeña, cuadrada y anodina. Aunque en el vídeo había una cama y un retrete en la habitación, ya no estaban, probablemente los habían retirado los reclusos que custodiaban el Bloque de Celdas E.

Incluso la ropa del hombre, que antes estaba hecha un ovillo en un rincón de la habitación, había desaparecido.

Carson Ford estaba sentado de espaldas al padre Callahan, con las piernas cruzadas delante de él y las manos apoyadas suavemente en los muslos. El hombre era de estatura modesta, con un cuerpo delgado acentuado por las vértebras que sobresalían de su piel. Estaba cubierto de moratones, que Callahan supuso que eran de los guardias, una pequeña venganza por lo que le había ocurrido a su amigo y colega.

También se oía un extraño zumbido en el aire, y la opresión en el pecho que había sentido en el pasillo empezó a intensificarse.

"Carson", dijo en voz baja, pero sus palabras no provocaron ninguna reacción en el hombre. El padre Callahan resistió el impulso de meter la mano por la túnica y coger el cuchillo que llevaba dentro.

Sería fácil sacarla y trazar una línea en la garganta del hombre sentado de espaldas a él.

Demasiado fácil.

Lo que significaba que Carson tenía algo bajo la manga. Una carta que jugar.

Un comodín.

El diablo confundirá, confundirá con sus trucos.

"Carson", volvió a decir, esperando que esta vez el hombre se volviera.

No lo hizo.

La espalda del hombre se dilató al respirar hondo, y todo su cuerpo se estremeció como si fuera un atleta tratando de soltarse antes de una prueba.

"Padre Callahan, lo he estado esperando."

Esta vez, el padre Callahan no pudo resistir el impulso de deslizar la mano dentro de la túnica y agarrar el mango del cuchillo.

"Pero antes de empezar, tengo algunas preguntas para ti. ¿Te parece bien?"

La cortesía de Carson desconcertó al padre Callahan. El hombre que tenía delante no parecía un asesino psicópata.

Los trucos del diablo.

"¿Padre?"

"¿Sí?"

"¿Puedo hacerle unas preguntas?"

El padre Callahan apretó el puño y avanzó unos pasos. Ahora estaba a sólo un metro de la espalda del hombre, tan cerca que podía oler su sudor.

"Sí", respondió en voz baja.

"Gracias, Padre."

Carson se aclaró la garganta.

"¿Te acuerdas de aquel día? ¿Aquel día del verano en que nos conocimos?".

A pesar de tratar de ignorar las palabras del hombre, de permanecer concentrado, una imagen de Sean Sommers en la puerta de su iglesia, todos aquellos años atrás, destelló sin embargo en su mente.

"Sí, sí, lo recuerdo", admitió.

"¿Crees que si me hubieras llevado a mí en vez de a Robert, las cosas serían diferentes?"

Otra imagen, esta vez de los dos niños, uno en cada mano de Sean. Niños gemelos.

El padre Callahan no respondió a la pregunta, porque no lo sabía.

¿Cómo podría?

Carson se rió.

"¿Y qué pasa con los dos, entonces? ¿Y si nos hubieras acogido a los dos, si me hubieras encontrado un buen hogar a mí y a mi hermano? ¿Alguna vez pensaste en eso?"

Callahan tragó saliva. Desde que oyó hablar por primera vez de Carson Ford y se dio cuenta de quién era en realidad, por su cabeza

habían pasado estos mismos pensamientos. Y la culpa le había carcomido durante años.

Hasta el día de hoy, le seguía molestando.

Podría haberse quedado con los dos, si hubiera sabido entonces quiénes eran. Si hubiera sabido más, si Sean le hubiera contado más, si le hubiera ayudado a traducir el libro, se habría quedado con los dos.

En cambio, sólo se había llevado a Robert. Y le había fallado incluso a este niño, enviándolo con padres adoptivos para que Leland no pudiera encontrarlo de nuevo.

Y entonces había encontrado a Leland; a él y a los otros Guardianes.

El padre Callahan se negó a pensar en lo que pasó después.

"Oh, por favor, padre, no se sienta obligado a responder. Considérelas", volvió a reír, "simples elucubraciones de un loco. Después de todo, casi todo el mundo lo ha hecho. Incluso tu amigo Ben, piensa que estoy loco. Se niega a escuchar".

El padre Callahan estaba a punto de dar otro paso adelante, pero vaciló al oír el nombre de su amigo.

"Pero tú, padre. Tú eres diferente. *Sabes* cosas, las has visto. Las has sentido. Probablemente las sientes ahora... ¿una opresión en el pecho, quizás? ¿O la ralentización del tiempo?"

Callahan intentó no prestar atención a lo que decía el hombre, pero se vio incapaz de resistirse.

Carson volvió a reír.

"Está bien, padre. Como le he dicho, no tiene por qué contestar. Pero quiero contarte una historia... ¿te parece bien?"

"Sí", graznó Callahan. De pronto sintió la garganta increíblemente seca, por más que tragó saliva.

Desde atrás, pudo ver cómo Carson asentía levemente.

"Sabes, al principio, maté por venganza, por revancha. Eso es todo, no tenía ningún significado más profundo. Apuñalé a mi padrastro en el pecho después de que me apagara un cigarro en el brazo. Luego degollé a mi madrastra".

Carson se encogió de hombros.

"Fue entonces cuando supe que me gustaba. Supongo que en el fondo era una cuestión de control: al no poder controlar nada en mi vida, ejercía mi control sobre los demás de la forma más fundamental. Quitándoles la vida. Buddy y yo solíamos hacerlo, lo hacíamos *mucho*. Pero no fue hasta mi octavo o noveno asesinato que realmente los vi morir. *Realmente* los vi. Y fue entonces cuando vi algo en sus caras, algo que sabía que no debería haber estado allí. Una especie de liberación".

Callahan se acercó.

"Y esto me hizo pensar... pensar en la realización, en la autoconciencia. Pasé bastante tiempo contemplando el hecho de que los humanos *sabemos* que estamos vivos, que *sabemos* que somos conscientes, autoconscientes. Esto es algo realmente jodido, si lo piensas un poco. ¿No está de acuerdo, padre?"

Callahan hizo una pausa, esperando que la pregunta fuera retórica.

No lo era.

"¿Padre? *Es jodido*, ¿no estás de acuerdo?"

"Es... único".

Carson se rió.

"Ciertamente, es una forma de decirlo. Somos los únicos seres conscientes de nosotros mismos, eso es cierto. Pero también es *jodido.* Quiero decir, cuando estaba creciendo, tratando de vivir de las sobras de los basureros, tratando de mantenerme alejado de la drogadicta con la que me dejó el capullo de Sean y de su chulo abusivo, *sabía* que estaba jodido. Que me dolía. Que yo..." Por primera vez desde que el padre Callahan había entrado en la habitación, Carson movió una de sus manos. Se llevó el dedo índice derecho al pecho. "Me dolía. Sabía que me estaba llevando la peor parte, ¿sabes? Pero la pregunta que siempre me hice, aunque entonces no podía articularla, era *por qué* lo sabía. Y fue entonces cuando empecé a aprender sobre la Médula. Fue entonces cuando mi verdadero padre, cuando Leland, empezó a hablarme".

Al oír el nombre de la Cabra, el padre Callahan respiró hondo.

"Exacto. Un bastardo aterrador, ¿no? Pero también me habló de usted, Padre. Por eso sabía que eventualmente vendrías. Cuando la barrera entre la Médula y este mundo empezó a debilitarse, supe que vendrías".

Entonces Carson se echó a reír, y el padre Callahan supo que no podía esperar más. Sacó el cuchillo de debajo de la túnica y avanzó tan rápido como le permitía su viejo cuerpo. Con el movimiento más fluido que pudo reunir, alargó la mano hacia delante, la puso en la frente de Carson y tiró hacia atrás, al tiempo que presionaba la punta de la hoja contra la garganta desnuda del hombre.

Fue la falta de reacción de Carson lo que hizo dudar al padre Callahan. Debería haberle clavado la hoja en el cuello y acabar de una vez.

Pero Carson se limitó a sonreír, como si siempre hubiera sabido lo que iba a pasar.

Y tal vez lo *había* sabido.

"Hazlo", siseó el hombre. "Mátame, padre. No temo a la muerte; sé qué elección tomaré en las orillas de la Médula. La pregunta es, ¿lo hace usted, Padre? Padre Callahan, ¿está listo para erradicarse a sí mismo? ¿O se unirá a nosotros en las llamas?"

Capítulo 35

Ben comprobó tres veces las escopetas y la pistola antes de salir de la habitación. Su sistema estaba inundado de adrenalina, de una forma que le resultaba extraña. Claro, como alcaide de la prisión de Seaforth, siempre estaba al límite, preparado para cualquier cosa por parte de los reclusos, pero esto era diferente. Ben solía estar a la defensiva, preparado para reaccionar más que para actuar.

Pero hoy era diferente.

Hoy estaba a la ofensiva.

"Hazte a un lado", le ordenó a Pedro. El hombre hizo lo que se le ordenaba, con la cabeza inclinada. Ben se adelantó y pasó la tarjeta por la puerta.

Funcionó, lo cual fue una grata sorpresa. Evidentemente, cuando Smitts había fundido la placa de circuitos con la pistola eléctrica y la energía de emergencia había vuelto a funcionar, se había restablecido el jodido virus con el que Peter había infectado el sistema.

Tiró de la puerta y la mantuvo abierta con el pie.

"Muévete".

Peter se puso delante de él, atravesando la sangre de las escaleras donde habían apuñalado a Smitts.

Maldito Smitts... maldito Quinn... maldito Callahan.

Ben volvió a luchar contra las lágrimas.

Como veterano de dos guerras, Ben Tristen no era ajeno a ver caer a amigos y camaradas. Pero hoy era diferente. En aquel entonces había sido un maldito gruñón, obedeciendo órdenes como todos lo hacían, sin importar lo absurdas que fueran. Pero hoy, *aquí* en Seaforth, él estaba al mando. Y los que murieron hoy lo hicieron bajo su vigilancia, bajo su mando.

"Joder", murmuró.

Parpadeando rápidamente para despejar la vista, volvió a empujar la boca de la escopeta contra la espalda de Peter, obligándole a avanzar.

Cuando llegaron al pie de la escalera, medio esperaba que Carson asomara la cabeza como había hecho cuando apuñalaron a Smitts, y su dedo se tensó en el gatillo de la escopeta.

Pero no había nadie.

Medio creía que se lo había inventado, igual que se había inventado que había visto a Quinn después de morir. Pero la otra mitad de él...

Smitts *dijo que lo vio*... Smitts*, de todas las personas.*

Y luego estaba lo que Peter y el padre Callahan habían dicho. Toda

esa mierda sobre Carson y alguna jodida vida después de la muerte.

Ben sacudió la cabeza y abrió la puerta del fondo de la escalera. Para mayor seguridad, empujó a Peter primero, agachándose detrás de él, con la escopeta armada y preparada.

Nada.

No más disparos, lo que le había sacado de la sala de control en primer lugar.

Aun así, mientras avanzaban por el pasillo hacia el bloque de celdas E, el alcaide Ben Tristen mantenía la escopeta preparada.

Después de todo, hubo más de dos docenas de asesinos en masa en Seaforth.

Y sólo un sacerdote, armado únicamente con su ingenio y un extraño y ardiente deseo de hablar con el peor de todos ellos.

Capítulo 36

"**¿Cal? ¿Qué** *coño* estás haciendo aquí?"

Robert parpadeó dos veces, convencido de que lo que veía era un extraño espejismo. Aún le palpitaba la mano donde había golpeado a Sean, y por un momento pensó que tal vez el hombre le había devuelto el golpe... y lo había dejado inconsciente, convirtiendo todo esto en un jodido sueño. Pero entonces Cal respondió, y supo que su amigo estaba aquí, en carne y hueso.

"Yo... Sean me trajo aquí con Allan."

Robert no podía creer lo que oía.

"¿Qué?"

Sean dio un paso adelante y Robert estuvo tentado de darle otro puñetazo.

¿Cómo coño pudo traer a Cal aquí? ¿Y Allan? ¿El maldito chico de la cámara?

Y entonces recordó lo que Sean había dicho cuando llegaron a las puertas exteriores de Seaforth.

Qué raro, la tarjeta funcionaba antes...

"Hace mucho tiempo, te dije que habías sido *seleccionado*. Pero sería un tonto si pusiera todos mis huevos en una sola canasta. ¿No lo ves, Robert? ¿Por qué coño no lo ves?". Sean agitó los brazos por el pasillo. "Esto es más grande que tú, más grande que yo, más grande que todos nosotros".

Robert fulminó al hombre con la mirada.

"Sí, ¿pero Cal? ¿Dónde coño has estado? ¿En qué *coño* estabas pensando?"

"¿Qué se supone que significa eso?"

Robert se dio la vuelta y dirigió una mirada gélida a su amigo.

"Lo que quiero decir es que no deberías estar aquí, Cal. Y no deberías haber traído al niño".

Allan apartó un ojo con gafas de detrás del objetivo de la cámara, que Robert se dio cuenta de que seguía apuntándole directamente.

Estás radiante, Robert.

"Tengo dieciocho años", les informó Allan, pero el comentario fue ignorado.

"Robbo, Sean me pidió ayuda. ¿Qué iba a hacer yo? Además" - enganchó una barbilla a Shelly- "vosotros dos estabais demasiado ocupados follando como para preocuparos por nada de esto".

"*¿Qué?*"

Robert dio un paso adelante, apretando los puños. Cal no se echó atrás.

"Viene alguien", repitió Aiden, pero al igual que Allan, tampoco nadie le prestó atención.

Cal sacó las tripas.

"Ya me has oído".

"¿Crees que esto es un puto juego, Cal? ¿Es eso? ¿Estás cabreado porque Shelly me eligió a mí en vez de a ti? Entonces, ¿esto es... algún tipo de venganza?"

Cal levantó los brazos.

"No todo se trata de ti, capullo narcisista. Se trata de la puta médula, Robbo. ¿No lo ves? Estás aquí, cabreado con Sean, con este puto muerto, empujando a Shelly contra la pared. Crees que todo se trata de ti. Lo siento, hermano. No lo es."

Robert se mordió el interior de la mejilla con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre.

"*Se trata de mí*", espetó. "Se trata de mí porque es *mi* hija. Se trata de mí porque..." Se subió la pernera del vaquero, mostrando las tres cicatrices en forma de garra. "-Porque Leland me tocó. Y por último, pero no por ello menos importante, se trata de mí porque Leland es mi padre. Por eso, mi buen amigo *Cal, es por* lo que se trata de mí ahora mismo".

Cal se quedó estupefacto y se hizo el silencio en la habitación. Robert respiraba agitadamente, intentando recuperar el control. Todo había sucedido tan deprisa, desde la información que Sean le había dado en el helicóptero hasta que el guardia muerto habló de Amy, que sintió que se descontrolaba.

De repente se oyó un fuerte estruendo detrás de él y se giró a tiempo para ver la puerta del comedor abrirse de par en par y una figura sombría que corría hacia ellos.

Allan pasó la cámara de Robert a la figura, y el visor permaneció a oscuras.

"¡Está vivo!" Allan gritó.

Lo cual era cierto, pero sólo por un momento.

Aiden se acercó, dobló una rodilla y abrió fuego.

El pecho del hombre estalló en una salpicadura de sangre, su impulso envió sus extremidades hacia delante mientras su núcleo era empujado hacia atrás.

Alguien gritó, por lo que Robert sabía, era él.

El gore era demasiado, y tuvo arcadas.

Todo era demasiado.

"Hay más en camino", dijo Aiden con naturalidad. Escupió un poco de zumo de tabaco al suelo. "Tenemos que movernos".

Pero los pies de Robert parecían arraigados en el cemento. No podía moverse. Tenía el brazo de alguien apoyado en la espalda, pero estaba demasiado cansado y confuso para sacudírselo de encima esta

vez. Sólo esperaba que fuera Shelly y no Cal.

"Muévete", repitió Aiden.

Y entonces Robert lo sintió. La presión en el pecho de nuevo, como la que había sentido cuando había ordenado al guardia muerto que se quedara. También sintió que el tiempo se ralentizaba.

Definitivamente algo estaba pasando aquí en Seaforth. Y si su dificultad para respirar era una indicación, estaba sucediendo pronto.

"Tenemos que darnos prisa", consiguió graznar, enderezándose. "Tenemos que encontrar a Carson rápido".

Sean asintió y se volvió hacia el guardia muerto.

"¿Sabes dónde está?"

El hombre asintió.

"Todavía en su celda."

"Bien; llévanos allí. Aiden, tú primero". Se volvió hacia Allan a continuación. "¿Esa cámara capta la quididad? ¿Es eso lo que dijiste?"

Allan asintió, con los ojos enormes y saltones tras las gafas. Tenía vómito en la barbilla y más vómito pegado a la camiseta.

"Sí, cuando hay quiddity en pantalla, brillan a-"

"Tú sigue a Aiden, haznos saber si los bogies son humanos o están muertos". Se volvió hacia Robert. "Y tú, si están muertos, haz lo que coño le acabas de hacer a Quinn. Los demás, poneos detrás de nosotros. Quedaos cerca, no os separéis. Yo iré por detrás".

Aiden volvió a escupir.

"¿Fuego a discreción?"

Sean asintió, sacando su pistola.

"Fuego a discreción", confirmó.

Se reagruparon rápidamente y Aiden cruzó el umbral del comedor.

Capítulo 37

Las manos del padre Callahan temblaban y el sudor de sus palmas amenazaba con hacer que la hoja se le escapara de las manos.

La presión en su pecho era inmensa, casi le aplastaba los huesos.

Carson se rió.

"¿Nervioso? ¿Por qué estás nervioso? Ni siquiera está aquí todavía".

¿Ella?

Al principio, pensó que Carson se refería a la chica de la profecía, la que mantendría abierta la grieta para que salieran los demonios. Pero la siguiente frase de la boca del asesino desterró la idea.

"Christine, ¿por qué no das un paso adelante?"

La mano del padre Callahan se apartó de la frente de Carson y el hombre bajó la mirada.

"No... no... no puede ser..."

Cuando la forma de la mujer empezó a materializarse en la esquina de la habitación, por lo demás vacía, el padre Callahan soltó a Carson y retrocedió dando tumbos.

La mujer era delgada y tenía el pelo negro. Su piel era pálida, sus ojos lechosos y tenía llagas rojas en el interior de los brazos: marcas de pisadas.

"No puede ser", volvió a tartamudear.

"Oh, puede ser, padre, *lo es*."

La mujer dio un paso adelante, luego otro. El padre Callahan, con los ojos desorbitados, la siguió paso a paso hasta que su espalda chocó contra la puerta de madera de la celda. Y cuando lo hizo, la espada se le cayó de la mano y cayó al suelo. Cualquier idea altruista de sacrificarse, de hacer lo que fuera necesario para impedir que Carson abriera la grieta, se desvaneció.

"Saluda, Christine", le indicó Carson mientras se ponía en pie y se giraba por fin para mirar al sacerdote.

Christine abrió su boca putrefacta para decir algo, pero lo único que salió fue un fuerte eructo. Mientras el padre Callahan observaba y escuchaba horrorizado, el sonido se transformó en algo húmedo y burbujeante. Y entonces el agua brotó de su boca, empapando la parte delantera de su sucia camiseta.

"¡No!" El Padre Callahan gritó.

"Ah, sí. Verás, incluso la gente como tú tiene demonios, cosas en su pasado de las que se arrepienten, ¿no? Recuerdas a Christine, ¿no? Quiero decir, pensaste que estaba poseída, ¿estoy en lo cierto?" Carson se rió y Christine, con la boca todavía escupiendo un géiser de agua maloliente, siguió avanzando tambaleándose.

El padre Callahan se dio la vuelta y tanteó la puerta, tratando desesperadamente de abrirla.

"Sí, la recuerdas. Claro que la recuerdas. Intentó exorcizar su demonio... ¿cómo? ¿Asfixiándola? ¿No fue eso?" Se rió. "Bastardo sádico. No estaba poseída... era adicta a las drogas, Callahan. Pero supongo que eso ya lo sabes. ¿No es así?"

A pesar de sus esfuerzos, el sacerdote no consiguió abrir la puerta. Desesperado, arañó la madera que rodeaba la cerradura, haciendo que las astillas se incrustaran bajo sus uñas. El corazón le latía tan fuerte en el pecho que sentía que todo su cuerpo retumbaba como una cuerda de violín pulsada.

"Está cerrado, padre", dijo Carson, sonando de repente aburrido.

Cuando sus dedos quedaron reducidos a un amasijo de sangre, el padre Callahan se dio por vencido y se volvió. Christine estaba a menos de un metro de él. Incapaz de soportar su visión, se deslizó sobre el duro suelo. Por el rabillo del ojo, vio la cuchilla, que estaba al alcance de su mano. Cuando Christine dio un paso adelante, con el agua aún manando de su boca, Callahan se estiró y agarró la hoja. El horrible líquido le salpicó la cabeza, empapándole.

Le entraron arcadas; el agua, si es que era eso, era fétida y más espesa de lo que había pensado en un principio. El padre Callahan volvió los ojos hacia arriba, pero tuvo que apartarlos rápidamente cuando el agua le cayó en cascada sobre la cara.

"*Tsk, tsk,* Padre. Deberías saberlo, esa hoja no le hará nada a Christine... ya está muerta".

El padre Callahan tuvo una arcada y luego movió la cabeza hacia un lado, fuera del flujo directo de agua infinita de las fauces de Christine.

"No es para ella", resolló. Y entonces acercó la hoja a su propio cuello. "¡Es para mí!"

La sonrisa se borró de repente de la cara de Carson.

"¡No!", gritó con todas sus fuerzas. "¡Christine! ¡Detenlo!"

Capítulo 38

"¡Por aquí, rápido!", dijo **el guardia**, haciéndoles señas para que atravesaran la puerta abierta.

Aiden fue primero, seguido de Sean, luego Robert y después los demás.

Era la tercera puerta que atravesaban en los últimos minutos, y Robert empezaba a pensar que estaban dando vueltas en círculo.

"¿Cuánto falta?", preguntó en voz baja.

El guardia negó con la cabeza.

"No muy lejos, pero como he dicho, tenemos que pasar por el comedor y luego tratar con los internos. Están vigilando a Carson. No sé qué les prometió, pero son... son..."

De repente, Aiden levantó el puño cuando llegaron a otra puerta.

"Comedor", confirmó el guardia.

Aiden asintió.

"Uhh, ¿chicos?" preguntó una vocecita.

Aiden miró a Sean y luego bajó la vista hacia su pistola. Sean levantó la pistola y le devolvió el gesto con la cabeza.

"¿Chicos?"

"Yo a la derecha, tú a la izquierda. Dispara a la vista."

"¡Chicos!"

Robert se giró por fin y se encontró mirando el rostro pálido de Allan.

"¿Qué?"

"Deberías... deberías ver esto".

Robert no se movió. Cal hizo los honores y dio la vuelta al visor de la cámara del chico, cuyo diafragma seguía apuntando directamente a la puerta.

El corazón de Robert se hundió de inmediato.

"Jesús", susurró. "¿Puede ser un error?"

Allan negó lentamente con la cabeza.

"¿Cuántos?" Sean preguntó con su habitual voz monótona.

"YO-YO-"

"¡Allan! ¿Cuántos hay?"

"¡No lo sé! Demasiados, ni siquiera puedo ver la separación".

El visor estaba inundado de luz roja y amarilla. Era como si todo el comedor brillara.

Aiden miró a Sean en busca de consejo y luego a Robert.

"¿Plan?", dijo simplemente.

Sean se volvió hacia Robert.

"¿Puedes hacer eso otra vez? ¿Hacer que se detengan? ¿Que se

queden quietos?"

Robert se encogió de hombros.

"Joder si lo sé. Ni siquiera sé lo que hice".

Sean le miró fijamente durante cinco segundos antes de volverse hacia el guardia.

"¿Algún otro camino al Bloque de Celdas E? ¿A Carson?"

El hombre negó con la cabeza, a quien Robert seguía sin poder mirar directamente dado que le habían arrancado los ojos de la cabeza.

"A través del comedor es la única manera."

Sean se mordió el labio, inseguro por una de las pocas veces desde que Robert conocía al hombre. Pero decidiera lo que decidiera, Robert esperaba que se diera prisa. La presión en el pecho volvía a aumentar, y el tiempo había adquirido de nuevo la extraña cualidad líquida con la que Robert se estaba familiarizando demasiado.

"Tenemos que movernos", instruyó al grupo. "Yo iré primero".

Shelly le agarró del brazo y, cuando se volvió para mirarla, se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

"Rob, no puedes."

A continuación, Robert miró a Cal, que no podía sostenerle la mirada. Se sentía fatal por la forma en que había tratado a sus amigos, sus únicos amigos en este mundo.

Asintió, erguido.

"Puedo y lo haré. Como dijiste" -miró a Cal- "no todo gira en torno a mí".

El guardia habló a continuación.

"Iré con", dijo.

Robert se volvió hacia la puerta antes de que Cal o Shelly pudieran protestar.

Sean le miraba fijamente y, a juzgar por la expresión de dolor de su rostro, el hombre también sentía la presión en el pecho.

"Vosotros dos entrad, luego yo y Aiden, por si hay presos ahí dentro también". El hombre se volvió hacia los demás miembros de su tripulación y los miró fijamente durante un momento. Aunque no dijo nada, Robert sabía lo que estaba pensando. Sean se debatía entre ordenarles que se quedaran aquí o no, si eso sería más seguro. "Ustedes quédense cerca", decidió al fin el hombre.

Luego se dio la vuelta para mirar hacia la puerta, apartándose a un lado para dejar pasar a Robert.

Robert volvió a respirar hondo con los ojos cerrados. Podía sentir cómo aumentaba la presión y sabía en su interior que podría volver a hacer lo que le había hecho al guardia, por muchos fantasmas que hubiera dentro.

Después de todo, no era sólo un Guardián, sino que era el hijo de

Leland.

Y el padre de Amy.

Robert exhaló y abrió de par en par la puerta del comedor.

Capítulo 39

Al darse cuenta de que había sido engañado, que Carson y Leland lo habían atraído hasta aquí, que lo necesitaban para abrir la puerta, sólo había una decisión que podía tomar. Sólo había una manera de detenerlos.

Pero el padre Callahan era viejo y lento.

Demasiado lento.

Christine se agachó y le agarró del brazo una fracción de segundo antes de que le clavara la hoja en el cuello. Y entonces todo empezó a volverse negro.

El sacerdote sintió que su cuerpo se tensaba como si todos sus músculos se agarrotaran a la vez. Y entonces, cuando el fluido finalmente dejó de salir de la boca de Christine, se encontró mirándola a los ojos, incapaz de moverse, incapaz de respirar.

Sus ojos empezaron a oscurecerse y el blanco desapareció en un negro sólido. Pero mientras observaba, se dio cuenta de que había motas de blanco en esos ojos, motas que pronto empezaron a crecer y crecer, hasta que no fueron sólo motas, sino una especie de espuma.

La médula, pensó. La palabra trajo consigo una calma que empezó a fluir sobre y a través de él de golpe.

Pero entonces oyó una voz.

"Oh, no. Aún no, padre".

Alguien le agarró del otro brazo, y el sentimiento que antes estaba contenido en su interior se derramó ahora hacia Carson.

El asesino desnudo gimió y todo su cuerpo se estremeció.

"Sí, sí... la grieta se abrirá", gritó, su voz rozando el éxtasis.

El padre Callahan abrió los ojos y se dio cuenta de que lo habían trasladado al centro de la habitación, y ahora estaba tumbado boca arriba, con los brazos extendidos a los lados.

Christine estaba a su derecha, mientras que Carson estaba a su izquierda, ambos sentados, ambos sosteniendo una de sus manos en el regazo.

Carson tenía una sonrisa siniestra en la cara, y en ese instante el padre Callahan supo que había fracasado. Peor aún, le había dado a Carson lo que necesitaba para abrir la grieta; era el guardián del libro, y ahora, sosteniendo la mano viva de Carson, y la mano muerta de Christine, estaba atrapado entre mundos.

Y por ello, actuaría como conducto para los muertos.

Él era la grieta.

¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

El padre Callahan cerró los ojos.

Hiciste lo correcto, padre. Esto es lo mejor.

Abrió los ojos de golpe.

El pensamiento estaba en su cabeza, pero no era suyo. Pero lo reconocía.

Era de un hombre al que Sean y él habían perseguido durante casi una década, un hombre al que habían robado dos hijos.

Gracias, Padre Callahan. Gracias a usted.

"I-" El padre Callahan graznó, pero su cabeza se echó repentinamente hacia atrás y su boca se abrió de golpe. "¡Nooooooo!"

La luz salió disparada de sus ojos y de su boca abierta, convirtiendo todo su mundo en blanco.

"Sí, sí, se está abriendo", oyó decir a alguien, aunque no podía decir si las palabras estaban en su cabeza, o si era Carson o Christine quien hablaba. "¡Se está *abriendo*!"

La presión en el pecho del sacerdote se alivió de repente y sintió un momento de extraña relajación. Era como si su cuerpo se hubiera derretido y por fin se hubiera liberado de sus dolores y molestias. Su túnica se rasgó, y de su pecho desnudo salió un enorme haz de luz que se disparó hacia el techo, donde se encharcó y espumó sobre el cemento como las llamas de la Médula de las que había leído pero que nunca había visto por sí mismo.

Y entonces su caja torácica se separó y arrancó. Intentó gritar, pero de su boca sólo salió más luz, una luz *más brillante*.

El suelo bajo su cuerpo se derrumbó, revelando un mar embravecido que se estrellaba contra las costas acarameladas.

Y también había fuego.

Había fuego por todas partes.

Gracias, Padre, gracias, gracias, gracias...

Capítulo 40

Era una escena **espantosa** para la que Robert no estaba preparado, a pesar de los horrores que ya había presenciado ese día.

Había casi una docena de hombres colgados de las vigas, con rudimentarios lazos hechos de diversos materiales, desde sábanas hasta lo que parecían cables eléctricos, enrollados alrededor de sus cuellos. Tenían la boca abierta, la lengua fuera y los ojos desorbitados. El comedor apestaba, las entrañas de los ahorcados se habían desahogado.

"Dios mío", susurró el guardia. "Todos ellos... todos los guardias están muertos... mis amigos... mi..."

Robert no podía entender cómo había sucedido.

¿Cómo es posible que todos los guardias de la prisión de Seaforth hayan sido asesinados?

"Dios mío", susurró de nuevo el guardia.

Robert sintió que el estómago se le revolvía, pero entonces la opresión en el pecho volvió, alejando la sensación anterior.

Intentando no mirar ninguno de los rostros de los muertos, Robert entró en el comedor, con las palmas de las manos al frente y ligeramente hacia los lados, dispuesto a hacer... a hacer lo que demonios le había hecho al guardia, lo que le había hecho a Quinn.

Detrás de él se oye un grito ahogado, seguido del sonido de una arcada violenta.

"¡Cámara arriba! ¡Levanta la maldita cámara!" Sean gritó.

Robert dio otro paso adelante, apartándose del camino de uno de los cadáveres colgantes. Con los ojos bien abiertos, siguió caminando, despacio, tentativamente, con la vista clavada en la puerta del otro extremo de la sala.

La opresión en su pecho crecía, y ahora también oía algo. El familiar sonido de las olas corriendo se oía bajo su pesada respiración.

Robert no sabía cómo, pero Carson lo había hecho; había abierto la grieta.

"Tenemos que darnos prisa", gritó Robert. "Necesitamos..."

"¡Quiddity!" Allan gritó. "¡A tu derecha!"

Robert se volvió y vio a un guardia de aspecto confuso y rostro amoratado que se acercaba a ellos con paso torpe y desigual.

Se acercó al hombre y le tendió la mano, concentrándose como antes. Al principio no ocurrió nada: el hombre siguió avanzando hacia ellos. Pero un segundo después, el hombre frunció las cejas y aminoró la marcha. Unos segundos después, se detuvo por completo.

"¡Otro! ¡Detrás de él!" Allan gritó.

Robert miró por encima del primer guardia y vio a otro quiddity, que caminaba en un círculo pequeño y cerrado. Murmuraba algo para sus adentros, pero con el sonido de la médula en sus oídos, Robert no podía distinguir las palabras.

Moviendo la mano ligeramente hacia arriba, los círculos del hombre se ralentizaron y luego él también se detuvo por completo.

Se oyó un gruñido a su izquierda, pero cuando miró, lo único que vio fue un cadáver balanceándose.

"¡Humano!" Sean gritó.

Estalló una ráfaga de disparos y el cadáver que estaba a menos de un metro de Robert explotó como una bolsa de pintura roja. A través de la herida abierta en el torso del hombre, vio a un hombre con una camiseta blanca que retrocedía dando tumbos. Otra ráfaga de disparos a través del agujero y el hombre desapareció en su propia lluvia personal de rojo y blanco.

Shelly gritó y él oyó gritar a Cal.

"¡Bogey!" Sean gritó.

Robert levantó la mirada a tiempo de ver cómo otro hombre se abalanzaba sobre él. La pistola de Sean disparó tres ráfagas cerradas, y dos puntos rojos se formaron en su camiseta blanca. La tercera bala le dio de lleno en la frente, y sus ojos se pusieron en blanco antes de caer de bruces al suelo.

A Robert se le había apretado tanto el pecho que le costaba respirar siquiera parcialmente. Todavía con la mano extendida, avanzó aún más, acortando en un tercio la distancia hasta la puerta del otro extremo del comedor.

Pero entonces los vio. Seis o siete almas perdidas y confusas se le acercaban, bloqueándole el paso.

"¡Alto!", gritó, levantando la otra mano. Una terrible sensación de aplastamiento estuvo a punto de paralizarle, pero la quididad obedeció. Robert dio un agonizante paso adelante. Y luego otro.

"¡Robert!"

Ignoró el grito.

Debe seguir moviéndose...

Ahora mantenía a raya al menos a ocho quiddity, y casi había llegado a la puerta más lejana.

"¡Cuidado!" gritó Shelly, pero Robert, concentrado como estaba, se giró demasiado despacio.

De repente, uno de los cadáveres colgantes se abalanzó sobre él, tirándolo al suelo.

"¡Joder!", gritó, sus codos recibiendo la mayor parte del impacto.

Intentó ponerse en pie, pero algo le golpeó con fuerza en la espalda, obligándole a caer de nuevo.

"Nunca llegarás a él", le susurró alguien al oído, con un aliento

caliente y dulce. Una mano le agarró del pelo y le levantó la cabeza. "Carson te manda saludos".

"¡Socorro!", jadeó, temiendo que su cara estuviera a punto de estrellarse contra el duro suelo. Pero cuando sintió que le apretaban el pelo, oyó otro grito y los dedos se soltaron.

Robert giró rápidamente y se apartó del camino, mirando a su agresor.

El hombre tenía la cara estrecha y el pelo corto y bien peinado. Parecía más un contable -como Robert- que un asesino. Pero la mirada en sus ojos...

Robert se empujó hacia atrás, viendo cómo los ojos del hombre empezaban a nublarse.

Y entonces vio al guardia, Quinn, detrás del recluso, rodeándolo con los brazos. Parecía asustado, lo cual ya era mucho decir, dado que no tenía ojos.

Gracias, dijo Robert, sin saber si el hombre *podía* verlo.

Le pareció ver que el hombre asentía antes de que el recluso echara la cabeza hacia atrás en un aullido y entonces los dos empezaron a desvanecerse.

Se oyeron disparos desde algún lugar detrás de él: primero el arma de Aiden y luego el claro *bap bap bap* de la pistola de Sean. Quería ir con sus amigos, con Shelly, para ver si estaban a salvo, pero no podía. Tenía que llegar a la grieta.

Ese era su único objetivo ahora.

Cal había tenido razón. Esto era más grande que él, que todos ellos.

Robert se incorporó e intentó ponerse de pie. Sintiendo aún el dolor del placaje, se tambaleó, pero al final consiguió mantener el equilibrio.

La puerta estaba a sólo unos metros de él, si acaso.

Ya casi...

Pero entonces dos presos salieron de detrás de cadáveres colgantes, bloqueándole el paso.

"No llegaréis a él", se burlaron al unísono.

A Robert se le encogió el corazón.

"¡Sean! Aiden!", gritó por encima del hombro, pero teniendo en cuenta el caos y los disparos, parecía poco probable que le hubieran oído.

Los dos hombres, uno sin camisa, que dejaba ver una serie de tatuajes azules y rojos que se entrecruzaban en su musculoso pecho, y el otro con una cicatriz que le cruzaba la frente y se hundía en la barba oscura de la parte superior del cráneo, se acercaron a Robert.

Ya está... he fracasado.

"Lo siento, Amy", dijo.

No era propio de él ceder, pero no podía hacer nada. No era un

luchador, y ordenar a esos hombres que se detuvieran no serviría de nada.

El hombre de la izquierda, con la cicatriz en la cabeza, se rió.

"Ella viene... viene a liberarnos a todos".

Justo cuando Robert perdía la esperanza, la puerta que había detrás de los dos reclusos se abrió de golpe. Otro hombre, pequeño y delgado, con las manos en la espalda, se abalanzó sobre el recluso descamisado. El movimiento fue tan torpe que consiguió derribar al hombre, mucho más corpulento.

"¡Joder!", gritó el otro recluso.

Unas últimas palabras poco inspiradas, como lo fueron.

Su costado izquierdo, justo por encima del hueso de la cadera, estalló y las manos de Robert se llevaron inmediatamente a las orejas. Sonó otra explosión y el hombre se miró, confuso por lo que había ocurrido.

El segundo disparo le partió por la mitad, empapando a Robert de sangre, vísceras y trozos de hueso.

Un hombre estaba de pie en la puerta, con una escopeta humeante en la mano y otra en el pecho. Era calvo y aparentaba unos sesenta años, con los antebrazos gruesos y musculosos de un hombre mucho más joven.

Robert parpadeó, intentando comprender qué coño acababa de pasar. Entonces se fijó en el uniforme azul marino que hacía juego con los que colgaban a su alrededor.

Un guardia debe haber escapado.

El alivio de Robert duró poco; el otro recluso se recuperó de la caída.

"Quítate de encima", dijo, empujando al otro hombre. Sólo ahora se dio cuenta Robert de que el hombre tenía las manos atadas a la espalda.

El guardia de la escopeta dirigió su atención hacia el otro recluso, que se puso en pie a duras penas. Pero antes de que pudiera abrir fuego, Sean salió de detrás de un cadáver y disparó al recluso directamente a la cabeza, haciéndole caer de nuevo al suelo. A continuación, dirigió el arma hacia el otro hombre, el que tenía las manos atadas a la espalda.

"¡No!" Robert y el guardia con la escopeta gritaron al unísono, pero llegaron demasiado tarde.

Sean también le disparó en la cabeza.

Robert dio un paso adelante, con la boca abierta por el horror.

"¡Sean! Sean, ¿por qué demonios...?"

Sean Sommer levantó los ojos.

"Se había ido, Robert. Se había ido. ¿No viste sus ojos? Leland llegó a él... y cuando ese hombre te toca, el veneno se esparce rápido".

Robert miró al hombre muerto con las manos atadas a la espalda. Sus ojos estaban vacíos y miraban sin vida al techo.

Entonces Sean se volvió hacia ellos, con la conocida expresión de labios apretados de nuevo en su rostro.

"¡Se ha ido!", gritó de repente. "¡Ve con Carson antes de que sea demasiado tarde! ¡Vayan! *¡Vayan!*"

Capítulo 41

Robert, con la cara y los brazos cubiertos de sangre y carne de órganos, se arrojó al umbral de la celda de Carson.

E inmediatamente retrocedió. Probablemente habría salido por la puerta de no ser porque el hombre del uniforme de guardia y Sean estaban detrás de él.

"Joder", dijo Robert sin aliento.

El hombre llamado Carson estaba sentado en el suelo, de espaldas a la puerta, al igual que una mujer a la que no había visto nunca. En medio, sin embargo, estaba lo que quedaba del padre Callahan.

Su cuerpo había sido partido por la mitad, y yacía con los brazos abiertos, cada una de sus manos agarrada en el regazo de los dos individuos sentados.

Los intestinos se derramaban a ambos lados del torso desgarrado del hombre, pero fue lo que había en medio lo que dejó sin aliento a Robert. En lugar del suelo cubierto de sangre, Robert estaba mirando *al* suelo, a través de él, y a la Médula. Mientras contemplaba la Médula, pudo distinguir el cielo en llamas y una figura en la playa.

Uno que me resultaba familiar.

Uno con un gran sombrero negro y una chaqueta vaquera desteñida.

"¡No!", gritó.

Su grito atrajo la atención de Carson, que giró la cabeza para mirar a Robert.

Una vez más, Robert intentó retroceder, pero el fornido guardia lo atrapó y se aseguró de que no cayera.

El hombre del suelo era más delgado, con la nariz más estrecha y los ojos más separados, pero no cabía duda.

Se parecía a Robert.

"Hola, hermano. Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo has estado?"

Y luego se echó a reír.

Robert parpadeó con fuerza, incapaz de comprender lo que estaba viendo.

¿Hermano? ¿Este es mi hermano?

Al notar la confusión en sus ojos, Carson levantó la mirada hacia Sean, detrás de Robert.

"¿No se lo dijiste?"

Robert giró la cabeza para mirar a Sean, que tenía los ojos clavados en Carson.

"Ah, vale. Bueno entonces, Robert, ¿Sean te dijo que viene papá?"

Robert miró hacia el agujero en el pecho del padre Callahan.

Parecía que el hombre se acercaba, de algún modo reptando *hacia arriba.*

"¿Qué coño está pasando?" Gritó Robert, agarrándose el pelo.

Sintió un codazo en la espalda y se giró a tiempo para ver a Sean entregándole la pistola. Por alguna razón, la cogió e inmediatamente apuntó a la cabeza de Carson.

"Dime qué pasa o te vuelo la cabeza".

Carson se quedó mirándole, con una expresión de confusión en el rostro. Luego se le escapó una sonrisa.

"¿Sean? ¿Quieres hacer los honores?"

"Dispárale", Sean respondió simplemente. "Cierra la grieta antes de que sea demasiado tarde."

Robert giró la cabeza y la pistola hacia Sean. Luego se volvió de nuevo hacia Carson.

"Como quieras. Pero ahora que estamos de humor para contar historias, ¿te contó Sean lo que hizo? ¿Eh? ¿Lo que él y este supuesto 'sacerdote' hicieron?"

Robert miró al hombre tendido en el suelo, de cuyos ojos y rostro brotaba una luz blanca y ardiente.

"Dispárale", repitió Sean.

"¡Cállate!" Robert gritó de nuevo.

"Sí, ¿ese capullo al que has estado siguiendo como a un cachorro perdido? ¿Y ese cura al que has venido a salvar? Bueno, ellos también cazaron una vez. Cazaron a nuestro padre, Robert, lo cazaron y lo mataron. Pero Sean no te dijo eso, ¿verdad?"

Robert frunció el ceño.

"¿De qué está hablando?"

"Ignóralo y aprieta el gatillo, Robert."

"Bien, escucha a Sean. Dispárame, no me importa. No cerrará la puerta ahora, Robert."

"¿De qué está hablando?" volvió a preguntar Robert, con la pistola en la mano vacilando ligeramente. "¿Mataste a Leland, Sean?"

"Robert..."

Robert se dio la vuelta y se alejó un paso de Sean. Le apuntó al pecho con la pistola. La expresión del hombre no cambió.

"¿Es verdad?"

Sean frunció los labios desafiante.

"¡Contéstame, joder!" Robert exigió. "Estoy harto de tus putos juegos, Sean. Contéstame o te juro que..."

"Sí", dijo simplemente. "Sí, lo matamos".

No ofreció ningún razonamiento. Lo dijo como una respuesta de Jeopardy.

Sí, lo matamos.

"¡Joder!" Robert apretó los ojos con fuerza y apretó los dientes. La

mano que no sujetaba la pistola fue a su pelo y tiró una vez más. Entonces sus piernas cedieron y se desplomó en el suelo.

"Ven conmigo, Robert", oyó decir a Carson por encima del rugido de las olas. "Ven conmigo y reúnete con nuestro padre".

"No", susurró Robert, moviendo la cabeza de un lado a otro. "No puedo... no..."

Entonces, alguien más en la sala habló por fin.

"Mejor le disparo, entonces". La voz del hombre era ronca como si él también hubiera estado llorando no hace mucho. "No sé qué carajo le hiciste al padre Callahan, pero vas a pagar".

Robert abrió los ojos y miró fijamente al guardia calvo y corpulento.

"No podemos dispararle... si matamos a Carson así, la grieta permanecerá abierta para siempre".

Carson se rió.

"Oh, así que tienes el cerebro de los dos, Robert. Eso es bueno. Podemos usar tu cerebro".

"Al diablo con esto", dijo Ben, dando un paso adelante. "Yo..."

"No", dijo Sean suavemente. "Él tiene razón. Matar a Carson mantendrá la puerta abierta. La única manera de cerrar la grieta ahora es..."

"-Matar al cura", dijo Robert en voz baja. Se puso lentamente en pie y desplazó la mira del arma de Carson a la brillante cabeza del padre Callahan.

Por primera vez desde que entró en la habitación, la sonrisa se borró de la cara de Carson.

"No lo hagas", gruñó el hermano de Robert. "Ni se te ocurra".

Robert ignoró a Carson y clavó los ojos en la cavidad torácica del sacerdote. Leland estaba cerca, muy cerca de la superficie.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de lo que tenía que hacer.

Pero antes de que pudiera actuar, el alcaide de la prisión de Seaforth volvió a hablar.

"Eso *definitivamente* no va a pasar".

Robert se dio la vuelta y se sorprendió al ver que Ben había vuelto a sacar la escopeta, pero esta vez le apuntaba al pecho.

"No sé qué carajo está pasando aquí, pero he pasado por mucha mierda hoy, y todo se reduce a esto: No voy a dejar que mates a este hombre... mi amigo, el Padre Callahan. De ninguna manera.

Capítulo 42

Cal Godfrey no se atrevía a moverse. En algún momento del tumulto, alguien había caído sobre él -no sabía si era uno de los guardias ahorcados o un recluso que había salido despedido por el rifle de asalto de Aiden- y mientras intentaba levantarse, limpiarse la sangre de la cara y levantarse, otro había caído sobre él.

Antes de que se diera cuenta, tres o cuatro cuerpos más o menos completos se habían amontonado encima de él y no podía levantarse. Así que hizo lo siguiente mejor.

Se quedó allí, acurrucado en su húmeda y maloliente pila de cadáveres, y esperó.

Durante casi seis minutos, permaneció completamente inmóvil, escuchando el sonido de los disparos y los gritos procedentes de algún lugar por encima de él. Y entonces, de la nada, se detuvo por completo.

La respiración de Cal era superficial, en parte porque quería permanecer oculto y en parte porque intentaba evitar inhalar demasiada sangre y otros fluidos que parecían cubrir todo su cuerpo. Sentía vergüenza, vergüenza por haber sido tan cobarde al dejar a Allan y Shelly con Aiden.

El hombre parecía capaz, sin duda, mucho más que el propio Cal, pero *él* había traído aquí a Allan. Fue él quien accedió a la petición de Sean de ir a la prisión de Seaforth. El hombre había dicho que eran necesarios, requeridos, para purgar la quiddidad, y sin embargo simplemente los había dejado allí para que murieran.

O peor.

Cal negó con la cabeza.

En aquel momento, se había dado cuenta de lo extraño que era que Sean se le acercara, sobre todo teniendo en cuenta que todos sus encuentros anteriores habían sido sólo con Robert. Pero su orgullo le había obligado a pasar por alto ese hecho.

Pero ahora, encogido como estaba, lo entendía.

Cal no había sido reclutado para purgar ningún fantasma, ni lo más mínimo.

Sean le había pedido que viniera por si Robert rechazaba la oferta. Cal y Allan eran el cebo.

"Levántate", le ordenó una voz apagada.

Cal, que no sabía quién hablaba ni a quién se dirigía, se quedó inmóvil.

"Arriba", repitió la voz.

Cal seguía sin moverse.

De repente, una pizca de luz gris apagada le dio en el ojo al desprenderse uno de los cadáveres. Entrecerró los ojos cuando otro cuerpo fue arrojado a un lado y la intensidad de la luz aumentó.

Entonces se asomó una cara conocida, con un fajo de dip todavía metido en el labio inferior.

"Tenemos que irnos", dijo Aiden, inclinando la mano.

Cal se quedó mirándola un segundo.

"¿Se acabó?"

El hombre negó con la cabeza.

"No. Vienen más, tenemos que movernos ahora".

Cal alargó el brazo y agarró la mano del hombre. El apretón era fuerte, implacable. Entonces, de un tirón, Cal volvió a ponerse en pie.

La camiseta y los vaqueros se le pegaban incómodamente, y era todo lo que podía hacer para no mirar la sangre de la que sabía que estaba empapado. Parpadeó varias veces, pero la sensación era extraña, ya que sus párpados estaban pegajosos de sangre y no dejaban de pegarse.

Miró a su alrededor y se encogió ante la carnicería.

Había cadáveres por todas partes, colgados, tendidos en el suelo, incluso pegados a las paredes.

"Fuuuuuck", gimió sin poder evitarlo.

"Joder es verdad", dijo bruscamente una voz femenina a su izquierda. "¿Has terminado de esconderte?"

Cal se volvió para mirar a Shelly, que tenía un aspecto tan horrible como él se sentía. Su pelo, normalmente rubio platino, estaba completamente rojo y sus mejillas manchadas de sangre.

"Estás hecho una mierda", dijo, apretando los labios.

"Tú también", respondió.

"Vámonos. No sé cuántos más hay", dijo Aiden, "pero ya vienen".

Cal miró alrededor de Shelly, buscando a Allan.

Lo encontró de pie junto a la entrada del comedor, con aspecto de haber envejecido más de una década en la última hora. Uno de los cristales de sus gafas estaba destrozado y la cámara que sostenía en la mano había quedado reducida a un trozo de metal y plástico. Cal incluso creyó ver una bala incrustada en la carcasa y, sin embargo, el chico seguía sosteniéndola como si fuera a hacer unas fotos dignas de un Pulitzer.

Mirando a su alrededor, Cal se alegró de que la cámara estuviera rota. No había necesidad de tener una prueba visual de lo que había ocurrido aquí, un recordatorio del horror.

Lo mejor sería olvidar todo esto. Si eso fuera posible.

"Espera, ¿dónde está Robert?", preguntó de repente.

Aiden se limitó a negar con la cabeza. A pesar de toda la sangre que cubría a Cal, Shelly y Allen, Aiden estaba relativamente limpio.

Aparte de algo de sangre en las botas, la parte inferior de los pantalones y la boca de su rifle de asalto, su aspecto era muy parecido al que tenía cuando Cal lo había visto por primera vez en el pasillo hacía menos de una hora.

"Espera, espera, espera", dijo Cal rápidamente. "De ninguna manera. No me iré sin Robbo".

Aiden volvió a negar con la cabeza y levantó el arma. Cal no lo percibió como un gesto agresivo, más bien como un simple recordatorio.

"Sean dio instrucciones específicas. Tenemos que irnos, *¡ahora!"*

Dio un paso adelante y Cal se sorprendió de que Shelly avanzara hacia la puerta con él.

"No me voy a ir..."

"Oh, ¿así que ahora eres el señor valentía? ¿Es eso?" Shelly exigió, su expresión transición en un ceño fruncido. "Hace unos minutos, estabas..."

La estática de una radio la interrumpió.

"Mark, trae el helicóptero. Prepara el gris".

Cal le miró.

¿El gris? ¿Qué coño es el gris?

Aiden no esperó respuesta. En lugar de eso, se enganchó el walkie al cinturón y señaló la puerta con la boca del arma.

"Muévete. Ahora."

Shelly se apresuró hacia la puerta para llegar al lado de Allan, pero Cal se negó y se mantuvo firme.

"No lo haré..."

"Muévete, o te noqueo y saco tu cuerpo por la puerta".

Por si fuera poco, escupió un fajo de jugo marrón al suelo, a los pies de Cal.

¿Qué otra opción tenía?

Cal se dio la vuelta de mala gana y se apresuró a seguir a Shelly y Allan.

Cuando llegó a la puerta, dio un último giro y se le hizo un nudo en el estómago al contemplar de nuevo la carnicería.

Lo siento, Robert. Lo siento muchísimo.

Y entonces los cuatro abandonaron la prisión de Seaforth.

Capítulo 43

"**Si disparas al padre Callahan**, te partiré por la mitad", le informó Ben.

Los ojos de Robert iban y venían, saltando de Ben a Sean, a Carson y al cuerpo destrozado del padre Callahan.

"Se ha ido", dijo Sean. "Tenemos que cerrar la grieta."

Un movimiento en el centro del pecho del sacerdote atrajo la mirada de Robert.

Aparecieron unos dedos, agarrando los costados de la caja torácica de Callahan, empujando hacia las entrañas del hombre. Se tensaron como si se prepararan para sacar algo.

Alguien fuera.

Fue Leland.

"¡Rápido, Robert, cierra la grieta!" Sean gritó.

"Ohhhhh, ¡papá está aquí!" dijo Carson alegremente. "¡Espera a papi, Rrrrrrobbo!"

El dedo de Robert se tensó sobre el gatillo.

"Te lo advierto", dijo Ben con calma.

Robert se quedó mirando las manos que sobresalían de la cavidad corporal del padre Callahan, y entonces el corazón le dio un vuelco cuando apareció la parte superior de un sombrero negro.

Decidiera lo que decidiera, tenía que hacerlo pronto; de lo contrario, su decisión sería en vano.

De repente, la luz desapareció de los ojos y la boca del padre Callahan, que de algún modo consiguió mover el cuello. Los orificios de sus ojos humeaban, y hacía tiempo que la energía que lo había convertido en un conducto había fundido los propios ojos. Su boca también era un amasijo fundido y ennegrecido.

"¡Padre!" Ben gritó.

A pesar de las palabras procedentes de la derecha de Robert, la cabeza del sacerdote se volvió hacia él. Y entonces los labios empezaron a moverse, formando palabras en silencio.

Cierra la grieta, Robert. Y luego consigue el libro. Consigue Inter vivos et mortuos.

Robert no estaba seguro de si estaba leyendo los labios o si las palabras estaban realmente en su cabeza.

"¡Padre!" Ben volvió a gritar y cometió el error de bajar el arma y deslizarse más cerca del hombre caído.

Sean actuó con rapidez y decisión. Su brazo izquierdo salió disparado y apartó la escopeta a un lado antes de que el hombre mayor pudiera reaccionar. Ben gritó e intentó recuperar el control,

pero Sean le agarró el brazo a continuación y tiró de él hacia delante, avivando su impulso.

Inter vivos et mortuos.

decía el cura una y otra vez.

Inter vivos et mortuos.

Los ojos de Robert pasaron de Carson, que estaba radiante, a la boca horriblemente destrozada del padre Callahan.

Hazlo. Cierra la grieta. Por favor.

Los ojos de Robert rebotaban de un lado a otro.

Y entonces otra voz entró en la refriega.

Fue la Cabra.

"¿Robert? ¿Eres tú otra vez, Robert? Oh, cómo he..."

Robert cerró los ojos y disparó un solo tiro.

Alguien gritó, pero Robert no tenía ni idea de quién. Las vibraciones de la pistola de Sean fueron sorprendentemente potentes, y se le cayó de la mano.

"¡No! ¡Robert! ¡No!"

Robert abrió los ojos y miró directamente al horrible rostro que asomaba por la médula, todo visible menos los ojos por debajo del gran ala del sombrero negro.

Sólo que no era una calavera ni un demonio como él había esperado, que intentaba desesperadamente pero no podía recordar desde la primera vez que había conocido a Leland, su padre.

En su lugar, Robert *le miraba a la* cara. Más viejo, más curtido, pero innegablemente *su* rostro.

Y entonces la boca del hombre se abrió en un grito y cayó hacia atrás, agitando las manos mientras caía en cascada al mar.

"¡Hijo de puta!" Ben gritó.

Robert se giró justo a tiempo para ver cómo el alcaide recuperaba el equilibrio y le apuntaba con la escopeta. Robert no se movió, ni siquiera intentó evitar la explosión. En lugar de eso, aceptó lo que se le venía encima, con la imagen de la cara desencajada del padre Callahan, un humeante agujero de bala en la frente grabado en su mente.

Pero la explosión que esperaba nunca llegó, y Robert acabó abriendo los ojos de nuevo.

Sean se las había arreglado para hacer tropezar a Ben, y el hombre tropezó. Cuando su pie golpeó la pierna sin vida del padre Callahan, resbaló.

Y entonces él también se precipitó por el estrecho agujero del pecho del sacerdote hacia el Mar de Médula.

Carson se puso en pie de un salto, gritando de rabia. Su rostro se torció en una horrible mueca.

"¡Robert! ¿Qué has hecho?"

Robert, luchando contra las lágrimas, levantó la pistola hacia el hermano que hace dos días no sabía que tenía.

"Vete", le dijo a Sean por encima del hombro. "Lárgate de aquí antes de que te dispare a ti también".

Cuando el hombre no se movió, Robert empezó a gritar.

"¡Lárgate *de aquí!"*

Sean se abalanzó sobre la puerta, tiró de ella y salió corriendo de la habitación.

Finalmente, Robert se volvió hacia su hermano, con la pistola aún apuntando al pecho delgado y desnudo del hombre.

Carson escupió en el suelo a sus pies.

"¿Qué, ahora vas a disparar a tu hermano a sangre fría?"

Robert apretó los dientes.

"Sabes, no somos tan diferentes, ¿verdad?"

Y entonces la sonrisa volvió a la cara de Carson.

Epílogo

Aiden colocó la última carga en la base de la puerta principal de la prisión de Seaforth, antes de volverse hacia el helicóptero. El viento y la lluvia seguían siendo implacables, pero no le molestaban tanto como a los demás.

Había pasado por cosas peores, mucho peores.

Apretó el receptor de radio contra el bloque de C4 gris, del tamaño de un maletín, y empezó a caminar hacia el helicóptero, sin dejar de apuntar con el rifle a la puerta.

Tenía sus órdenes.

Tenían que irse, con o sin Sean y Robert. Tenían que llevar el paquete a un lugar seguro.

Todavía quedaba un Guardián, y tenían que mantenerlo así.

El walkie que lleva en el cinturón emite estática.

Era Mark.

"Listo para levantar, Aiden. Trae tu culo aquí".

Aiden asintió, no estaba seguro de que su amigo pudiera verle a través de la lluvia, pero tampoco le importaba.

Cuando el sonido de las aspas del helicóptero fue lo suficientemente fuerte como para tapar la lluvia, se dio la vuelta y corrió el resto del camino hasta el helicóptero. Pudo ver tres caras dentro, tres civiles pálidos y asustados que no tenían razón para estar aquí.

Apenas estaba dentro cuando el hombre llamado Cal empezó a gritarle.

"¿Son explosivos? ¿Vas a volar la prisión?" Su voz era chillona, sus ojos muy abiertos.

Aiden no contestó. En su lugar, levantó un dedo índice y lo hizo girar en círculo. Mark, que le miraba desde la cabina, asintió con la cabeza y volvió a centrar su atención en los controles.

"Lo es, ¿verdad? No podemos-Robert-nosotros-"

Shelly empezó con él.

"¡No podemos dejarlo aquí! ¡Todavía está dentro! ¡Tienes que esperar!"

Aiden no pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad al mirar su bonita cara, contorsionada como estaba.

Ella le quería, Aiden lo sabía. Lo sabía porque había visto la misma expresión en el rostro de su mujer cuando aún vivía.

Se aclaró la garganta.

"Llévanos arriba, Mark."

"¡No!" Gritó Shelly. Ella lo alcanzó, y él movió rápidamente el arma hacia el otro lado, fuera de su alcance. Los puños de Shelly llovían

sobre su brazo, pero Aiden mantenía la mirada al frente.

Un segundo más tarde, sintió la familiar sacudida en el estómago cuando el helicóptero empezó a elevarse lentamente del suelo.

"¡No! ¡Por favor! ¡No puedes hacer esto!" suplicó Shelly. Cal empezó a alcanzarlo también, pero apartó al hombre con una mano fuerte.

"¡Espera!" Esta vez fue Mark, y Aiden levantó la cabeza. "¡Allí! Alguien está saliendo, mantente caliente, Aiden".

Aiden se colocó junto a la puerta abierta del helicóptero y volvió a levantar el arma, con el dedo en el gatillo.

Un segundo después, levantó el dedo.

Fue Sean Sommers.

"¡Bájala de nuevo, Mark!"

El helicóptero volvió a descender.

"¡¿Es él?! Shel, ¿es él?"

Incluso el chico, que llevaba tanto tiempo callado que Aiden temía por su cordura, se inclinó hacia delante y habló.

"¿Es Robert?"

Shelly intentó pasar junto a Aiden para ver mejor, pero él movió el cuerpo para que ella no tuviera la tentación de saltar.

"Es... no sé..."

"¡Deprisa!" Aiden gritó, agitando su brazo libre frenéticamente.

"¡Joder! ¡No es él! ¡Cal, no es él!"

"¡No!"

Sean corrió hacia el helicóptero, la lluvia y el viento le azotaron, sirviendo para lavar parte de la mugre que cubría su camisa hasta entonces blanca y su pelo rubio.

Aiden ayudó a subir al hombre al helicóptero, que enseguida se desplomó en el asiento más cercano, con los ojos cerrados y la cabeza gacha.

"Mark, sácanos de aquí... Voy a volar este lugar."

Esta vez, no hubo respuesta ni de Cal ni de Shelly.

"¿Aiden?" Mark dijo.

"¿Sí?"

"Hay uno más... hay alguien más saliendo de la prisión".

***

Carson Ford salió corriendo de su celda e irrumpió en el pasillo.

No podía creer que había fracasado, que Robert de todas las personas había jodido las cosas. Todos los años de preparación se habían perdido porque había subestimado a su propia familia.

Pero Leland había sido inteligente. Leland se había asegurado de tener un plan de huida, a pesar de que Carson insistía en que no era

necesario.

Con los pulmones ardiendo y sabiendo que le quedaba poco tiempo, Carson agitó brazos y piernas, atravesando el Bloque de Celdas E, el lugar al que había llamado hogar durante casi una década. Sabía adónde se dirigía.

Carson irrumpió por la puerta de la capilla y corrió por el pasillo sin vacilar. Clavó las manos en el altar a toda velocidad, ignorando el dolor de sus muñecas mientras empujaba el sólido trozo de mármol hacia la pared del fondo.

Su sangre bombeaba en sus oídos y su visión se estrechaba.

El altar chocó contra la pared del fondo, provocándole más dolor en las muñecas, que también pasó desapercibido. Con un movimiento fluido, se subió a la mesa improvisada y trepó más de un metro por los ladrillos antes de arrojar su cuerpo a través de la vidriera que representaba a Jesús en la cruz.

El dolor de los cortes en todo el cuerpo fue rápidamente sustituido por la sensación de escozor de la lluvia helada y el viento.

Carson aterrizó en la parte superior del contenedor de basura que había convencido a Peter para que pusiera allí por él. La caída inicial fue de más de tres metros, y se torció el tobillo derecho al aterrizar a pesar de rodar con la caída. La lesión le hizo inclinarse hacia un lado y su espalda se estrelló contra la esquina de un escalón de cemento situado más de dos metros más abajo. Se quedó sin aire en los pulmones y vio las estrellas. Durante un segundo, no hizo nada; se quedó mirando la lluvia, intentando desesperadamente recuperar el aliento.

En algún lugar a lo lejos, oyó el sonido de las aspas de un helicóptero, gruñó y rodó sobre sí mismo. Un momento después, estaba de pie y corriendo de nuevo.

Carson no dudó cuando llegó a la orilla. Se lanzó de cabeza.

Mientras bombeaba las piernas y soplaba aire por la nariz en el agua helada, el cielo sobre él estalló en una fantástica bola de fuego. De repente, el océano se volvió turbulento y le arañó las manos y los pies como si fueran pequeñas manos; la resaca del derrumbamiento de la prisión de Seaforth amenazaba con convertir este lugar en su última morada.

Pero Carson pateó con fuerza y se concentró en aguantar la respiración el mayor tiempo posible.

Los años de entrenamiento en su celda le resultaron útiles, como sabía que ocurriría.

A cuarenta metros del infierno, la oscura silueta de una cabeza asomó por encima del agua. La cabeza se balanceó un instante y luego volvió a sumergirse en las profundidades.

FIN

Nota del autor

Desde hace tiempo me fascina la idea de la autoconciencia. La inteligencia artificial, la moralidad universal y, en palabras de Sam Harris, entender qué significa ser *algo*, si es que significa algo, son temas en los que invierto mucha energía. Y, por alguna razón, las filosofías psicológicas de Carl Jung se me han quedado grabadas desde que conocí sus ideas hace décadas. Como eterno pragmático, no estoy seguro de creer mucho, o nada, de sus escritos, pero lo que debería ser obvio después de leer La prisión de Seaforth, y los otros dos libros de la serie, es que, como mínimo, los encuentro cautivadores y dignos de contemplación.

Espero que hayan disfrutado de los tres primeros libros de la **serie Embrujada**. Hay más de esta historia que contar, y hay muchos más misterios que desentrañar en este mundo. Ya está disponible el Libro 4 de la Serie Embrujada, ***Scarsdale Crematorium***. Así que dirija su navegador a Amazon si desea seguir acompañando a Rob, Shelly y Cal en sus aventuras.

Leland sabe que se sentirían solos sin ti.

Siga leyendo y yo seguiré escribiendo,
Patrick
Montreal, 2017

Diseño de portada: Ebook Launch (www.ebooklaunch.com)

Edición: Edición de línea principal (www.mainlineediting.com)

Primera edición: Diciembre 2023